

Mi mundo a los 20

Cristina Bermejo

CHICK LIT



Mi mundo
a los 20



Cristina Bermúdez

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Mi mundo a los 20

©Cristina Gómez Bermúdez

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: SW Design

Imagen de la cubierta: ©Maryia Bahutskaya/ 123rf.com

Primera edición: Febrero 2017

ISBN: 978-84-946621-7-1

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

MENU DE NAVEGACIÓN

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

Epilogo

1

Y allí estaba yo, sentada tranquilamente en la oficina, fingiendo que trabajaba muy duro cuando en realidad me esforzaba por no quedarme dormida. No me entiendas mal, soy muy trabajadora, pero a ciertas horas de la tarde mi capacidad de concentración va disminuyendo hasta que desaparece.

Cuando Juan me llamó para proponerme una salida de chicas, fue como ver la luz al final de un túnel: mi mente rápidamente despertó y se puso a planificar el modelito de la noche: vestido, tacones y por supuesto, mucho maquillaje.

Juan era uno de mis mejores amigos, no me preguntes el porqué: cotilla, criticón, chivato, egocéntrico, narcisista... Pero a pesar de sus defectos, lo quería. Y sí, era gay.

En cuanto lo conocías te dabas cuenta de que Juan era gay. No porque lo dijese abiertamente, sino por su vestimenta. Siempre iba a la última moda, le daba igual que la ropa no le favoreciese, se ponía todo lo que llevaban los maniqués de las tiendas, iba (en mi opinión) excesivamente depilado y daba igual en la fecha que estuviera, siempre estaba bronceado. Era muy alto y delgado, y como él siempre dice: *bello como una rosa*. Y realmente lo era.

—Será poca cosa, saldremos a cenar y luego tomaremos unas copas — me avisó Juan.

—Mierda —susurré, llevaba al menos dos semanas sin salir de fiesta y el plan no era nada del otro mundo.

Yo no tenía problema en ir a cenar y tomar unas copas, pero estaba cansada de ver a la misma gente de siempre. Vale, a los mismos tíos de siempre. Quería conocer a alguien nuevo, especial y estaba segura de que aquí no lo encontraría. ¿Debería mudarme?

De manera que cuando Juan me confesó en qué consistía la salida de chicas, supe que aquel tampoco sería el día en que mi príncipe azul entraría en escena.

—¿Sigues ahí? —Escuché decir impacientemente desde el otro lado del

teléfono.

—Sí —contesté.

—¿Contamos contigo entonces?

—Por supuesto —dije con fingida alegría.

En fin, tuve que ceder sin oponerme demasiado. Traté de convencerme de que no podía salir con el único propósito de encontrar un hombre, debía disfrutar de mis amigas. Pero como no lograba convencerme, tuve que repetírmelo varias veces.

—Cambiando de tema. ¡Tengo un cotilleo de los gordos! —exclamó, intentando crear expectación.

—Cuenta, cuenta —dije impaciente, sin duda había logrado crearla.

—¡Carola se ha acostado con Migui! —exclamó, emocionado—. Con lo bueno que está...

—¿Me tengo qué sorprender? —Vaya desilusión, que mierda de cotilleo. ¡Si se veía venir!

—Fingiré que no te he oído. La cuestión es que él le ha pegado un herpes o algo por el estilo.

—¡Qué horror! —Claro que eso le pasaba por ser tan *rápida*. No me interpretes mal, no es que sea una chica fácil que se acuesta con cualquiera, no, lo que le ocurre es que se enamora demasiado rápido, y cuando digo rápido no me refiero a semanas sino más bien a horas. Y pasa lo que pasa, no conoce al tío y se acuesta con él. Más tarde se entera de que tiene novia, está casado, es bisexual o como en este caso, tiene alguna enfermedad de transmisión sexual.

—La pobre lo está pasando muy mal, dice que es culpa suya por haberse acostado con él en la primera cita. Pero ya le he dicho yo que la culpa no es suya. ¿Cómo sabes si es el hombre adecuado si no lo pruebas antes en la cama?

Juan sí era un chico fácil de los que se acuesta con cualquiera. Para él, el sexo no era la demostración física de los sentimientos entre dos personas, no, él lo definía como el aire que respiramos, algo fundamental para vivir. *Incluso es bueno para el cutis* solía aconsejarnos.

—Qué razón tienes Juan, lo más lógico es preguntar su nombre y a continuación llevártelo a la cama —exclamé con ironía.

—No, después del nombre viene la profesión. ¡No pretenderás ligar con un muerto de hambre! —Me contestó con tono de burla.

La conversación se vio interrumpida por la llegada de un cliente.

—Tengo que colgar. Luego nos vemos —dije con un hilo de voz.

—Vale, a las diez te quiero en mi casa —me ordenó.

—A sus órdenes, mi señor —le contesté obediente. No suelo hacerle caso, la prueba está en que siempre llego tarde (unos veinte minutos más o menos). Pobre, cree que porque me lo ordene llegaré puntual algún día. La culpabilidad que me invade cuando lo veo sentado en el escalón de la puerta de su casa, fumando y sin una pizca del glamour que lo caracteriza, hace que le siga la corriente cuando me regaña. No es que llegue tarde a propósito, siempre me surge algún imprevisto: un pelo rebelde que decide salir a última hora en mis perfectas cejas, una uña que se rompe justo cuando voy a salir, ir de camino y recordar que no me pinté los labios... situaciones de emergencia que me impiden llegar a mi hora.

—Hasta luego petarda —se despidió con su habitual simpatía.

—Adiós corazón —y colgué.

2

Salí de trabajar y corrí a casa para arreglarme con tiempo. Hoy sería el día en que llegaría puntual, o al menos lo intentaría.

Abrí mi armario y vi una etiqueta que colgaba de una prenda. Algo extrañísimo ya que cuando me compro algo lo estreno el mismo día. Era un maravilloso pantalón vaquero con rotos en las rodillas. Sin dudarlo me lo puse, junto con una camisa y unas bailarinas. Me maquillé discretamente y me dirigí a casa de Juan.

—Te dije a las diez —me reprochó.

—¿Seguro que no dijiste a las diez y cuarto? —Me atreví a bromear.

Tras unos segundos de mirada asesina, nos pusimos en camino.

A las diez y media llegamos al restaurante. Era italiano, lo habían abierto hacía poco tiempo y nos lo habían recomendado, tanto por la comida como por los guapísimos camareros. ¿Algún sitio mejor para una noche de chicas? Aunque apenas había sitio para moverse. Era muy amplio, pero estaba abarrotado de mesas y sillas. En las paredes colgaban grandes espejos de estilo barroco. Había lámparas de araña y carísimas esculturas. El suelo de madera le daba un toque acogedor. Era, sin duda, el restaurante más bonito en el que había estado.

—Adriana, cuanto me alegro de verte —me saludó Carola.

—Hola corazones —las saludé mientras les daba un beso en la mejilla a cada una.

Una vez estábamos todos sentados, un camarero se abrió paso entre los muebles y vino a tomarnos nota. Todos pedimos unos refrescos light y un hombre como ese como regalo de Navidad.

—¡Qué hombre! —exclamó Elena sin ningún tipo de disimulo.

Elena tenía novio: Guille. Él era amigo mío desde mucho antes de que él conociera a Elena, incluso desde antes de que yo conociera a Elena. Lo que siempre me divertió de ella (su descaro para ligar con los chicos) ahora era un motivo de enfado entre nosotras.

—Cierto, pero como mi Migui no hay otro —dijo Carola.

Carola siempre que se sentía atraída por alguien del sexo opuesto, algo que ocurría muy a menudo, actuaba de la misma manera: miraba al chico, en realidad lo desnudaba con la mirada, le invadía la culpabilidad y enseguida alababa las virtudes del novio/rollo que tuviese en ese momento.

—Es gay. ¿Habéis visto que sólo me miraba a mí? —dijo Juan. La modestia claramente no formaba parte de sus cualidades.

—De eso nada. ¡Le he gustado yo! —Dije entre risas.

—Carola, ¿cómo te encuentras? —se interesó Juan.

—Bien —contestó ruborizándose.

—Bueno, ¿y qué explicación te ha dado? —Quiso saber Juan.

Por suerte llegó el guapísimo camarero con nuestras bebidas y Juan se puso a coquetear con él, evitándole así el mal rato a Carola.

—Chicas lo confirmo: es gay. Aunque debe de ser muy tímido o aún no ha captado mis indirectas —dijo Juan, llamando *indirectas* a guiñarle un ojo varias veces, como si no lo hubiera visto la primera vez, y tirándole besos al aire.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó Elena intentando retomar el tema.

—Deberíamos decidir qué vamos a pedir antes de que vuelva a preguntarnos el camarero —tuve que decir para salvar a Carola. Era consciente de que no podría evitar el tema mucho tiempo, ya que empeño en estudiar o trabajar no tendrían mucho, pero en cotillear... nadie les ganaba.

—¿Qué os parece una ensalada para cada una y una pizza para compartir? Así compartimos calorías —nos intentó convencer Juan.

—Vale —Dijeron las demás al unísono. No sé cómo lo hace pero siempre se sale con la suya.

Durante la comida estuvimos hablando de ropa y cosas por el estilo, nada importante. La comida estaba muy rica, aunque yo hubiera preferido una pizza para mi sola: con mucho queso, peperoni...

La noche transcurría con tranquilidad. Por un momento pensé que se habían olvidado de Carola y su herpes. Me alegré por ella, aunque la verdad es que me moría de curiosidad por saber lo que había ocurrido.

Tras pagar la cena, nos fuimos a por unas copas. Eligieron un pub en la zona centro, mejor dicho lo eligió Carola porque allí trabajaba Migui.

Cuando llegamos, el portero nos abrió la puerta. ¡Ni siquiera nos pidió los carnés! Había dos posibilidades: o aparentábamos nuestra edad o no hacía

bien su trabajo. Desgraciadamente me inclino más por la primera. Carola y Juan tenían veintiuno años, Elena y yo veinte. Ellos no le dieron importancia pero yo sí. ¡No quería envejecer!

Nada más llegar, Migui nos puso unos chupitos. Ventajas de que el camarero fuera novio de una de nosotras. Después pedimos unas cervezas, no queríamos emborracharnos hoy. Carola se quedó en la barra con Migui. Nosotros nos sentamos en una mesa.

—No me lo puedo creer, ¿cómo sigue con él? —Preguntó Juan, aunque al parecer no quería respuesta.

—Me parece increíble, yo en su lugar no lo volvería a ver —añadió Juan. Elena y yo asentimos con la cabeza.

—Pensándolo mejor —dijo Juan con gesto pensativo—, si la tiene muy grande se puede entender que...

—¡Juan! —lo interrumpí—. Es cosa suya, ya nos lo contará cuando se encuentre mejor.

—O cuando él la deje, seguro que ocurre antes —dijo molesto—. Es demasiado guapo para estar siempre con la misma mujer.

—¡¿Cuándo nos vamos a emborrachar?! —Exclamó Elena—. ¡Toda la semana aguantando al imbécil de mi novio y ahora a vosotros!

Juan y yo cruzamos miradas de asombro.

—¿Problemas en el paraíso? —Se atrevió a preguntar Juan.

—Vosotros os creéis que como no tenéis pareja sois unos desgraciados —dijo Elena irritada—. Pues sois afortunados por no tener que aguantar a nadie.

Juan y yo intercambiamos miradas y estuvimos de acuerdo en que había que emborracharse.

—Tres chupitos de tequila —ordené a Migui—. ¿Ha pasado algo con Guille? —dije dirigiéndome a Elena.

—A ti te lo voy a contar precisamente —me dijo con sarcasmo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté intentando suavizar el ambiente.

—Mira, si necesitara contarle a alguien mis problemas con Guille, serías la última persona a la que se los contaría. Tú, que no me consideras buena para él e intentas cambiarme. ¿Por qué te importa tanto? ¿Acaso estás enamorada de él? —dijo, cada vez más enfadada.

—¿Por qué te pones así? Yo no he intentado cambiarte, Guille es amigo mío desde hace mucho y no me agrada que vayas por ahí coqueteando con otros —¿Logré defenderme o empeorar la situación?

—¿Qué no has intentado cambiarme? —Gruñó—. Nunca te había importado mi aspecto y desde que estoy con él sólo sabes ponerme faltas e intentar vestirme como tú —dijo con voz estridente.

Eso es cierto, pero lo que ella no sabe es que me lo pidió Guille. Cada una tenemos nuestro estilo, pero Guille no lleva demasiado bien que vaya siempre en zapatillas: da igual si va a hacer deporte o si va a una cena de gala. El problema de las zapatillas es que no conjunta con todo, suele vestir en chándal o muy informal. Elena era extremadamente guapa: pelo negro, ojos oscuros, tez morena y muy buen cuerpo. En mi opinión no se sacaba partido alguno, no era muy femenina vistiendo. Yo en cambio, normalmente llevo tacones y suelo ir muy arreglada. Ni siquiera tenía zapatillas, el deporte y yo no nos llevábamos demasiado bien. Pero aun sabiendo que vestía mejor que ella, no veía correcto transformar a Elena. Guille me pidió que intentase que dejara las zapatillas atrás cuando saliésemos de fiesta y en acontecimientos familiares. Por desgracia no salió bien; no cambió de estilo y se enfadó conmigo.

—Perdona si te ha dado esa impresión —encima de todo, tuve que disculparme.

—¿Por qué no me ves buena para él? —Su voz sonaba dolida.

—No es eso, quizás lo sobreprotejo porque no quiero que sufra —me excusé.

—¿Seguro que no te gusta? —Me preguntó a la vez que me acribillaba con la mirada.

—No. Pero sé que no me crees, me lo has preguntado cientos de veces —le recriminé—. Y sé que lo volverás a hacer.

Se hizo un silencio incómodo. No sabía qué hacer ni a donde mirar. Decidí retirarme a dormir. Esta, no era mi noche.

3

Realmente no me gustaba. Guille era otro de mis mejores amigos.

Nos conocimos unos cinco años atrás. Yo *salía* con uno de sus amigos, Erik.

Erik era de la edad de Guille, cuatro años mayor que yo. Nos presentaron unos conocidos en común. Me quedé prendada de él: su piel morena, su cabello negro, sus ojos negros, su culo, sus tatuajes, su peinado, su moto... un poco bajito para mi gusto, pero algún defecto debía de tener.

Fue un flechazo. Nuestras miradas se cruzaron, llámame cursi si quieres, pero te juro que el resto de la gente desapareció y nos quedamos solos, él y yo. No había nada ni nadie que importase, nos habíamos encontrado. Aquel instante maravilloso terminó cuando, por culpa de un codazo que me dio Carola, volvimos a la realidad.

Después de varios encuentros casuales, casualmente yo pasaba por su instituto, por la biblioteca, por su trabajo... Erik me invitó a salir.

Tras varias citas, empezamos a intimar.

Al principio lo interpretaba como que me respetaba mucho. Solíamos vernos a solas, nos cogíamos de la mano, nos abrazábamos, siempre me decía que estaba guapísima, hablábamos muchísimo... pero nada más.

Estaba impresionada porque no intentaba meterme mano.

Con quince años no se me pasaba por la cabeza acostarme con nadie. ¿Pero ni un beso?

Estuvimos así durante un año, viéndonos cada fin de semana. Me pasaba las citas con los nervios a flor de piel, esperando un beso en la despedida. Pero ese beso nunca llegaba.

Así que llegué a la conclusión de que no le atraía físicamente.

En lugar de ofenderme y mandarlo a paseo, una noche me arregle más de lo normal, parecía que iba a una boda. En cuanto me vio me dijo su frase habitual *estás guapísima*, pero la noche transcurrió como cualquier otra: me cogió de la mano, dimos un paseo, me acarició el pelo y no paramos de hablar.

Llegado el momento de la despedida, lo abracé, le acaricié su pelo y cuando estuvo muy, muy cerca de mí, cerré los ojos esperando nuestro primer beso.

Para mi sorpresa, su respuesta fue un beso en la frente.

Me sentí estúpida, ridícula, dolida y humillada.

Dejé de verlo inmediatamente.

No entendía que había hecho mal. ¿Por qué sus palabras no se correspondían con sus hechos? No es que hubiéramos planeado una boda en la playa y una casa llena de niños, no, pero decía que yo le gustaba, que le encantaba estar conmigo.

Mis amigas no entendían que le pasaba. ¿Será gay? Me preguntaba Juan. ¿Te habías duchado? ¿Habías comido ajo? ¿Será gay? Me preguntaba de nuevo Juan. A lo que yo replicaba: *era mi príncipe azul, pero no me ha besado y se ha quedado en rana.*

Al cabo de unos meses, me encontré a Guille por casualidad, esta vez de verdad. Fuimos a tomar café y estuvimos hablando de nuestras respectivas vidas. Enseguida congeniamos. Fue muy agradable, disfruté mucho de su compañía. Quedamos en volver a vernos.

Durante uno de nuestros cafés, me armé de valor para preguntarle por Erik.

—Y Erik, ¿cómo lo lleva? —pregunté, nerviosa.

—Muy bien —dijo sin inmutarse.

—Me refiero a lo *nuestro*. Perdona, pero no sé exactamente como llamar a lo que tuvimos Erik y yo —especifiqué.

—Adriana —dijo apenado—. No malgastes tu tiempo pensando en él.

—¿Cómo? ¿Te ha dicho algo de mí? —Dije con el corazón en un puño.

—Nunca ha dicho nada malo de ti, si es eso lo que te preocupa —intentó tranquilizarme.

—Sé que es tu amigo y todo eso, pero algo te habrá dicho. No entiendo que se comportase como mi novio y no quisiera nada conmigo —chillé presa de los nervios.

—Tienes razón. Se portó mal contigo —dijo dándome la razón.

Después de que Erik me dejase con los ojos cerrados y haciendo morritos, esperando un beso que no llegó, me negué a llamarlo. Él tampoco lo hizo.

Los primeros días esperé una llamada o un mensaje de disculpa. Tuve que contenerme para no llamarle yo. Al cabo de un mes, dejé de esperarle y entendí que se había terminado, fuera lo que fuese que tuviésemos.

—Bueno, ¿no me lo puedes explicar tú? —dije a sabiendas de la respuesta.

—Aunque no me guste verte así, es cosa vuestra. No me puedo meter —dijo, aunque su tono no sonó muy convincente.

—Lo sé, pero sólo te pido un porqué, una explicación. Nadie sabrá que hemos hablado —insistí casi suplicando.

—No se Adriana... No estoy seguro —dijo vacilante.

—No te preocupes, no diré nada. Ni pensaré que eres un chivato —mentí—. Cuéntamelo todo —dije agarrándole las manos.

—Erik es buen tío... Pero todos cometemos errores —dijo mirando a otro lado.

—Por supuesto —intenté sonar comprensiva—, errar es de humanos. Además, ni que hubiera matado a alguien —dije intentando quitar hierro al asunto.

—Erik tiene novia —esta vez me miraba fijamente a los ojos, mientras yo asimilaba la noticia—. Llevan cuatro años juntos. Ella vive en Madrid y se ven muy poco. Él se siente muy solo.

—¿Lo estás disculpando? —Conseguí decir, todavía en estado de shock.

—Ya te he dicho que es buen tío. Se sentía sólo, te conoció y le gustaste. Te quería para echar un polvo, pero te cogió cariño y no quiso hacerte daño. Entiendo que estés enfadada, pero dentro de lo malo, no se ha portado tan mal.

Suspire, enojada.

—No te enfades. Hombres... sabes que no utilizamos demasiado la cabeza —dijo bromeando.

Intenté sonreír, pero no lo logré.

Maldito Erik, y yo culpándome. Lo peor es que no le podía decir nada. Sino, le habría cantado las cuarenta. Pero no iba a empezar mi amistad con Guille, traicionándolo.

Aunque me dolió en su día, le agradezco a Guille que me lo contase todo. ¿Tengo un gran poder de convicción o él en el fondo deseaba contármelo?

Sea como fuere, desde ese momento hemos sido muy buenos amigos.

4

Salí del Pub en dirección a mi casa, mientras mentalmente revivía la discusión con Elena. ¿Cómo habíamos llegado a esto?

Mi pensamiento se vio interrumpido por una voz masculina que gritaba: *Increíble, si tienes más ropa además de la del trabajo*. Era Matías.

Matías era uno de los médicos que trabajaba en la clínica en la cual yo era recepcionista.

Era majo, aunque apenas lo conocía. Prácticamente habíamos cruzado unas 30 palabras y todas ellas del tipo *buenos días, buenas tardes, el paciente tal ha anulado la cita, el paciente tal ha venido sin cita previa*, etc... Lo consideraba buena persona porque cuando algún paciente venía sin cita, lo atendía. ¿Y qué tenía eso de extraordinario? Pues todo. Cualquier otro médico montaba en cólera y se negaba a atenderlo. *Sólo atiendo con cita previa*, solían gritarme.

Físicamente Matías era del montón: ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, ni delgado ni gordo. Su pelo y ojos eran castaños oscuros. Tenía un no sé qué en la cara que inspiraba confianza. Tendría sobre unos veintiocho años más o menos, pero por su forma de vestir podría pasar por uno de cuarenta.

Matías avanzó hacia mí, iba con un grupo de chicos y chicas, me dijo lo encantado que estaba de verme y me acribilló a preguntas: *¿a dónde vas tan temprano? ¿Qué haces sola? ¿Nos acompañas a tomar algo?*

Tras responder a sus preguntas y presentarme a sus amigos, accedí y los acompañé a tomar una copa.

Fuimos a un pub cercano, el Arca. No era en el que estaban mis amigos claro está, sino la excusa de que me dolía la cabeza y que por eso me marchaba me dejaría en evidencia.

Nos acomodamos en una mesa cerca de la barra.

—¿Qué te apetece tomar? —Me preguntó Matías.

—Un licor de manzana sin alcohol —no lo conocía mucho y no quería que pensase mal de mí.

Mientras Matías pedía las bebidas, me di cuenta de que una de las cosas que más echaba de menos de tener pareja era que siempre iban ellos a pedir en un bar, me echaban los hielos en la copa cuando hacíamos botellón, iban a por tabaco si se me acababa y llevaban las bolsas más pesadas de la compra.

Matías volvió con mi licor y un whisky para él.

Vaya, había pedido un insulso licor sin alcohol cuando en realidad me apetecía un whisky. Pero me recordé a mí misma que era un compañero de trabajo y quería causarle buena impresión. Se me pasó el fastidio enseguida.

No sabía de qué hablar con él, lo cual era raro, porque hablar era mi afición favorita.

Intenté integrarme en la charla del grupo, hablaban sobre juegos de mesa.

A pesar de mis intentos, no conseguí integrarme. No fue por culpa de ellos, sino porque no conocía ninguno.

¿Cómo no conocía ninguno? Me pregunté. Luego recordé que mi vida había consistido en estudiar y salir, y actualmente en trabajar y salir. No había tenido tiempo para más, y es que salir conlleva un gran trabajo: depilarse, peinarse, maquillarse, elegir atuendo y mantenerse al día de la vida de los demás para tener algo de qué cotillear.

—Matías, ¿recuerdas cuándo te pasabas las horas jugando a hundir la flota? No había quien te sacara de casa —dijo una chica con flequillo cuyo nombre no recuerdo.

—Y me sigue gustando. Aunque ya no juego porque sé cuando empiezo, pero no cuando acabaré —dijo entre risas.

—Adri, ¿te gusta ese juego? —Me preguntó con una sonrisa.

—No —dije casi en un susurro—, la verdad es que no lo conozco.

—¿Cómo qué no? —preguntó, perplejo.

—Perdóneme usted la vida —dije en tono solemne, intentando aguantar la risa.

Se levantó de la silla y fue prácticamente corriendo hacia la barra, supuse que estaría sediento.

—Pues no sabes la que te ha caído —me advirtió la chica del flequillo.

Volvió al cabo de un rato con un tablero bajo el brazo y una sonrisa triunfal.

—¡Mira que suerte tenemos! ¡Tenían hundir la flota! —Exclamó loco de contento.

Sus amigos lo miraron sonriendo. *No se cansa del maldito juego* dijeron entre risas sin ninguna malicia.

Me explicó detenidamente las normas del juego y me hizo prometerle que la próxima semana jugaríamos una partida.

Jamás imaginé que el doctor Matías fuese así. Sospechaba que era buena persona, pero lo consideraba un hombre serio, aburrido y reservado. Nada más lejos de la realidad. Sin la bata de médico y sin ese horrendo abrigo de paño negro, había rejuvenecido al menos diez años. Y era muy divertido, estuvo toda la noche bromeando. Lo que más me llamó la atención fue lo pendiente que estuvo de mí, en ningún momento me sentí desplazada o sola. Si no hablaba con él, enseguida alguno de sus amigos entablaba una conversación conmigo. Había tomado la decisión correcta al decirles a mis amigos que me dolía la cabeza, me lo estaba pasando estupendamente.

Sonó una canción que al parecer les encantaba. En cuanto la escucharon, todos se levantaron de sus asientos y se pusieron a bailar. Como yo no me inmuté. Otra chica, esta sin flequillo, me cogió de la mano para que me uniese a ellos.

Mi baile se basaba en no salirse del medio metro cuadrado que me rodeaba y contonearme al ritmo de la música, pues bien, Matías meneaba las piernas y los brazos en plan robot. Al principio lo encontré muy gracioso, pero más tarde sentí vergüenza ajena.

Miré a mí alrededor por si me estaba viendo alguien conocido. Afortunadamente no fue así. Al parecer nadie nos estaba prestando atención. Divisé a lo lejos al camarero y enseguida me llamó la atención. No era excesivamente guapo, y lo digo de verdad, de verdad de la buena. No como cuando se lo dices a tus amigas para que no se fijen en él. Era muy atractivo, al menos a mí me lo parecía. Tenía una cara interesante, no era un tipo de belleza evidente, pero no por ello tenía menos encanto.

Nos intercambiamos miradas y tímidas sonrisas, lo típico. Matías fue a pedir la siguiente ronda de bebidas y estuvo un rato hablando con él. Evidentemente se conocían.

Durante el transcurso de la noche seguimos con las miraditas y las sonrisitas hasta que me hizo un gesto con la mano para que me acercase. Naturalmente hice como que no lo había visto, tenía que hacerme de rogar. Seguí charlando y bebiendo mi whisky. Después de ver a Matías bailar, ya no me importaba la impresión que yo le causase, podía beber lo que quisiera.

Noté una palmada en el hombro, era el camarero. Me volví y lo miré atónita.

Tenía un cuerpo escultural, ¿cuántas horas pasaría en el gimnasio? Era

muy alto, con él podría llevar siempre tacones, pensé. Me preguntó si quería una copa. Vaya manera más evidente de ligar, pensé. ¿O no estaba ligando? Qué situación más confusa. Realmente podría estar haciendo su trabajo o coqueteando conmigo. Su cara era inexpresiva así que supuse que era la primera opción. ¿O era la segunda? No había visto que se acercara a nadie a preguntar lo que quería tomar, tan sólo a mí.

Como tenía mi copa en la mano, no tuve más remedio que declinar la invitación.

Me sonrió sin mucho entusiasmo y volvió detrás de la barra.

Más tarde, mientras hablaba con la chica del flequillo, observé como el camarero caminaba hacia mí. ¡Madre mía! No se le veía vello en el pecho, al menos en la zona que se dejaba ver. ¿Tendría su musculoso torso depilado?

Mi hombre, el camarero, llegó hasta mí y... se puso a hablar con Matías que estaba a mi lado.

Lo miré con disimulo, o al menos eso creía yo. Me devolvió la mirada y añadió una sonrisa encantadora.

—¿Matías es tu novio o el que te pasa la droga? —Me preguntó.

Que táctica tan buena había utilizado para saber si éramos pareja, pensé asombrada.

—El que me pasa la droga —contesté, con una sonrisa pícaro.

Él me devolvió la sonrisa.

—Soy Cristian.

—Yo Adriana —nos besamos en las mejillas tras la presentación.

A mi parecer le dejé claro que Matías no era mi pareja. Pero a él no debió de darle esa impresión. Tras la breve charla volvió al trabajo y yo seguí con mi conversación.

No habrían pasado ni veinte minutos cuando se volvió a acercar, con la excusa de recoger botellas, y me preguntó de nuevo si éramos pareja. Ante mi respuesta negativa él me contestó con una mirada de desconfianza. Esta misma conversación, incluida su mirada de desconfianza, se repitió unas tres veces a lo largo de la noche.

Los amigos de Matías se marcharon, dijeron que tenían que madrugar o algo así.

Matías y yo nos negábamos a irnos a dormir tan temprano. ¡Tan sólo eran las tres y media de la madrugada! Fuimos a otro pub de la zona a tomar la última copa, o al menos eso dijimos.

Estábamos los dos sentados tranquilamente, fumando un cigarrillo,

cuando de repente apareció Cristian de la nada y sí, una vez más quiso saber si éramos pareja.

5

Mi primera impresión de Cristian fue que era divertidísimo y la segunda, que lo más probable es que estuviera borracho. Lo cual implicaría que era un irresponsable. ¿Cómo se le ocurría estar borracho en el trabajo?

Con la excusa de las constantes interrupciones de Cristian, pude interrogar a Matías sobre él. Quería estar segura de que no se trataba de un loco, a la vez que no quería levantar ningún tipo de sospecha sobre mi interés por él.

—¿Es siempre así? ¿O estaba borracho? —Le pregunté con tono inexpresivo.

—Sospecho que algo habrá bebido... —Me dijo pensativo—. Pero Cristian está como una cabra, así que no me sorprende.

—¿Tiene problemas mentales? —exclamé, perpleja.

—¡Por Dios! ¡No, mujer! —contestó sorprendido—. Ha estudiado conmigo, lo conozco desde hace muchos años, prácticamente desde la guardería y siempre ha sido así de bromista.

—Ah, perdona si te ha ofendido mi pregunta —me ruboricé al darme cuenta de la barbaridad que había preguntado.

—Tranquila, no me ofendes en absoluto —dijo para tranquilizarme.

—¿De manera qué estudiasteis juntos? —pregunté, con fingida indiferencia.

—Sí, desde párvulos hasta bachiller. Le llamábamos *el leches* —dijo entre risas.

—¿*El leches*? —repetí.

—Sí, por su color de piel —añadió—. Después yo me fui a estudiar medicina a Madrid y perdimos el contacto. ¿Cuánto llevas trabajando en la clínica?

—Dos años —contesté sin mucho entusiasmo al percatarme del cambio de dirección de la conversación.

Seguimos charlando sobre nuestro único tema en común: el trabajo.

Una vez nos bebimos las copas, salimos del bar. Me estaba despidiendo de Matías cuando se ofreció a acompañarme a casa. Me opuse, no lo consideré necesario, a lo que me respondió en tono paternal: *no era una sugerencia, sino una advertencia.*

Entre risas caminamos hacia mi casa.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —dije con sinceridad en la despedida.

—Cuando quieras repetimos —dijo con una amable sonrisa.

Nos dimos dos besos en las mejillas y se marchó.

El lunes en el trabajo, Matías me contó que Cristian lo había llamado. El motivo de la llamada fue una disculpa, Cristian sentía muchísimo habernos molestado y le prometió dejar en paz a su novia, o sea a mí. Le explicó que tomó varias cervezas que debieron nublarle el juicio.

Matías aceptó sus disculpas y le aclaró que no éramos pareja.

¿Qué quiso decir con que se le nubló el juicio? ¿Si no hubiera tomado unas cervezas, no se habría fijado en mí? ¿O por prudencia no se habría acercado por si Matías era mi novio? Esta duda me rondó la cabeza durante toda la semana. Le di vueltas y vueltas, pero no saqué nada en claro. A veces pensar demasiado, crea más dudas.

El viernes por la tarde, cuando iba de camino al trabajo, me encontré a Cristian.

Me saludó. Me sorprendió muchísimo, pues dudaba de que se acordara de mí.

Aunque sólo fue un *hola*, hizo mucho más amena mi jornada laboral.

Era imposible que estuviera enamorada. No solía encapricharme de alguien con facilidad. Solían atraerme durante un corto periodo de tiempo, después los ignoraba.

No era culpa de ellos, era totalmente mía, perdía el interés.

Más tarde, ese mismo día, fui a tomar una cerveza con mis amigos.

Quedamos en el Seven, un bar al que solíamos ir a menudo. Era un sitio tranquilo, estaba frecuentado por parejas con niños, nunca conocíamos a los demás clientes, lo que nos permitía hablar libremente sin temor a ser escuchados por alguien inapropiado.

—Hola corazones —saludé en general.

—Hola —contestaron todos menos Elena.

—Bueno petardas, ya que estáis todas —Juan nos dedicó una mirada a

cada una—, os voy a dar un notición —dijo, inquieto.

—Falta Clara —espetó Elena.

—Ella casi nunca sale, pues se queda sin enterarse —dijo malhumorado—. ¡Vuelvo a estudiar! —exclamó deseoso de que las demás compartiéramos su emoción.

—¿No estabas buscando trabajo? —Carola hizo la peor pregunta que se le pudo ocurrir.

—Mira petarda, las Diosas como yo no trabajamos, nos mantienen —dijo Juan con soberbia.

—¿Y qué vas a estudiar? —pregunté.

—Todavía no lo tengo claro, pero creo que me decantaré por magisterio —dijo, satisfecho.

—¡Pero si odias los niños! —espeté.

—Y no tienes paciencia —recordó Elena.

—He dicho que probablemente lo estudie, no que lo ejerza —dijo frustrado, al ver que no respondíamos como él esperaba.

—Entonces, ¿qué sentido tiene? —preguntó Carola.

—Carola, ¿y los exámenes? —preguntó Juan con malicia.

—Agotadores —contestó entre suspiros—. Necesito otra cerveza.

Carola estudiaba enfermería. Era su segundo año. Nadie sabía con exactitud cómo le iba. Cuando le preguntabas se limitaba a contestar: *agotadores, estresantes, mejor no me saques el tema, te lo explicaré en otro momento, etc...*

—Voy a pedir. ¿Alguien, además de Carola, quiere algo? —Me ofrecí.

Todos negaron con la cabeza. Me acerqué a la barra. Mientras estaba pidiendo se acercó Elena.

—¿No has dicho que no querías nada? —pregunté, desconfiada.

—He cambiado de idea —dijo muy seria.

—Elena, olvidemos lo de la semana pasada. Fue una tontería —dije intentando arreglar las cosas.

—Una caña, por favor —le gritó a la camarera.

Volví a mi asiento con las cervezas, Elena llegó un minuto más tarde. ¿No me habría escuchado o no tenía intención de arreglar las cosas?

—¿Estás mejor con Guille? —preguntó Juan a Elena.

—Mejor que nunca —contestó mientras me dirigía una mirada desafiante.

—Me alegre —exclamé en un último intento de suavizar las cosas.

—Somos una pareja estable. Fue un bache, pero está superado —dijo

Elena en tono convincente. Aunque daba la impresión de que no pretendía convencernos a nosotros, se quería convencer ella misma.

—Necesito un novio... —se lamentó Juan—. A ver si en clase conozco a alguien.

—Tener novio está sobrevalorado —lo consoló Carola.

—Claro, opinó la que lo tiene —dijo cínicamente Juan.

—No es mi novio —aclaró Carola.

—Pero tienes con quien compartir el lecho —Replicó. No había nacido quien contrariara a Juan.

Nos tomamos las cervezas de un trago y nos marchamos. Ninguno dijo nada, pero en el ambiente se palpaba la tensión.

6

Sábado catorce de febrero. Se supone que San Valentín es el día de los enamorados, pero yo sospecho que es un complot de los bares y discotecas para que los solteros bebamos hasta emborracharnos y no recordemos lo solos que estamos.

Organizamos una salida de solteras, dejamos de lado a las emparejadas. Bueno, a decir verdad, ellas tenían mejores planes: Elena salía con Guille y Carola con Migui.

Juan decidió tomarse unos chupitos antes de salir para animarse, pero consiguió todo lo contrario: me llamó llorando, decía que estaba muy sólo, que nadie lo quería porque era tan guapo que intimidaba a los chicos.

—¿Me rapo? —preguntó, angustiado—. Así seguro que estaré más feo.

—Bobadas, seguro que con la suerte que tienes estás hasta más guapo —
Le contesté.

Sólo quedamos Clara y yo para salir.

Clara se había unido a nuestro grupo unos tres años atrás. Conoció a Carola mientras estudiaban bachiller. Clara era divertida, atrevida y alocada, aunque su baja autoestima a veces le jugaba malas pasadas. Era delgada y pelirroja de bote. Más bien bajita, lo que ella solucionaba con tacones que a veces confundíamos con andamios.

Quedamos en vernos en una plaza cercana a las casas de ambas. Me sorprendí al verla: llevaba un cortísimo vestido negro con gran escote, que dejaba poco a la imaginación y sus botines rojos de al menos 10 centímetros de tacón. Era extraño, siempre llevaba ropa más recatada. No es que fuera como una monja, pero sí menos insinuante.

Me arrepentí enseguida de mi atuendo: vestido de tubo verde por encima de la rodilla y escote a la barca, medias tupidas marrones y tacones del mismo color. En comparación con ella parecía recién salida de un convento.

—Hola gorda —exclamó al verme.

—Hola corazón.

—¿Cómo te atreves a ponerte tacones? —Me preguntó, medio en serio medio en broma.

—Pero si siempre llevo —repliqué.

—Tía, pero hoy salimos solas, a tu lado parezco aún más bajita —dijo tristemente.

—No exageres, nadie me va a mirar a mí cuando te vean con ese vestido.

—Odio decirlo, pero tienes razón —reconoció finalmente y ambas reímos—. ¡Planazo, planazo! —Dijo con entusiasmo agitando los brazos.

—Escupe —contesté.

—¿Recuerdas a Manolo, el chaval que se me presentó hará un par de semanas?

—Mmm... ¿el músico? —pregunté intentando recordarlo.

—¡Sí! Me ha mandado un mensaje para vernos esta noche. Viene con un amigo, así que no te preocupes que no vendrás de carabina —me advirtió.

—Vale —dije a desgana.

Nos dirigimos al Castillo, el pub en el que habíamos quedado. Habría preferido ir a una fiesta de San Solterín, pero como ya habíamos quedado con ellos no tuve más remedio que conformarme.

Aunque fui a desgana, me encantó el lugar. Había estado otras veces, pero en esta ocasión celebraban la fiesta de San Valentín. En la entrada nos preguntaron nuestra situación sentimental; colocaban una pegatina con forma de corazón con un código de colores: rojo: con pareja, rosa: sin pareja pero enamorado@ y azul: sin pareja y abierto a conocer gente.

Elegimos la opción rosa, ninguna estábamos enamoradas pero temíamos que si nos poníamos la azul pareciéramos unas busconas.

Apoyados sobre la barra nos esperaban los chicos: eran altos y musculosos, extremadamente guapos a decir verdad. Parecían salidos de un catálogo o de un anuncio de perfume. Felicité a Clara por la pesca. *Hay peces buenísimos en el mar, y yo tengo una buena caña*, contestó muy satisfecha consigo misma.

Ambos vestían vaqueros, Manolo llevaba una camisa azul claro que hacía juego con sus ojos y su amigo la llevaba de color rosa. Habían elegido las pegatinas azules.

—Hola amor —dijo Manolo a Clara mientras la besaba en la mejilla—. Te presento a Ángel.

—Encantada —dijo Clara dirigiéndose a él—. Os presento a Adriana.

Tras las presentaciones, Clara se colocó al lado de Manolo y me dejó

junto a Ángel.

—¿Os apetece un chupito? —dijo Manolo.

—De acuerdo —contestamos Clara y yo al unísono.

Los chicos pidieron los chupitos, brindamos y cuando llegó la hora de pagar, ninguno hizo intento alguno, se limitaron a mirar hacia otro lado. Pagamos nosotras.

No pretendíamos que nos invitaran a todo, pero sí al menos que mostraran interés por hacerlo.

Clara parecía estar pasándoselo en grande con Manolo: hablaban al oído, bailaban, intercambiaban cómplices sonrisas... En cambio, yo no estaba muy entusiasmada. No buscaba líos de una noche, y eso era únicamente lo que los tíos de este estilo buscaban.

—¿Tienes novio? —preguntó Ángel.

—No, sino tendría hoy un plan mejor —contesté, Ángel parecía decepcionado con mi respuesta.

—¿Trabajas o estudias?

—Trabajo en una clínica. Y tú, ¿a qué te dedicas? —dije fingiendo interés.

—Soy cocinero.

Lo reconozco; me sorprendió. Por su aspecto creía que no tendría tiempo de trabajar, que viviría encerrado en un gimnasio.

—¿Dónde trabajas? —pregunté con interés.

—En el restaurante Trois chocolats. ¿Lo conoces?

¡Madre de Dios! Claro que lo conozco. Nunca he ido porque es carísimo, y con carísimo me refiero a una ruina. Tendría que pedir un préstamo para poder pagar una mísera ensalada.

—¿Es en el que sirven ese vodka que lleva oro? —pregunté intentando disimular mi entusiasmo.

—Exacto —dijo al tiempo que chasqueaba los dedos.

—¿Pedimos? —Nos interrumpió Manolo.

—Ya era hora, estoy seco —contestó Ángel sonriendo.

Los chicos y yo pedimos un whisky solo con hielo y Clara pidió un vodka caramelo.

—¡Brindemos por un mundo en el que los tíos seamos acosados por tías que nos inviten a copas! —Exclamó Manolo.

—Amén hermano —gritó Ángel.

Clara se moría de risa, a mí no me hizo gracia. ¿Acaso no pensaban

pagar nada?

En esta ocasión, tampoco pagaron. Cuando nos dieron la cuenta, Ángel fue repentinamente al baño y Manolo necesitaba comprar tabaco.

A su vuelta, Ángel retomó la conversación donde la habíamos dejado justo antes de la interrupción de Manolo. Ya no me interesaba lo más mínimo: estaba enfadada. ¿El objetivo de la cita era pagarles las copas?

—Clara, acompáñame al baño.

—Gorda, ahora no —me contestó en un susurro.

Estaba muy ocupada besándose con Manolo.

Noté que algo caía por mi vestido. Era mi collar, se había roto y rodaban perlas por todas partes.

—Vaya, mi collar —me lamenté.

—Todavía no te he tocado, no sé cómo se ha roto —exclamó Ángel.

Lo observé detenidamente, no era una broma, hablaba en serio.

Lo que me faltaba, quería que le pagara las consumiciones y además pretendía que nos liáramos. Tenía que huir, pero Clara se enfadaría... A la mierda Clara, seguía morreándose con Manolo, ni siquiera notaría mi ausencia.

En ese instante me tendieron una mano llena de mis perlas, las cogí y levanté la vista para darle las gracias al dueño de la mano. Era Cristian.

7

—Gracias —sonreí con coquetería—. Intentaré arreglarlo.

—De nada —dijo con la vista fija en Ángel—. Luego nos vemos —y se marchó.

Maldito Ángel, pensé. Encima de que era un caradura ahora me estropeaba el momento.

Cristian me dijo que luego nos veríamos, pero no quedamos en nada concreto. ¿Lo diría por decir? ¿Sería como cuando le dices de quedar a tus conocidas y nunca lo haces?

—Adri, invítate a unos chupitos —dijo Manolo haciéndose el gracioso, no lo consiguió.

—Justo ahora tengo que salir a hacer una llamada, vuelvo en un momento —contesté.

No tenía que llamar a nadie, pero me temía que si seguía un minuto más ahí dentro, acabaría peleada con ellos.

Salí a la calle y me encendí un cigarrillo. Cristian estaba a unos metros de mí, en la puerta del Arca, el pub en el que trabajaba. Me acerqué a hablar con él.

Aunque no tenía porqué, necesitaba explicarle que Ángel no era mi novio.

—¿Dónde has dejado a Matías? —dijo bromeando.

Reí tontamente.

Me propuso ser su novia postiza. Me explicó que en el Arca invitaban a chupitos a las parejas por San Valentín.

—Vale, haré el esfuerzo —dije bromeando.

—Hay que demostrar que somos pareja —dijo muy seriamente.

—¿Cómo?

—Besándonos —contestó. Al ver mi cara añadió—. Sin lengua ni nada, sólo un pico.

Observé sus labios carnosos, no me habría importado que el beso fuera

de tornillo.

Pasamos al pub, nos dirigimos a la barra a pedir esos chupitos y a besarnos.

Que nervios, pensé, un beso con preaviso.

Naturalmente conocía al camarero que nos atendió, era su compañero. Éste nos dijo que necesitaba la demostración de que estábamos juntos. Nos besamos, un leve roce de nuestros labios. El camarero no se dio por satisfecho, insistió en que necesitaba una demostración más extensa.

Cristian me agarró de la cintura y me acercó hasta él, me miró fijamente a los ojos. Estábamos tan cerca que podía oler su aliento, notaba el calor de su cuerpo contra el mío y sus firmes brazos rodeándome la cintura. Noté un cosquilleo en el estómago, mi cuerpo se estremeció. Cerró los ojos y posó sus labios sobre los míos. Fue un beso muy tierno y romántico. Poco a poco, se volvió más pasional e intenso. Mis manos se apoyaron sobre sus caderas. Se apartó durante un segundo para obsequiarme con una mirada lasciva, acto seguido me sujetó del cuello con pasión y me acercó a sus labios.

Se me paró la respiración, notaba sus labios como si fuesen míos.

Era el beso más pasional que me habían dado.

Después del súper beso, el camarero nos dio su visto bueno y nos puso los chupitos.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Cristian.

—Veinte.

—Menos mal, no estaba seguro de que fueras mayor de edad —dijo aliviado.

Atractivo, un Dios besando, creía que yo era más joven... ¡Mi hombre perfecto!

—¿Y tú?

—Veintinueve. ¿A qué los llevo bien?

La verdad es que los aparentaba, pero me limité a contestar:

—Por supuesto, los llevas muy bien. Oye, ¿y esa pegatina rosa?

—No tengo pareja, ni estoy enamorado, pero tenía mucho interés en conocerte.

—Entonces deberías llevar la azul —contesté, deseando que me contrariara.

—No. La rosa es perfecta porque sólo tengo interés en conocerte a ti —

dijo con sinceridad.

Mientras asimilaba lo que me acababa de decir, charlamos sobre nuestros trabajos. Me contó que estaba buscando otro trabajo, detestaba trabajar de noche. Este trabajo era algo provisional, hasta que surgiera otro. Compartía piso con su compañero de trabajo.

Y según me dijo eran como un matrimonio, todo el día discutiendo por las tareas domésticas.

Tenía la sensación de que algo se me olvidaba... Al cabo de una hora, recordé a Clara.

A regañadientes fui a buscarla.

—Gorda, ¿dónde estabas? —me preguntó sin dejar de abrazar a Manolo.

—Un pequeño contratiempo —me excusé—. ¿Y Ángel?

Ninguno contestó, dirigieron su mirada hacia el otro extremo del bar. Allí estaba Ángel, besándose con una chica.

—Estupendo, pues me marcho —dije alegremente y avancé hasta la puerta.

Clara me siguió.

—¿Estás bien? —preguntó aparentemente preocupada.

—Mejor que nunca —le aseguré—. Ángel es un caradura —me quejé.

Me importaba un carajo Ángel, aunque hubiese sido mister bondadoso, a mí me gustaba Cristian.

—Manolo... lleva toda la noche sin pagar nada. Me está arruinando —dijo decepcionada.

—Pues mándalo a tomar el fresco —dije con chulería.

—Es que he invertido mucho dinero en esta relación...

—¿Invertido? Eso no es invertir, es tirar el dinero. Exígele que pague a partir de ahora o pasa de él —le ordené.

—Lo pensaré... —dijo indecisa—. ¿A dónde vas?

—Al pub de al lado.

—¿Sola?

—Si vienes, ya no estaré sola.

—¿Y Manolo? ¿Y si me marcho y se lía con otra? —preguntó con auténtica angustia.

—Yo no te puedo decir lo que debes hacer, pero si piensas seguir viéndolo ¿esto es lo que quieres? ¿Quieres estar preocupada cada vez que no estés con él?

—Voy contigo a tomarme una copa y vuelvo —dijo con decisión—. Si no

se lía con otra, habrá superado la prueba.

Al entrar al pub, Cristian me abrió la puerta caballerosamente. Me agarró de la cintura y me atrajo hacia sí, me besó apasionadamente. El contacto con sus labios me erizó la piel.

Clara nos miraba sin entender nada.

—¿Pero éste quién es? —Preguntó impaciente, señalándolo con el dedo.

—Un amigo... por ahora —dije con una media sonrisa en los labios.

—Tía, ¿cómo puedes ser así? No cuentas nada. Debes de tener una veintena de líos ocultos.

—Sabes que no es verdad —respondí en un tono poco convincente.

Que exagerada era Clara. ¿Una veintena? ¿Acaso cree que me lío con cualquiera?

A lo sumo tendré un par de ellos ocultos, bueno quizá tres, pero no veinte.

No es que no confíe en ella para contárselo, pero prefiero no hacerlo. A no ser que me pillen con las manos en la masa, como en este caso, no abro la boca.

Cristian me observaba desde el otro extremo del bar. Disimuladamente controlaba cada uno de mis pasos. Eso sí, muy disimulado no era.

A pesar de que tenía el día libre, ante la multitud de clientes que se agolpaban para conseguir una copa, tuvo que ponerse a trabajar.

Cuando nos terminamos las bebidas, me acerqué a Cristian para despedirme.

—Quédate un poco más, en cuanto acabe te acompaño a casa —se ofreció.

Era una oferta tentadora, pero sinceramente no me fiaba de él.

—Te lo agradezco, pero ya le he dicho a mi amiga que nos íbamos juntas —contesté.

—¿No me tendrás miedo? —dijo el muy listo.

—¿He de tenerlo? —dije con una pícara sonrisa—. Me marcho.

—Como quieras —dijo a desgana.

Nos besamos tiernamente.

No es que le tuviera miedo, pero no lo conocía.

No sabía si con acompañarme a casa quería decir *¿nos acostamos?*

Prefería lugares públicos para las primeras citas.

A la salida del pub me despedí de Clara y le deseé suerte para con

Manolo.

Ya en mi cama no dejaba de darle vueltas a lo acontecido esa noche. Las vueltas venían propiciadas por los whiskies, pero siempre llegaban al mismo destinatario: Cristian.

¿Te apetece quedar un día? Hoy me ha encantado estar a tu lado.
Escribí nerviosa, demasiado cursi. Borrado.

Acabo de llegar, no hago más que pensar en ti. Demasiado sincero, parezco una acosadora. Borrado.

Espero que esta noche lo hayas pasado bien, para mí ha sido estupenda y me ha encantado besarte. Perfecto.

Muy satisfecha de mí me dispuse a enviar el mensaje. Busqué y rebusqué en mis contactos, no tenía su número. ¿Cómo puede ser? Habíamos llegado a intercambiar flujos salivales pero no los números de teléfono.

A la mañana siguiente me despertó una llamada de teléfono. Era Clara.

Cuando llegó al bar, Manolo estaba como loco buscándola. No se había liado con otra.

Ni siquiera había tonteado, había estado llamándola al móvil y preguntando por ella. Clara estaba muy feliz.

Su monedero fue el que más sufrió, la siguiente ronda también la pagó ella.

8

El lunes llegué al trabajo con una alegría palpable.

Dejé en casa mi discreta barra de labios rosa palo y la cambié por una fucsia.

Aunque soy del montón, del montón de las guapas, no solía ir a trabajar excesivamente arreglada: un vaquero, una camisa y tacones. El uniforme laboral consistía en una bata azul eléctrico que nos poníamos encima, por lo que no importaba lo que llevase debajo.

En cuanto al maquillaje, me limitaba a un poco de colorete y una barra de labios rosa claro.

Hoy me sentía atractiva, incluso sexy, por lo que opté por una falda de tubo que estilizaba mi figura.

Mi figura era del estilo insecto palo: poco pecho, poco culo y nada de barriga. Pero la combinación con mi estatura, mis ojos verdes y mi larguísimo pelo castaño, hacían que fuera atractiva. Si a esto le añadimos un poco de relleno en el sujetador, tacones, buena ropa y mucho maquillaje, me convertían en una chica peligrosamente atractiva.

—Adriana, ¿qué te has hecho? —preguntó Matías en tono pensativo.

—He cambiado de barra de labios —contesté.

—No, es más que eso —dijo sin parar de mirarme—. Son tus ojos, tienen un brillo especial —dijo en tono triunfal.

En seguida me ruboricé, gracias a la espesa capa de maquillaje que cubría mi rostro no se percató.

—Se me habrá metido algo en el ojo —bromeé.

Mientras volvía a mi puesto de trabajo, notaba la mirada de Matías clavada en mi nuca.

La semana transcurrió en cuestión de horas. Estaba impaciente porque llegara el fin de semana para volver a ver a Cristian.

El jueves por la mañana, coincidí con Matías en la cafetería a la que solía ir a

desayunar. Se trataba de una cafetería cercana a la clínica, iba allí desde que empecé a trabajar.

—Que aproveche —dijo Matías.

—Gracias —contesté mientras le daba un bocado a mi mollete con jamón.

—Me voy a tener que sentar contigo, no me apetece verte, pero no hay mesas libres —dijo muy seriamente.

Eché un vistazo a mí alrededor y había al menos cinco mesas libres. Sonreí.

—¿Qué tal la mañana? —pregunté.

—Tranquila. Pero tú lo preguntas con segundas, ¿verdad?

—Um... —enseguida me ruboricé—. Bueno, he visto que hoy ha venido Doña Carmen...

—Sí, decía que se encontraba mal.

Doña Carmen era una anciana entrañable. Era bajita y delgada. Tenía el pelo blanco, siempre lo llevaba suelto y adornado con alguna peina. Vestía muy elegante y algo recargada: varios collares, anillos en casi todos sus dedos, grandes pendientes, bastón a juego con su ropa... Todo de las mejores calidades. Era rica, o al menos eso creíamos.

Era dulce y cariñosa, siempre me preguntaba por mis padres, mis abuelos y mis hermanos. Venía a la consulta todas las semanas. Solía acompañarla su perrita Fifi, una pequeña chihuahua blanca que iba tan recargada como su dueña.

El año anterior, uno de esos vendedores a domicilio, consiguió venderle una enciclopedia médica. Doña Carmen nunca había dado indicios de hipocondría, pero desde la compra, cada semana venía muy preocupada por alguna enfermedad que según ella, padecía.

—Pero, ¿de verdad? —pregunté intrigada.

—Tenía ansiedad. La ha confundido con un ataque al corazón. La pobre no entraba en razón. Decía que tenía los síntomas de un ataque y que yo había conseguido mi título en una tómbola.

—¿Has conseguido convencerla? —pregunté incrédula.

—Por el momento. Le he mandado un ansiolítico muy suave. Se ha quedado más tranquila, pero mañana seguro que volverá a llamar.

—Pobrecita... —dije mientras me levantaba y cogía mi bolso—. Vuelvo al trabajo, ahora nos vemos.

—Hasta ahora —se despidió Matías.

El viernes por la tarde, mientras me tomaba mi tercer café, me llamó Clara.

—Hola gorda —me saludó.

—Hola —dije bostezando.

—¿Mala noche? —Se interesó.

—Para nada, el aburrimiento. Esta tarde apenas ha habido llamadas ni ha venido casi nadie.

—Chica, no te quedan ni dos horas para salir, ánimo —me consoló.

—¿Hacemos algo esta noche?

—Por eso te llamaba. Me ha llamado Carola, Migui descansa hoy y estarán en el Castillo viendo el fútbol.

—¿Desde cuándo nos gusta el fútbol?

—Desde que Carola me ha suplicado que vayamos con ella. Al parecer, Migui ha quedado con unos amigos y no quiere encontrarse fuera de lugar.

—Ajá. ¿A qué hora tenemos que estar allí?

—Sobre las ocho. ¿Te recojo del trabajo?

—Perfecto. Tráete un peine y una barra de labios para retocarme —le pedí.

—Vale presumida —Dijo. Por su tono noté que sonreía.

—Hasta luego —colgué.

9

A las ocho en punto llegó Clara.

Trajo todo un arsenal de maquillaje: lápiz de ojos, varias barras de labios, delineador, paleta de sombras... Utilicé la barra de labios roja a juego con mi jersey. Todo transcurría con normalidad hasta que me apliqué el delineador, no había día en que mis ojos estuvieran pintados iguales. Clara me miraba con impaciencia y es que ya llegábamos tarde. Disimulé lo mejor que pude mis rabillos desiguales y nos marchamos a ver el fútbol.

Nada más entrar al pub recordé la noche de San Valentín, sonreí como una boba.

—Adri, ¿de qué te ríes? —Quiso enterarse Clara, no se le escapaba una. Me hice la sorda y busqué a Carola.

—Chicas, aquí —gritaba Carola agitando los brazos.

En una mesa frente a la pantalla, estaba Carola, Migui y otro chico.

Nos dirigimos hacia ellos y tomamos asiento.

—Chicas, éste es Alberto —nos presentó Carola.

Alberto estaba sentado, no puedo dar muchos detalles. Era moreno y con ojos castaños. No era excepcionalmente guapo, aunque cuando sonreía se le formaban unos hoyuelos adorables.

—Encantada —dijimos Clara y yo al unísono.

—Éstas son Clara y Adriana —dijo Carola señalándonos con la mano.

Tras los besos de cortesía, se acercó la camarera.

—¿Qué queréis? —Nos preguntó.

—Dos cervezas —pidió Clara.

Aunque detestábamos el fútbol, nos lo estábamos pasando en grande: era un partido del mundial, el bar estaba abarrotado, la mayoría de la gente llevaba la camiseta de la selección y se respiraba la emoción en el ambiente.

En el descanso, aproveché para salir a fumar un cigarrillo.

—¿Alguien se apunta? —Ofrecí a mis acompañantes.

Al instante se levantó Carola para acompañarme.

—Vais en serio, ¿no? —pregunté una vez estábamos fuera del bar.

—Perdona, ¿cómo dices? —preguntó Carola, distraída—. Ah, sí, supongo.

—¿Cómo que supones? —pregunté extrañada.

—A ver, no me ha dicho literalmente *¿quieres ser mi novia?* —explicó.

—Pregúntaselo tú —le sugerí.

—Temo su respuesta —dijo con tristeza—. Además, todavía es pronto. ¿qué llevamos tres semanas juntos?

—Puede que tengas razón, os estáis conociendo —cedí finalmente.

Volvíamos dentro, nos encaminamos hacia nuestra mesa y vimos que sólo había una silla libre. ¿Y la otra?, pensé. A medida que me fui acercando vi que no había desaparecido, estaba ocupada.

En un principio me fastidió porque no había más sillas libres, pero cuando llegué y vi quien era el ocupante, me dio igual estar el resto de la noche en pie o sobre sus rodillas, otra buena opción.

Era Cristian, mi Cristian.

—Hola —mi voz delataba mi estado de nervios.

—Este es Cristian —nos presentó Migui.

—Ya nos conocemos —Le aclaró Cristian, sin quitarme la vista de encima.

—Yo soy Carola —interrumpió, deseosa de participar en la conversación.

—Mucho gusto —le contestó Cristian sin inmutarse.

En ese instante se percató de que faltaba una silla, se levantó y me la cedió.

—No pasa nada, quédate sentado —le repliqué.

—Insisto, siéntate tú —Cristian embozó una amplia sonrisa.

—De verdad, quédate la silla —insistí.

—¿Qué clase de caballero sería si me sentara? Por favor, toma asiento.

—¡Qué cansinos! —Exclamó Clara—. Adri, siéntate en la que hay libre y Carola, en la que ocupaba Cristian —ordenó como un sargento.

Cedí. Cuando Clara se pone así, no hay quien le replique.

Cristian se apoyó junto a la barra, no podía ponerse a nuestro lado ya que de pie impediría la vista a los demás espectadores.

—Gracias Clara —dije con sarcasmo.

Observé a Cristian por el rabillo del ojo; estaba hablando con la camarera y parecía estar pasándolo muy bien. Se me encogió el estómago.

Traté de concentrarme en el partido. No quería mostrar que estaba desesperada por su atención.

Terminó el partido y la mayoría de la gente se marchó, quedaron muchas sillas libres. Eso me animó. Ahora se sentaría con nosotros, supuse.

Al cabo de una media hora, cuando ya me había dado por vencida, se dignó a sentarse con nosotros.

—Vaya golazo —le dijo a Migui.

—No seas tan optimista, sólo hemos marcado uno —replicó Migui.

—Ellos no han marcado, con eso me basta —dijo Cristian felizmente.

Y siguieron hablando de fútbol.

—¿Vamos a cenar o preferís que nos quedemos un poco más aquí? —Nos preguntó Carola a Clara y a mí.

—Nos quedamos un poco más —Contesté. No iba a marcharme ahora que Cristian estaba con nosotros.

—¿Os importa que me una a vosotras? —Nos preguntó Alberto—. Estos dos sólo hablan de fútbol —dijo refiriéndose a Migui y a Cristian.

—Para nada —contestó Carola—. Estábamos discutiendo si ir ya a cenar o quedarnos un rato más.

—Ahora que lo mencionas, que hambre, ¿no? —dijo Alberto mientras se tocaba la barriga. Barriga inexistente, ahora que me fijaba.

—¿Por qué tu amigo y tú no nos acompañáis? —Le propuso Clara a la vez que me guiñaba un ojo.

—Por mí sí —contestó Alberto—. Cris, éstas preciosas señoritas nos proponen que las acompañemos a cenar —dijo dirigiéndose a Cristian.

—En otra ocasión, esta noche trabajo. Gracias de todos modos —dijo educadamente mirando a Alberto.

—¿Nos marchamos? —pregunté con tono de suficiencia.

—Claro —dijo desconcertada Clara. Evidentemente se había percatado de mi brusco cambio.

10

Todos, excepto Cristian, nos encaminamos a un bar de tapas, *El Tapeo*.

Anda que se rompieron la cabeza para escoger el nombre.

Nos sentamos en una mesa muy pequeña, era la única que quedaba libre. Estaba junto a una ventana. Cuando todos nos sentamos, me quedé pegada al cristal.

—¿Nos tomamos una caña y esperamos a ver si queda alguna otra mesa libre? —Propuso Migui.

Asentí. No me hacía ninguna gracia que desde fuera, todo el que pasara, viera mi cuerpo aplastado contra el cristal.

—Adriana —dijo Alberto levantándose de su asiento—, cámbiame el sitio.

—No es necesario —mentí.

—No es una proposición, sino una orden —dijo muy serio.

En cuanto me hube cambiado, me sonrió abiertamente.

—Hombres, id a pedir —ordenó Carola con tono burlón.

—Cañas para todos, ¿verdad? —Preguntó Migui.

Todos asentimos.

—Yo no me muevo de aquí, sospecho que si lo hago, me quitaran el sitio —bromeó Alberto.

—No es necesario, ha dicho *hombres* —se burló Migui.

—Chicas, ¿no os parece que tiene un culito adorable? —preguntó Alberto poniendo voz de mujer.

Todos reímos a carcajadas.

Que gracioso era Alberto, me lo estaba pasando tan bien que por un momento olvidé a Cristian.

—Alberto es una monada —me susurró Clara.

Migui volvió con las cervezas y un minuto después, la camarera trajo las tapas.

—Oye Adri, ¿de qué conoces a Cristian? —Quiso saber Migui.

—Tenemos un amigo en común —contesté. No estaba mintiendo, sólo omitía pequeños detalles—. ¿Y tú? —Le pregunté, intrigada.

—Estudiamos juntos. Siempre hemos sido uña y carne —dijo con orgullo.

—¿En bachiller?

—Desde infantil, si no recuerdo mal —dijo pensativo.

—Sí, desde infantil —corroboró Alberto.

—¿Tú también estudiaste con ellos? —Le pregunté.

—Sí, aunque yo parezco más joven que ellos —rió Alberto.

A este paso estaba por pedirle a Migui su orla escolar, mis amigas y yo nos ahorraríamos el salir a ligar.

—Voy al baño —avisé.

—Te acompaño —dijo Clara.

—¿Por qué siempre irán juntas? —Preguntó Migui a la nada.

—Tranquilo, la próxima vez que vayas, te acompaño —lo consoló Alberto.

Después de usar el baño, Clara me cogió del brazo.

—Es mono, ¿verdad? —dijo con una sonrisa en la boca. Supuse que se refería a Alberto.

—¿Qué pasa con Manolo? —pregunté presa de la curiosidad.

—Mañana te cuento, sino, vamos a tardar un buen rato —se escabulló.

—De acuerdo —contesté y salimos del baño.

Al llegar se habían levantado de la minúscula mesa y nos esperaban en la entrada.

—¿Habéis pagado ya? —pregunté.

—Sí, os lo he pagado a las dos —contestó Alberto.

—¿Cuánto te debemos? —preguntó Clara a la vez que sacaba el monedero.

—Um, nada. Me debéis una cena —contestó.

—Hecho —contesté.

—Que bien te ha salido el plan —oí que Migui le susurraba a Alberto.

—Claro, eso me garantiza que habrá una próxima vez —le contestó sonriente.

A la salida nos dispersamos: Carola y Migui iban al cine; Clara había quedado con Manolo, claro, que eso no lo dijo; Alberto se marchaba a su casa y yo a la mía.

—Voy en coche, ¿te acerco a casa? —Me ofreció.

—De acuerdo —acepté. No suelo irme con desconocidos, pero los tacones me estaban matando.

El trayecto en el coche fue muy bien. No fue incómodo, como yo esperaba.

Al llegar a mi casa, Alberto me sujeto de la mano mientras me bajaba del coche.

Mierda, pensé. Se tenía que fijar en Clara, no en mí.

Ahora me explicaba por qué se ofreció a cambiarme el asiento y por qué me había pagado la cena.

—¿Si? —Le pregunté a la vez que me volvía hacia él.

—Me da un poco de vergüenza y si no quieres, lo entiendo —dijo mirando al suelo.

—Dime —contesté sin querer saber la respuesta.

—Verás... —dijo en tono vacilante.

Encima tenía que sacarle las palabras. Lo que me faltaba para rematar la noche.

—Dime, no pasa nada —intenté ocultar mi impaciencia.

—¿Me podrías dar el número de Clara? —dijo con timidez.

—Claro —contesté avergonzada y se lo recité—. Buenas noches —me despedí y entré a mi casa.

¡Qué vergüenza! Esperaba que no se hubiera dado cuenta.

No me gustaba Alberto en absoluto, pero me había sentido alagada después del fiasco con Cristian. ¿Qué tenía yo de malo para que me rechazaran?

Me tumbé en la cama y me acurruqué. Intenté dejar la mente en blanco: *Cristian, Cristian, Cristian, Cristian, Cristian, Cristian, Cristian.*

¡Maldito seas!

Pero, ¿qué esperaba de Cristian? No esperaba una proposición de matrimonio, aún no, pero si algún acercamiento por su parte.

No me había hecho caso alguno. Me trató como a alguien al que acabas de conocer.

Me sentía rechazada. Lo peor era que Clara lo sabía. Tendría que aguantar sus constantes preguntas: *¿estás bien? ¿Tendrá novia y sólo fuiste su amante? ¿No le invitaste a ninguna copa? ¿Te hiciste la estrecha?*

La angustia empezó a apoderarse de mí.

Me recordé que no podía sentirme así. No era propio de mí. Yo, que había conquistado al chico más popular de la ciudad. Enseguida me animé, ese recuerdo me subió la autoestima. ¿Quién era Cristian al lado de Feliciano?

Feliciano tenía filas de chicas interesadas en ligar con él. Bueno, quizás algo menos. Allá donde iba era el centro de atención, congeniaba con chicos y chicas y todo el mundo lo apreciaba.

¿Y Cristian? No había visto ninguna chica detrás de él, no era el centro de atención y no todo el mundo lo apreciaba, al menos yo ya no lo hacía.

11

Feliciano era mi amor platónico de la infancia.

Era alto y esbelto. Su cabello era castaño claro; rubio cuando tomaba el sol. Lo tenía largo, bueno, ni muy largo ni muy corto, y aunque se peinaba, parecía no saber lo que era un cepillo. Sus ojos eran verdes, tan intenso, que parecían esmeraldas. Vestía muy informal: pantalones anchos, zapatillas y en ocasiones se ponía algún polo. Llevaba un aro de madera en una de sus orejas, lo que le aportaba cierto atractivo.

Era simpático y extrovertido. Hablaba con todo el mundo. En realidad no paraba de hablar. Cuando estás enamorada no aprecias esos pequeños defectos, pero cuando no lo estás, esos defectos alcanzan el tamaño de una catedral.

Estudiaba en el mismo colegio que yo, aunque varios cursos por delante. Cada mañana, esperaba en la entrada para verlo y en la salida hacía lo mismo.

Fui invisible para él hasta los diecisiete años.

Una tarde, mientras paseaba con Carola, pasó Feliciano con su moto. Nos miramos fijamente, él siguió circulando en la moto, por lo que tuvo que girarse para mantenerme la mirada. Tan intensa fue, que se subió a la acera. Por suerte no pasaba ningún peatón.

Al día siguiente, allí estaba yo, en el mismo sitio y a la misma hora. *Casualmente* volvió a pasar, esta vez andando. Nos volvimos a mirar, una de esas miradas que duran una eternidad y se acercó a mí.

—Creo que no tenemos conocidos en común que hagan los honores —dijo sonriendo—. Soy Feliciano.

—Adriana —conseguí pronunciar en mi estado de nervios.

—Es muy pronto para intercambiar los teléfonos —me miró esperando una respuesta—. Te daré el mío la próxima vez que nos veamos y si lo deseas, me llamas o me escribes —Dijo con una hermosa sonrisa.

—Buena idea —contesté. Era una auténtica mierda de idea. Tantos años colada por él y, cuando por fin se fija en mí, me dice que es pronto para

intercambiar teléfonos.

—Hasta la próxima —se despidió.

—Adiós —dije con la mejor de mis sonrisas.

¿Qué debía hacer? ¿Dar la vuelta a la manzana para volverlo a ver? ¿O siendo el mismo día, seguirá creyendo que es pronto? ¿Debía pasar por allí al día siguiente a la misma hora? ¿Sería muy evidente mi interés?

Esperé tres días; tres largos y duros días. Tuve que contenerme para no ir antes, no quería dar la impresión de estar impaciente. Y por fin llegó el día.

Caminé tranquilamente por la misma calle a la misma hora, Feliciano hizo su recorrido habitual. Al verlo, el nerviosismo se apoderó de mí. A medida que nos acercábamos, nos sonreímos tontamente.

—Hola Adriana —mi nombre sonaba sensual en su boca.

—Hola.

—Me alegro de verte —dijo sinceramente.

—Yo también —contesté abrumada.

—Me preguntaba si te apetecería que fuéramos algún día a tomar un café.

—Lo pensaré —me hice la dura—. Dame tu teléfono y si me interesa, te llamaré.

Sorprendido, me lo dio. Obviamente no estaba acostumbrado a esa respuesta.

A los dos días le mandé un mensaje. Quedamos en vernos en nuestro punto de encuentro habitual.

Enseguida congeniamos: no teníamos demasiadas cosas en común pero, ¿para qué sirve entonces mentir?

Él era aficionado al fútbol, pues yo también. Practicaba equitación, pues yo también.

Mi secreto se descubrió cuando me llevó a montar a caballo.

Para mi sorpresa y orgullo, no tuve problema en subirme al caballo, pero cuando comenzó a trotar, grité: *Que susto, bajadme de aquí*. Estaba histérica. Miré a Feliciano, pues temía su respuesta. Enseguida vino a ayudarme y fue muy comprensivo cuando le dije la verdad. Otro punto más a su favor, pensé.

Me encantaba que paseáramos cogidos de la mano, además de romántico, disfrutaba con las caras de envidia de las demás chicas. Todas parecían estar enamoradas de él. Gané una innumerable cifra de enemigas. Mis amigas presumían de conocer a la novia de Feliciano.

Durante el primer año de relación, yo estudiaba bachiller y el periodismo. Cada tarde, estudiábamos juntos. Mis notas mejoraron

considerablemente. Sin duda, era muy buena influencia.

Siempre estábamos juntos, era mi compañero y mi amigo.

Era el perfecto compañero de juerga: coqueteaba un poco con la camarera, siempre con mi permiso y teníamos barra libre.

Yo estaba más guapa que nunca, no por la felicidad, sino por la amenaza constante de nuevas pretendientes. Provocó que me apuntara a un gimnasio, que visitara más la peluquería y que comprara más ropa. Por suerte, a él le encantaba que fuera bien arreglada y me ayudaba a financiar los gastos de mi armario.

A los dos años de maravillosa relación, Feliciano encontró trabajo fuera de la ciudad. Era una oferta irrechazable. Me alegré porque era lo que él deseaba. Yo en cambio, lo viví de forma distinta: sabía que la relación cambiaría, no estaríamos en contacto constante, conocería a otra gente y a otras chicas. Ese era mi mayor temor, que conociese a otra.

—Te llamaré todos los días —me prometió en la despedida.

—Esperaré impaciente tu llamada —dije con los ojos empañados en lágrimas.

—Vendré a verte tan pronto como me sea posible.

Nos besamos tiernamente.

No se fue al fin del mundo, se fue a Barcelona.

Nunca vino a verme. Supongo que allí no habría cobertura, porque tampoco me llamó.

Dada mi experiencia con Erik, no tardé mucho tiempo en darme cuenta de lo que eso significaba.

Aunque durante meses lo eché de menos, desde que supe que se marchaba a trabajar, di por sentado la ruptura. Sólo esperaba su inminente llegada.

Evité cualquier conversación sobre él. Como mis amigos conocían toda la historia, dejé de salir una temporada. No estaba preparada para sus constantes preguntas. El día en que creí estarlo, decidí que si no me pillaban *in fraganti* con algún chico, no les volvería a contar nada.

Enfoqué la ruptura desde el lado positivo: era el típico tío inalcanzable y yo lo había conseguido. Me había hecho sentir especial. No me cambió, me

mejoró. Obtuve una de las mejores notas de mi promoción, aprendí a montar a caballo y me aficioné al gimnasio, he de reconocer que después de la ruptura lo dejé. Pero mientras duró, sacó lo mejor de mí.

Me recuperé con asombrosa rapidez y llegué a la conclusión de que no podía acapararlo sólo para mí. Feliciano debía cumplir con su destino: tenía que subir la autoestima y las notas de las demás chicas.

12

El sábado amanecí con mejor humor de lo esperado.

Después de limpiar y hacer unas compras, llamé a Clara.

—Hola corazón —la saludé.

—Gorda, ¿qué haces despierta tan temprano? —Me preguntó con tono somnoliento.

—Son las dos, hora de comer. ¿Todavía estas en la cama? —pregunté, extrañada.

—Ah, pensaba que era más temprano.

—¿Una noche *liadilla*? —le pregunté con curiosidad.

—¿Quedamos y te cuento?

—Por supuesto —dije, animada.

—¿A las 9 en el Seven?

—Vale, avisaré a los demás —colgué.

A las cuatro de la tarde empecé a arreglarme, no tenía nada mejor que hacer. Qué pena, me auto compadecí. Me alisé mi larga melena, me pinté las uñas, elegí cuidadosamente mi ropa y me maquillé. A pesar de todo el esmero, estuve lista a las siete. Mi buen humor se esfumó.

Para animarme, fui al centro comercial. Entré en mi tienda de ropa favorita y me di permiso para gastar cincuenta euros. Lo suficiente para animarme pero no para sentirme culpable.

Tras comprarme un bolso inútil, era tan pequeño que ni cabía el móvil, salí a fumar un cigarrillo. Sonó mi móvil, pero no me dio tiempo a contestar. Si es importante volverá a llamar, me dije.

Volví dentro, fui a la sección de perfumería. Mientras pagaba una cantidad de dinero indecente por una barra de labios, sonó de nuevo mi móvil.

—¿Sí? —Contesté.

—¿Adriana? —dijo una voz de hombre.

—Sí, ¿quién es? —pregunté.

—Soy Cristian.

Se me heló la sangre.

—Dime Cristian —le contesté fríamente.

—Esta noche trabajo, si quieres pásate y te invito a una copa.

—Tengo planes, gracias de todos modos —y colgué.

Claro que iría, pero después de la atención que me prestó el día anterior, tenía que devolvérsela.

¿Cómo había conseguido mi teléfono? ¡Tenía interés por mí, no me había rechazado!

Mucho más animada, me encaminé hacia la casa de Juan.

—Hola —dije en tono cantarín.

—¿Si? —preguntó Juan desde el otro lado del portero.

—Soy Adriana.

—Um, sube mientras me termino.

Subí por las escaleras a toda prisa, no se lo iba a contar, necesitaba quemar adrenalina.

—¿Te encuentras mal? —me preguntó.

—¿Cómo? —pregunté mientras me preocupaba por si tenía mal aspecto.

—Has llegado antes de hora —miró su reloj extrañado.

—Para una vez que consigo llegar antes de tiempo y no lo valoras —contesté intentando sonar ofendida.

—Anda pasa —dijo a desgana.

Mientras se peinaba, nos tomamos una copa de vino.

—¿Estoy mejor con flequillo o con el pelo para arriba?

Tras debatir cual le quedaba mejor, salimos de su piso. Por cierto, se decantó por el flequillo.

Llegamos al Seven los primeros. No era lo habitual. Cogimos una mesa lo más apartada posible y pedimos unas cervezas.

—Siento llegar tarde —anunció Clara mientras se quitaba el abrigo y se sentaba.

—No lo has hecho, nosotros hemos llegado antes de hora —le explicó Juan.

Clara me observó detenidamente intentando averiguar a qué se debía.

—Elena no viene, tiene cena con la familia de Guille —nos informó Clara.

Mejor, pensé. Me ponía nerviosa su presencia, no sabía cómo actuar con ella. Dijese lo que dijese, se molestaba conmigo.

—Hola chicos —llegó Carola.

—¿Migui está trabajando? —Preguntó Clara.

—Sí, así que hoy soy toda vuestra —Carola embozó una amplia sonrisa.

—Primer punto del día, ¿Clara, qué pasa con Manolo? —pregunté como si de una junta de vecinos se tratara.

Clara me acribilló con la mirada, Carola miró a Clara sorprendida y Juan se limitó a murmurar: Otra que se salta la ley del buen cotilla.

—¿Y tú con Cristian? —me preguntó a la defensiva.

—¿Ese quién es? —Juan casi chillaba, no aguantaba no estar al día de nuestra vida amorosa.

—Un momento —dijo Carola pensativa—. ¡Es el de ayer! Claro, por eso Migui me pidió tu número, para dárselo a Cristian —Carola chasqueó la lengua, estaba más emocionada con su deducción que si hubiera encontrado un billete de quinientos euros.

—Lo conocí hace algunas semanas y en San Valentín —hice una pausa para aumentar la tensión—, nos vimos y acabamos besándonos —confesé finalmente. Prefería anunciarlo yo a que Clara lo hiciera por mí.

—¡Madre mía! —Exclamó Carola.

Juan no daba crédito de lo que acababa de oír.

—¿Os habéis cambiado los papeles? —Nos preguntó Juan a Clara y a mí—. Ahora ¿tú lo cuentas todo? —me preguntó—. ¿Y tú lo ocultas? —Dijo refiriéndose a Clara.

—No lo oculto. Esperaba que pasara algo más importante —se defendió Clara.

—Pues ya da igual, lo tienes que contar —sentenció Carola.

Clara contó con todo lujo de detalles su cita de San Valentín. Desde *me besó cada centímetro de mi cuello a me empujó violentamente contra la barra y me metió la lengua hasta la campanilla*. Juan no paraba de dar grititos y decir *que hombre, que pasión*.

Se saltó la parte en que ella pagaba las copas, claro, no quería estropear su historia.

No tuvo el mismo miramiento conmigo. Contó lo de Ángel. Nunca me gustó Ángel, pero Clara me dejó en evidencia al decir: *la pobre fue a hacer una llamada y cuando volvió estaba con otra*.

Los demás me miraron con gesto compasivo.

—Pero, ¿no te liaste con Cristian en San Valentín? —Carola empezaba a atar cabos.

—Exacto. No hice ninguna llamada, fui a buscarlo —dije con soberbia. Todos intercambiaron miradas de asombro.

—Es propio de ella. Es una solapada —dijo Juan a las demás como si yo no estuviera.

13

Después del Seven, propuse ir al Arca.

—¿Al Arca? —preguntó Juan—. Si me han dicho que allí sólo van cuarentones —protestó.

—Ahora se les llama cuarentañeros —bromeé—. Vamos a otro sitio entonces, sólo lo he dicho por si querías conocer a Cristian.

—Haber empezado por ahí. Vamos —dijo Juan y se puso en marcha.

Abrí la puerta y busqué a Cristian. Me estaba mirando. No sonreímos ni hicimos gesto alguno. Sólo nos mantuvimos la mirada. ¡Cuánta tensión sexual!

Nos sentamos en la única mesa que quedaba libre. A mi pesar, muy, muy lejos de la barra.

Me acerqué a pedir. Ya que él me había llamado por teléfono, era justo que yo diera el primer paso.

—Hola —dije con la mejor de mis sonrisas.

—Al final me has hecho un hueco en tu agenda —dijo satisfecho.

—No podía rechazar una copa gratis —bromeé.

—¿Qué tal la semana? —preguntó mientras me servía un whisky sólo con hielo.

No se lo había pedido, debía recordarlo del día en que nos conocimos. Punto positivo, pensé, me encantaban esos detalles.

—Muy entretenida, mucho trabajo —contesté—. ¿Y la tuya?

—Muy larga —se acercó más a mí—, y hoy mucho trabajo.

—No te quejes tanto —bromeé.

Se encogió de hombros y sonrió.

—¿Te pongo algo más? —preguntó servicial.

Me pones a mí, pensé.

—Sí, dos vodkas caramelo y un ron cola.

—De acuerdo, ahora te los llevo.

Me giré hacia mi mesa y todos mis amigos nos estaban mirando descaradamente.

—¿Qué opinas? —pregunté a Juan.

—No es mi estilo, demasiado repeinado —contestó mientras lo observaba—. Aunque yo le echaba un polvo.

Todos reímos a carcajadas. Cristian nos trajo las bebidas.

—Gracias —dije con coquetería.

Él me guiñó un ojo.

—Oye, ¿y los exámenes? —preguntó Clara a Carola.

—Mejor no me saques el tema... —dijo tristemente y suspiró.

—¡He encontrado trabajo! —Anunció Juan.

—¿Dónde? —pregunté—. ¿No ibas a estudiar?

—En Damasco —dijo orgulloso.

Damasco era una conocida tienda de ropa de marca. Era famosa por sus dependientes trajeados, bien peinados, con exceso de colonia y muy guapos. Solíamos ir a verlos cuando queríamos alegrarnos la vista.

—¿Cuándo empiezas? —preguntó Clara.

—El lunes. Ya os contaré —contestó Juan risueño.

Todas intercambiamos miradas y por nuestra expresión sé que todas estábamos pensando lo mismo: *¿Cuánto duraría?*

—Alberto me pidió tu número ayer —dije refiriéndome a Clara.

—Estás en racha pelirroja —dijo Juan a la vez que le daba un codazo a Clara.

Clara se ruborizó, no se distinguía su cara de su pelo.

Miré a Cristian por el rabillo del ojo, estaba sólo en la barra. Pobrecito, pensé y fui a hablar con él.

—Hola de nuevo —dije sonriente y me senté frente a él.

—¿Os falta algo? —dijo en cuanto me acerqué.

—No.

Me observó detenidamente con gesto pensativo.

—¿Qué has tomado? —dijo en tono burlón.

—Un whisky —dije desconcertada—. ¿Por qué?

—Me sorprende que vengas a hablar —dijo desconfiado.

—¿Por qué? ¿Tiene algo de malo?

—Para nada. Sólo que me extraña. Ayer prácticamente no me hablaste, esta tarde me has dado calabazas y ahora misteriosamente estás muy simpática.

¿Me lo estaba reprochando? No, no tenía cara de enfadado.

¿Estaba insinuando que me había drogado? No, lo había preguntado en broma. Creo.

¿Entonces?

—Tú tampoco me hablaste ayer —acusé.

—En dos ocasiones lo intenté, pero tú te disponías a salir a fumar —me dijo mirándome fijamente a los ojos—. ¿Tú cuántas veces lo intentaste? —gruñó en broma, o al menos eso quiso aparentar.

Ninguna. Soy fantástica, sin proponérmelo me hice la dura. Pensé, orgullosa de mi misma.

—Es que no sabía si debía hacerlo... —me excusé.

—¿Querías hacerlo? —preguntó en tono acusador.

—¿Y tú? —pregunté intrigada.

—¿Acaso crees que me voy besando con toda mujer guapa que encuentro? —parecía ofendido.

—No he dicho eso —dije nerviosa—. Pero no sé cómo se tiene que proceder en estos casos —dije encogiéndome de hombros.

—Eso es decisión tuya y mía —dijo tajante—. No hay unas pautas a seguir —esta vez su tono fue más comprensivo.

Que sexy estaba, que labios tan bonitos...

—Está bien. ¿Y tú qué has decidido?

No pude terminar la frase, Cristian me interrumpió al posar sus labios sobre los míos.

¡Como besaba! Mínimo, tendría una diplomatura en la facultad del beso.

Ya habíamos tenido nuestra primera discusión, y nuestra primera preciosa reconciliación.

Un estúpido individuo se atrevió a interrumpir ese hermoso momento, acercándose a la barra a por una cerveza.

Volví con mis amigos.

—Tengo un sueño terrible —declaró Clara—. Me voy a dormir.

—Yo también me marcho —dije.

—Que aguafiestas sois —nos criticó Juan.

—Carola, ¿hoy dónde duermes? —preguntó Clara.

Carola tenía casa. Aunque los fines de semana volvía de estudiar, ni siquiera avisaba a sus padres de su llegada. Prefería quedarse con sus amigos en vez de volver a casa. Los pobres padres pensaban que seguía en Sevilla.

—Esperaré a que Migui termine de trabajar e iremos a su casa —contestó Carola.

—Me solidarizaré contigo y te acompañaré a tomar una copa mientras tanto —dijo Juan como si eso le supusiera un gran esfuerzo.

Nos levantamos y fuimos a pagar.

Me despedí de Cristian con un romántico beso y quedamos en hablar durante la semana.

Por cierto, no me cobró ninguno de mis whiskies.

14

El lunes desperté positiva.

Había olvidado por completo el horroroso domingo. Estuve tumbada prácticamente el día entero en el sofá, comiendo chucherías y auto compadeciéndome.

No era desgraciada en absoluto, pero vivir sola tenía el inconveniente de que si te deprimas no tienes a nadie que te consuele. Por no mencionar cuando estás fregando los platos y de repente, se te baja la manga. Tienes que volverla a remangar con la nariz o la barbilla, ahí sientes la verdadera soledad.

Puse música mientras me duchaba y desayunaba. Sin darme cuenta estaba cantando. Por suerte la música estaba alta porque con lo mal que canto... Frente a mi armario escogí modelito: vaqueros y blusa de encaje. Me puse mi barra de labios fucsia de larga duración, cogí el abrigo y me marché a trabajar.

Diez de la mañana.

—Buenos días, Don Elías —saludé al médico que ocupaba mi asiento.

Estaba intrigada, ¿qué hacía en mi mesa?

Don Elías era un viejo cascarrabias. Era bajito y regordete. Llevaba un horroroso pelo negro, horroroso porque se notaba de lejos que llevaba tinte y peluquín.

Debía tener setenta y pico años, aunque me gustaba decir que tendría al menos noventa.

Era desagradable y dominante. Padecía lo que algunos llamamos *titulitis*: no trataba como iguales a los que no teníamos carrera.

—Adriana, no encuentro un expediente —dijo impaciente.

—¿Cuál es? —pregunté amablemente.

Todos los expedientes estaban informatizados, pero él seguía usando lápiz y papel.

No hay que perder las viejas costumbres, solía decir.

Por eso sería así de antipático; no querría perder su costumbre.

—El de la señora Maestre —dijo secamente.

—Cuando lo tenga, se lo llevaré —dije sonriente y se marchó a su despacho.

Puse el archivo patas arriba, busqué en mi mesa, en la fotocopidora, pregunté a otros médicos, pero no aparecía.

Once y media de la mañana.

—No me lo has traído —me reprochó Don Elías.

—Lo siento. No lo localizo —dije a modo de disculpa.

—Búscalo de nuevo, tiene que aparecer —me ordenó.

Volví a buscarlo. No se me ocurría ningún sitio nuevo, miré donde ya había mirado.

Ninguna novedad.

No tenía más opción que decírselo. Lo llamaré por teléfono en cuanto me arme de valor, me dije.

Una del mediodía.

Una hora más tarde me armé del valor suficiente.

—Don Elías, he vuelto a buscarlo pero no ha habido resultado —dije rápidamente y cerré los ojos esperando una reprimenda.

—¿Lo tendrás en tu casa? —preguntó en tono acusador.

—¿En mi casa? ¿Para qué me lo iba a llevar a mi casa? —pregunté incrédula.

—Yo no lo tengo, así que lo debes que tener tú —dijo bruscamente y colgó.

Por tercera vez volví a mirar en los mismos sitios. No estaba.

Se me fue la mañana buscando el maldito expediente.

Por la tarde, cuando volví de comer, encontré el expediente en mi mesa. Estaba entre la correspondencia.

Había mirado tres veces y no estaba. ¿Cómo demonios había llegado ahí? Sin duda, alguien lo había colocado.

Miré a mí alrededor buscando sospechosos. Todos me lo parecían: con sus batas, sus zuecos... no me transmitían confianza.

Don Elías venía hacia a mí. ¿Se estaba riendo?

—Adriana, ¿has encontrado ya el expediente? —dijo con malicia.

—Sí, misteriosamente estaba en mi mesa —contesté nerviosa.

—Claro, si te dije que lo tenías tú —dijo tranquilamente.

—Esta mañana miré tres veces y no estaba. Vuelvo de almorzar y sorprendentemente está ahí, a la vista —dije fingiendo sorpresa y señalando el lugar.

—Miras sin ver —dijo con arrogancia.

—Claro, las tres veces que he mirado no he prestado atención —dije con sarcasmo.

—Que no se vuelva a repetir —y se marchó a su despacho dando un fuerte portazo.

Estoy acostumbrada a estas broncas, pero hoy me había pillado con el síndrome premenstrual. Sonaré machista, pero es cierto que me afecta el cambio hormonal. Mi reacción habitual habría sido maldecirle por lo bajo, hoy en lugar de eso, había llorado en silencio. Mi optimismo se había esfumado; si esta mañana estaba cantando *despacito* de Luis Fonsi, ahora me apetecía oír el *réquiem* de Mozart.

Mientras tanto, a unos kilómetros de allí...

—¿Si?

—Carola, ve preparando las maletas —gritó una voz de mujer. ¡Mierda!
Era mi madre.

—Pero mamá...

—Ni mamá ni nada —volvió a gritar.

—Dame otra oportunidad —dije suplicando.

—En dos horas te recogemos. Más te vale tenerlo todo listo —gruñó.

Y colgó.

No había más que añadir. Si decía que me iba, me iba. No había nacido quien replicara a mi madre. No hace falta que diga quien llevaba los pantalones en mi casa.

Me fui derecha a mi armario y empecé a sacar mi ropa.

Cuando vi mis minifaldas, me eché a llorar. No me las podía llevar. No me quedaba otra opción que regalárselas a mis compañeras de piso. Redactaría mi testamento, no quería que pelearan entre ellas.

Llevaba dos años estudiando enfermería. Desde pequeña, me entusiasmó cuidar a los demás. Todas mis muñecas estaban llenas de tiritas y esparadrapo. *Serás una gran enfermera*, solían decirme. Era mi vocación, o al menos, eso pensaba.

Fui a estudiar con la mayor ilusión del mundo. Cuando empecé las clases, me di cuenta de que no me atraía la carrera en absoluto, sino la libertad que implicaba estudiar fuera. Estudiaba lo justo para ir aprobando. Ni más ni menos.

Saber que mis padres estaban a 200 kilómetros de aquí, me tranquilizaba.

Mis padres me tuvieron con apenas diecisiete años. Se casaron en cuanto se enteraron del embarazo.

En lugar de ser modernos y permisivos dada su juventud, eran más que súper protectores.

No podía maquillarme, ni ponerme faldas cortas. Me acompañaban a todos sitios. Mientras mis amigas no tenían hora de llegada, a mí me recogían a una hora ridícula. Si quedábamos a las doce, a las una me recogían. Y los chicos, mejor ni hablemos: no podían verme con ninguno, si lo hacían, temían que me quedara embarazada.

Eran muy exigentes respecto a los estudios. Si no sacaba notable, me quedaba sin salidas nocturnas. Vivía presa por mis padres.

Ellos creían que me protegían, pero se equivocaban. Me hacían vulnerable.

Durante el primer año me fui a vivir a una residencia cerca de la facultad. Allí controlaban mis entradas y salidas. Cuando salía sola, tenía la extraña sensación de que me perseguían. Me angustiaba al pensar en el peligro de las grandes ciudades.

Por el elevado precio de la residencia, mis padres tuvieron que acceder a que me trasladara a un piso compartido.

En un principio, seguí con mi hábito de estudio. Con el tiempo, dejé en un segundo plano los estudios, me centré en salir y en ponerme todo lo que me habían prohibido. También influyó el hecho de tener dos compañeras alocadas. A partir de ahí empecé a vivir, a disfrutar de las salidas y a ponerme lo que me apetecía.

¡Hasta tuve un novio! Uno tras otro, quise decir.

Los meses transcurrieron rápidamente. Fui más feliz que nunca.

Mis notas bajaron. Me prometí y juré esforzarme más en el próximo curso.

El curso siguiente, empecé con mucha energía. Recuperé algunas asignaturas pendientes del curso anterior. Me relajé. Volví a mis salidas nocturnas, mis minifaldas y al exceso de alcohol. Cada vez iba menos por casa, los fines de semana aunque volvía a Málaga, dormía en casa de alguna amiga o de Mígui. Quería a mis padres, pero no estaba de acuerdo con sus normas.

Mis notas cayeron en picado y realmente no me importaba. Quería tener un buen trabajo en el futuro pero también quería disfrutar de mi presente.

La llamada de mi madre no me pilló por sorpresa, sabía que tarde o temprano, sucedería.

Aunque confié en que tardaría un poco más. Preparé la maleta, les dejé una nota a mis compañeras junto con mi testamento, me senté a tomar un ron y a fumar un cigarrillo. Serían los últimos de mi vida, no volvería a salir de casa.

16

Salí de trabajar y me fui directamente a dormir. Ni siquiera cené, me sentía impotente. No sé cómo, siempre pagaba por los errores que había cometido y por los que no.

Fue una semana larga. Cuando no tenía nada mejor que hacer, buscaba al culpable del expediente. Necesitaba una distracción urgentemente.

El miércoles, cuando volví del desayuno, había una nota en mi mesa:

Tal y como usted me prometió, me debe una partida de hundir la flota. Le ruego proceda a jugarla lo antes posible. La espero esta tarde a la salida del trabajo para proceder a su cobro. Atentamente: Matías.

Sin darme cuenta, estaba sonriendo de oreja a oreja. Matías era un encanto.

A las ocho en punto Matías se acercó a mi mesa.

—¿Nos marchamos? —dijo a la vez que me tendía el brazo con gesto caballeroso para que me agarrara.

—Sí, cojo mis cosas y nos vamos —contesté.

Salimos de la clínica bajo las miradas expectantes de los demás médicos y enfermeras.

Caminamos hasta su coche sujetos del brazo. Era una situación incómoda, pero no me atreví a soltarme vaya ser que se ofendiera. De todos modos, solo era el brazo.

Llegamos a su apartamento. Era un pisito pequeño, de nueva construcción, en la zona de crecimiento de la ciudad. Esa zona estaba en auge. Habían puesto todo tipo de servicios: centro de salud, colegio, supermercados, cafeterías, etc. Lo que en un primer momento perteneció a las

afueras, ahora era como estar en el centro. A raíz del rápido crecimiento, se dispararon los precios de las viviendas. Claro que con un sueldo de médico, se lo podía permitir.

—Las señoritas primero —dijo mientras me abría la puerta.

—Gracias —dije sonriendo.

No se parecía en nada a la idea que yo tenía sobre un piso de soltero: estaba muy limpio y ordenado.

Tenía suelos de madera oscura, chimenea, cocina—comedor con una increíble isla, el mobiliario era muy moderno aunque sin llegar a ser extravagante.

—Acomódate —me ordenó.

Solté el abrigo y el bolso y me senté en un comodísimo sofá.

—¿Vino? —me ofreció.

—Claro —asentí.

Mientras me servía el vino, recordé a Cristian y el estómago me dio un vuelco.

¿Estaba haciendo algo malo? Yo había ido a casa de Matías para jugar una partida que le debía, pero cada vez la situación me recordaba más a una cita.

Me tendió la copa de vino y se sentó a mi lado.

—¿Estás mejor? —me preguntó.

—¿Cómo? —pregunté. No sabía de qué hablaba.

—De lo del expediente de Elías —explicó.

—Bueno, prefiero no mencionarlo. ¡Me hierva la sangre! —exclamé.

—Lo tenía él. Lo vi de colocarlo en tu mesa —dijo mirando al suelo.

No pronuncié ni una palabra, mi expresión de sorpresa y enfado lo dijo todo.

—Lo siento, debí decírtelo antes —se disculpó Matías.

Lo miré incrédula.

—Es que no quería decírtelo en la clínica, vaya que con la rabia fueses a decir algo de lo que te arrepintieses —dijo a modo de disculpa, parecía atemorizado.

—No te preocupes —dije cogiéndole la mano.

Me miró, aliviado.

Admito que tenía razón, posiblemente habría dicho algo que me habría costado el trabajo.

—¿Me vas a dar de comer? —dije en tono burlón.

—Sí, tengo algo planeado —añadió risueño.

Se levantó y se dirigió a la cocina. Lo seguí.

—Siéntate —me ordenó.

—Deja que te ayude —me ofrecí.

—Eres mi invitada. No has venido a cocinar.

Me senté en un taburete de la cocina y serví más vino.

Matías se había puesto un delantal de cuadros. Estaba immaculado, no debía de cocinar mucho.

—¿Cocinas a menudo? —pregunté.

—Cada día.

—Yo no suelo cocinar. No es que no me gusté, pero para mí sola... me da un poco de pereza —admití.

—Si no te molesta la pregunta, ¿por qué vives sola?

Me quede callada. ¿Cómo iba a decirle que mis padres eran unos irresponsables?

—Perdona si te ha molestado. No quería...

—Mis padres son algo especiales... —dije en tono cortante.

—Acércate —dijo cambiando bruscamente de tema, lo cual agradecí —.

Prueba —me ofreció mientras me acercaba una cuchara de madera a la boca.

Estaba cocinando pasta con algún tipo de salsa que no conseguí identificar. Estaba realmente buena. Durante unos instantes estuvimos muy cerca el uno del otro. Me acercó la cuchara a la boca mientras que con la otra mano, que estaba debajo de la cuchara, evitaba que me manchara. Fue una situación íntima y hermosa. No estaba acostumbrada a un trato tan familiar.

—Deliciosa —dije sinceramente.

Él sonrió y siguió cocinando.

Tras la cena, nos sentamos en el sofá y sacó el juego.

Tuvo que recordarme las normas, no me acordaba de ninguna.

Echamos dos partidas, las cuales gané. ¿Suerte del principiante o me estaba dejando ganar? Sea como fuere, me estaba divirtiendo.

Era tarde y mañana había que trabajar, tenía que volver a casa.

Me llevó a casa en coche, esta vez no me opuse, sabía que de todas formas lo haría.

—Gracias por todo —dije cuando llegamos a la entrada de mi casa.

—Gracias a ti —contestó y me besó levemente en la mejilla.

Me bajé del coche y mientras abría la puerta notaba que me estaba

mirando. Cuando por fin entré, arrancó el coche y se fue.

No tenía apenas relación con mis padres. Dicha relación consistía en una llamada cada quince días más o menos.

Eran buenas personas: no eran borrachos, ni me habían maltratado, ni me mataron de hambre... Pero no eran buenos padres.

Mis padres se divorciaron cuando yo era un bebé. Mi hermana Blanca tenía cuatro años y mi hermano Héctor, seis. Al contrario que muchas parejas divorciadas, tenían muy buena relación, la mayor parte del tiempo.

A pesar de lo acordado en el divorcio, ellos decidieron que nosotros permaneciéramos en la casa familiar y que ellos se trasladarían cada quince días.

Al contrario de lo esperado, todo marchó muy bien hasta que mi madre se casó.

Su nuevo marido era un buen hombre, cariñoso, atento y lo más importante: nos quería.

Mis hermanos estaban muy contentos con el nuevo miembro de la familia o papá suplente, como solíamos llamarle.

Recuerdo una tarde, yo tendría unos cuatro años, que estábamos paseando mi madre, mis hermanos y papá suplente. Héctor les pidió una bolsa de gominolas.

—No, que después no cenas —contestó mi madre.

—Porfi —dijo Héctor con las rodillas clavadas en el suelo.

—No. Y no hay más que hablar —le regañó mi madre.

—Cariño, unas cuantas no le harán daño —dijo papá suplente a mamá—. Héctor, toma estas monedas. No olvides traer chucherías a tus hermanas —dijo tendiéndole una mano llena de monedas.

Comimos patatas fritas, gominolas y chicles hasta que empezamos a preocuparnos por la alfombra del salón. Si seguíamos comiendo probablemente vomitaríamos o explotaríamos y en cualquier caso, nos caería una buena bronca. Mi madre adoraba esa alfombra.

Al día siguiente, vino mi padre, pues ya habían pasado quince días. Héctor le pidió chucherías.

—No pequeño, que se te pican los dientes —contestó cariñosamente.

—Pues mi papá suplente me compra montones y montones de chuches —dijo el muy exagerado.

Mi pobre padre no quiso ser menos que el suplente. Nos llevó a cenar pizza y de camino a casa, compró casi todo lo que había en el quiosco.

Estábamos locos de contentos con nuestro padre. Bastaba con decirle que el suplente nos compraba/nos daba permiso/nos llevaba para que mi padre hiciese lo mismo.

El resultado fue que nos convertimos en unos niños consentidos, caprichosos, materialistas y exigentes. Todo nos parecía poco y siempre encontrábamos la forma de conseguir lo que queríamos.

No valorábamos nada. Exigíamos ropa de marca, juguetes... Nos pasábamos horas y horas viendo la tele. Teníamos que dormir los tres juntos, sino, no pegábamos ojo.

Ellos nos lo permitían todo. Pensaban que era normal consentir a los niños con padres separados.

No había normas para cumplirse con ambos progenitores. Cualquier norma era variable: mamá decía blanco y papá decía negro. No sabíamos a qué atenernos. Si nos portábamos mal, mamá culpaba a papá y papá a mamá.

Cuando nos decían que no a algo, contestábamos con un *mi madre/padre me deja porque ella/él me quiere más*.

Competían por nuestro amor, nos colmaban de caprichos.

Se convirtieron en padres dominados por sus hijos.

No obedecíamos a nadie. De mayores, en el colegio teníamos muchos problemas. Era algo habitual en nosotros contestarles a los profesores.

Cuando llegamos a la adolescencia, nuestros padres intentaron llegar a un acuerdo respecto a nuestra educación y comportamiento. El problema era que habían perdido la autoridad.

Por otro lado, ninguno quería ser el malo por poner unas normas estrictas.

Para ellos lo más fácil fue tenernos todo el día enganchados a la consola y a la televisión.

Si en algún momento me sentía culpable por aprovecharme de ellos, esa culpa pronto desaparecía; me dejaba influir por mis hermanos, que sólo encontraban ventajas a la situación.

Los profesores nos daban por caso perdido, excepto una profesora. Se interesó por nuestra situación familiar y nos mandó al psicólogo del centro. Tras varias sesiones, muchas diría yo, por fin comprendimos los errores que estábamos cometiendo. Nos sentimos muy mal y nos culpamos por nuestras desastrosas vidas. El psicólogo nos explicó que la culpa era de nuestros padres; sólo éramos niños y nuestros padres tenían la obligación de educarnos.

Yo nunca los culpé, habían cometido el error de intentar compensarnos por su separación. No se daban cuenta de que el mayor regalo que unos padres te pueden hacer es educarte.

Héctor se marchó de casa. Blanca, cuando cumplió la mayoría de edad hizo lo mismo. Me abandonaron. Tuve que vivir yo sola con ellos. Cuando cumplí 18, reuní a mis padres y les dije que no era necesario que volvieran por casa, que yo me las apañaría sola. Al principio se opusieron, pero al poco tiempo lo hicieron.

Me sentí muy sola y perdida al principio. Cosas tan insignificantes como hacer la compra o alguna gestión bancaria, supusieron para mí un gran reto.

Con el paso de los meses empecé a sentirme independiente, fuerte y segura como una compresa con alas. No necesitaba a nadie para vivir.

Lo peor sin duda fue acostumbrarme a trabajar y a administrar mi dinero. Después de haberles dicho a mis padres que se fueran, no podía llamarles para pedirles un préstamo.

Gracias a la necesidad económica aprendí a obedecer, a ser amable incluso con quien no soportaba, a controlar mis impulsos, a morderme la lengua, a controlar mis gastos...

Me convertí en una adulta.

El jueves iba muy animada de camino al trabajo. Al día siguiente era fiesta y mi empresa había decidido que esa tarde no se trabajaba.

¡Sólo cuatro horas de trabajo y a disfrutar del fin de semana!

—¡Hola compañeros! —grité sonriente cuando entré.

Todo el mundo estaba de buen humor. Me gustaría pensar que fue por mi efusivo saludo, pero no, sin duda fue por el jueves con sabor a viernes.

—Buenos días señorita Adriana —me saludó Matías.

—¿Qué tal? —pregunté.

No contestó, las atentas miradas de las enfermeras lo pusieron nervioso. Agachó la cabeza y se dirigió a su despacho.

No paraban de mirarme y cuchichear. ¿Acaso creen que hay algo entre nosotros? Pensé aterrada. ¿Lo pensaría Cristian? Se me encogió el corazón. Suerte que una vocecita en mi interior me explicó que era imposible que nos hubiese visto y que de todas formas no había pasado nada. Me tranquilicé. Bendita voz.

Entonces lo recordé: Cristian y yo habíamos quedado en hablar durante la semana, era jueves y no tenía noticias de él. ¿Me habría olvidado? Imposible, ¿o no?

Telefoneé a Juan.

—Hola querida —contestó al primer tono.

—Hola, ¿plan para hoy?

—Tengo que contaros... así que, ¿nos vemos en el Seven? —dijo Juan entusiasmado.

—Vale, avisa a las demás.

Llegué con media hora de retraso. *Por favor Dios que no haya empezado el cotilleo*, supliqué mirando al cielo. Yo era de ese tipo de cristianos que sólo se acordaban de Dios cuando tenían un problema.

—Hola corazones, siento llegar tarde. Es que cuando venía de camino...

—empecé a decir.

—Ahórrate la saliva —me interrumpió Juan que no quería escuchar mi excusa. Con lo bien que me había quedado y no me dio ocasión de estrenarla.

—Cuéntalo ya —le ordenó Clara a Juan.

—Falta Carola —objetó Juan.

—No me ha cogido el teléfono. Seguro que está muy ocupada con Migui —dijo Elena muy seria.

—El encargado me ha invitado a salir —dijo Juan con alegría.

—¿No va contra las normas de la empresa? —preguntó Clara.

—Me importan un pimiento las normas. Si mi padre estuviera bueno, también cometería incesto —contestó Juan de broma, o al menos eso esperábamos.

—¿Quién es? ¿El morenazo cachas? ¿El rubio de ojos claros? ¿El del piercing en la ceja? ¿El que tiene un tatuaje en la nuca? —preguntó Elena impaciente.

—¿Los conoces a todos? —preguntó Juan, asombrado.

—No, de una o dos veces que he ido a la tienda —contestó Elena.

—Respondiendo a tu pregunta —le dedicó una mirada a Elena—, es el morenazo cachas.

—¡Madre mía! Está buenísimo —gritó Elena, emocionada.

—Métete en alguna red social y nos enseñas una foto —le ordenó Clara a Juan.

En cuestión de segundos nos enseñó su foto de perfil. Realmente era muy guapo. No me extraña que se saltara las normas...

—¿Cuándo habéis quedado? —le preguntó Clara.

—El sábado cuando terminemos de trabajar. ¡Estoy impaciente! —exclamó Juan con alegría.

—¿Otra ronda? —preguntó el camarero.

—No, gracias —contesté—. ¿Qué? —pregunté a mis amigos que me miraban extrañados.

—¿Vamos al Arca? —preguntó Clara a los demás. Era la única que lo había captado.

—Pues claro —Juan me guiñó un ojo. Ahora que tenía una cita, no ponía objeciones para ir a ver a mi ligue.

—¿Por qué tanto interés por ir a ese sitio? —Oí que preguntaba Elena. Nadie contestó, si un día no salías te quedabas atrás. Era igual que en el colegio.

Fui a buscar a Cristian en cuanto entramos.

—Hola —saludé alegremente.

—Hola pequeña —dijo mientras se acercaba a besarme.

Que idiota había sido pensando que me había olvidado, él estaba como siempre.

Me sirvió una copa y me acomodé en la barra. Mis amigos habían cogido una mesa más alejada.

—¿Qué tal la búsqueda de empleo? —pregunté, intentando entablar una conversación.

—Pues no he encontrado nada. Estoy pensando en volver a estudiar —dijo sonriente—. ¿Y tu semana? —preguntó.

—Bueno... —omití la cena con Matías claro está—. Fatal, tuve un problema con uno de los médicos —me quejé.

—¿Qué ocurrió? —preguntó con curiosidad.

Y le conté todo lo sucedido con el Doctor Don Elías.

Me escuchó atentamente. No hizo ninguna interrupción. Cuando acabé de contárselo me dijo que si otra vez tenía algún problema, lo llamase, que él iría a darle una paliza. Lo dijo en broma por supuesto, pero es agradable que alguien se preocupe por ti y, aunque no sea en serio, te defienda.

Se acercó alguien a saludar a Cristian. Siempre nos interrumpían. Me levanté dispuesta a sentarme con mis amigos cuando Cristian me dijo que me quedara.

Volví a ocupar mi asiento mientras Cristian charlaba. Al cabo de unos minutos volvió a mi lado.

—Lo siento. ¿Por dónde íbamos? —preguntó.

—Por la paliza que le ibas a dar al médico —dije entre risas.

—Ah, sí —dijo pensativo—. Mejor lo castigamos no invitándolo a nuestra boda.

Cristian me miraba fijamente a los ojos y yo, aunque no moví ningún músculo, me imaginé con mi vestido de novia de siete metros de cola caminando hacia el altar.

—¿Me pones otra? —dije cambiando bruscamente de tema.

Me sirvió mi whisky y no sé cómo, acabamos hablando del nombre que le íbamos a poner a nuestros futuros perros.

—El mío se llamará Sentencia —dijo tras pensarlo.

—¿En serio? —pregunté incrédula.

—Claro —confirmó—. ¿Y el tuyo?

—Piruleta —contesté sonriente.

La conversación se alargó más de lo imaginable, dando lugar a una noche graciosa y divertida.

19

A pesar de lo deseado que había sido este puente, lo había desperdiciado.

El viernes fui a correr con Clara. No recordaba la última vez que había hecho ejercicio. Hasta tuve que comprarme unas zapatillas para la ocasión: rosas, muy monas. Después de correr, no pude moverme. Tenía agujetas en lugares de mi cuerpo que desconocía. Para que no volviese a pasar, prometí hacer más ejercicio. A decir verdad, a hacer algo de ejercicio.

Pasé el sábado y parte del domingo tumbada en el sofá. Sólo salí en una ocasión a comprar tabaco y al videoclub.

El domingo todavía no podía andar con el contoneo que me caracteriza. Quedé con mis amigos para tomar unas cañas. Me costó trabajo desplazarme hasta el pub, pero mis oídos deseaban oír un cotilleo. Ellos no entienden que no me apeteciese andar.

Cuando llegué, Juan ya había empezado. Mierda, pensé.

—Después de la cena, nos sentamos en el sofá a tomar una copa de vino. Empezó a besarme lentamente, mucho más tiempo del necesario —dijo Juan con impaciencia—. Me acarició tímidamente mi vientre —dijo mientras simulaba sus caricias—, mientras yo metía barriga —rio—. Bajó hasta mis muslos y con pequeños círculos que hacía con sus dedos, llegó hasta el punto clave. Como era un poco lento para mi gusto, tomé la iniciativa —chasqueó la lengua—. Me quité la camiseta, me subí encima de él y lo besé apasionadamente. Noté como su *bulto* se endurecía, me excité aún más. Le quité la camiseta, los pantalones y cuando llegué a los calzoncillos —hizo una pausa para darle emoción—. Se me pasó el calentón —otra pausa—. ¡Qué decepción! Era muy pequeña, minúscula —exclamó a la vez que comparaba el tamaño del *bulto* con su dedo meñique.

—¿Qué hiciste? —pregunté con curiosidad.

—No pude disimular mi disgusto, así que... me marché —dijo como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Lo dejaste tal cual? ¿Con el calentón? —preguntó Clara.

—Claro —contestó Juan con soberbia.

—Es tu jefe, ¿cómo actuarás en el trabajo? —preguntó Clara.

—Con normalidad. Si se pasa mandándome, lo amenazaré con contar lo ocurrido —contestó Juan.

Todos reímos, que ocurrencias tenía Juan.

—Hola querido —saludó Juan a Migui que se acercó a tomarnos nota.

—Hola, ¿os falta algo? —preguntó Migui.

—Un vodka y tu número de teléfono —dijo Juan insinuante.

—Pero que cara más dura tienes —riñó Clara a Juan.

—Una cerveza y que dejes un ratito libre a Carola, ¡que la acaparas para ti sólo! —dije a Migui en tono burlón.

—Adri, ¿no te ha dicho nada? —me susurró al oído.

—¿Me tendría que haber dicho algo? —contesté también susurrando.

—Desde el lunes no atiende mis llamadas, ni me contesta a los mensajes... el domingo estábamos bien. No sé por qué no quiere saber nada de mí —dijo angustiado.

—¿No habéis discutido? —Pregunté.

—No. Si iba todo muy bien.

—Un momento...

Recordé que a Elena no le había cogido el teléfono. Yo tampoco se lo habría cogido, pero Carola si tenía buena relación con ella. No sabíamos nada de ella desde la semana pasada... ¿Qué le habría pasado?

—Algo le ha pasado —grité histérica.

Se lo expliqué a mis amigos y todos coincidimos en mi conclusión.

Nos levantamos en el acto y fuimos a casa de Carola. No miramos ni siquiera el reloj, sólo pensábamos en los malos amigos que éramos por no habernos dado cuenta de su desaparición.

Llamamos a la puerta suavemente, eran las doce de la madrugada, queríamos despertar a sus padres, pero no a los vecinos.

Como no obtuvimos respuesta, llamamos con todas nuestras fuerzas. Era una emergencia, ¿y si la estaban matando o violando?

Una luz se encendió en el interior de la vivienda, alguien había despertado. Alguien además de los vecinos cotillas que ya ocupaban su lugar en las ventanas.

—¿Qué pasa? —gritó soñoliento el padre de Carola al abrir la puerta.

No fuimos capaces de hablar, nos colamos directamente en su casa sin esperar a que nos invitara a entrar. Nos sentamos.

—Disculpe la hora pero es que... —Clara no continuó, rompió a llorar.

—A Carola le ha pasado algo —Juan tuvo el valor de decirlo.

—Cariño, cariño —el padre de Carola llamó a su esposa.

—No lo sabemos exactamente, pero es que ha desaparecido —confirmé, apenada.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la madre desde la escalera.

Al verla, nos echamos a llorar. Pobres padres, pensamos.

—Ve al cuarto de la niña y mira a ver si está —le ordenó el padre desconcertado.

Juan y yo intercambiamos miradas. Si Carola nunca dormía allí...

Tres minutos más tarde, apareció Carola en pijama con su madre.

—Carola —gritamos y corrimos a abrazarla.

—Hola —nos contestó a desgana.

—¿Estás bien? Nos has dado un susto de muerte —le riñó Clara.

—El secuestro no está tan mal.

—Oh —gritamos y la miramos compasivos.

—¿Te han hecho algo? —preguntó Clara.

—¿Estás bien? —preguntó Juan.

—Por donde empiezo... me han quitado de la facultad, me han prohibido salir y estoy castigada de por vida —dijo Carola a la vez que miraba con desprecio a sus padres.

—¿Llevas toda la semana en casa? —pregunté desconcertada.

—Claro. Estoy secuestrada.

—Son las doce y media. No es hora de charla —gritó su madre. Abrió la puerta de la casa y con un gesto con la cabeza nos indicó que nos marcháramos.

Y así fue como desvelamos el misterio de la desaparición de Carola.

20

El lunes quedé con Clara para ir a contárselo a Migui. Pobrecito, él pensaba que Carola no quería verlo y la verdad es que no podía.

Clara me recogió del trabajo y nos encaminamos hacia el bar.

—Chicas, contadme —dijo Migui impaciente.

—Chiquillo, ¿ni un hola siquiera? —se quejó Clara.

—Tienes razón. Hola guapetonas —dijo sonriente.

Clara y yo reímos, nos encanta que nos regalen el oído.

—¿Y bien? —preguntó Migui de nuevo.

Le contamos todo lo sucedido. Migui nos interrumpía constantemente haciendo preguntas para las que no teníamos respuestas. Estaba realmente angustiado.

—Voy al baño, ven Adriana —anunció Clara.

No me apetecía ir, pero tratándose de Clara, seguro que tenía algo importante que decirme.

—¡Qué mono es Migui! —exclamó cuando entramos.

¿Qué? ¿Qué dice? ¿Qué le pasa a esta chica?

—¿Cómo dices? —pregunté.

—Que es un encanto y está buenísimo. Bueno, eso salta a la vista —dijo mientras me guiñaba un ojo.

—¿Estás insinuando que te gusta? —dije con delicadeza.

—No gorda, sólo me atrae —contestó a la vez que se mordía el labio.

—¿Ya no te ves con Manolo?

—Sí —dijo mirando al suelo—. Aunque creo que lo voy a dejar de ver.

—¿Y eso? —pregunté con curiosidad.

—La versión oficial será que ya no me atrae. Pero como tú sabes la verdad, te diré que tiene mucho que ver con su tacañería.

—¿Sigues pagándolo todo? —pregunté aguantando la risa.

Clara asintió.

—Siento como si contratara sus servicios sexuales y se los pagara en

copas —dijo mientras se pintaba los labios.

No pude evitar soltar una risita.

—¿Te hace gracia? —preguntó fingiendo estar ofendida—. Si lo probaras en la cama, serías capaz de invitarlo a copas el resto de tu vida.

Lo dudo mucho, pensé.

—Si le dices a alguien la verdad, negaré que haya existido esta conversación —dijo a modo de amenaza.

—Parece que no me conoces. ¿No recuerdas cuando te acostaste con aquel *muchachillo*? ¿Ni cuando te operaste del pecho? No se lo he contado a nadie.

—Tienes razón, gorda. Además de no contarle me ayudaste a encubrirlo —admitió finalmente.

—¿Has terminado? Migui se preguntará dónde estamos —dije con impaciencia al ver que se estaba retocando la sombra de ojos y el colorete.

Me miró molesta y salimos del baño.

—¿Qué podemos hacer para ayudarla? —preguntó Migui desesperado.

—No lo sé. Su madre nos despachó pronto —expliqué.

—Es evidente que no tiene móvil y no puede salir —dijo Migui pensativo—. Iré a su casa.

—¡No! —Gritamos Clara y yo.

—¿Por qué no? Hablaré con sus padres —dijo Migui con total naturalidad. Como se notaba que no conocía a los padres de Carola.

—Ni hablar. La condenarían a cadena perpetua —dije intentando que cambiara de idea.

—No iré con la condición de que vayas tú —contestó.

—De acuerdo —cedí.

Nos despedimos de Migui y quedamos en hablar durante la semana. Al contrario que con Cristian, no dudaba de que lo hiciéramos.

Te preguntarás que pasó con Clara y el *muchachillo*...

Pues verás, el *muchachillo* era un chico de dieciséis años que aparentaba al menos tener veinte. Era un hombretón muy atractivo. Castaño, ojos oscuros, alto y muy musculoso. Clara se quedó prendada de él. Además de ser atractivo era un mentiroso; le dijo que tenía veintidos años y que era virgen. Clara lo encontró irresistible. Tras varios encuentros, el *muchachillo* le pidió como favor que se acostara con él, ya que había estado esperando a la persona adecuada y ya la había encontrado. Clara accedió encantada. Estaba muy feliz

por ser la elegida para tal honor.

Tras el acto sexual, él le confesó que la amaba y que quería ser su marido.

Sí, sí, su marido no dijo su novio.

Clara aunque se sintió alagada, no consideró normal esos sentimientos en tan poco tiempo. No supo que contestar para quitárselo de encima y se le ocurrió decirle que le había mentado, que tenía novio.

Lejos de molestarle, la consoló diciéndole que no pasaba nada, que él también le había mentado.

En cuanto le dijo su verdadera edad, Clara salió despavorida.

¡Podría ir a la cárcel por esto! Es que yo en la cárcel soy un caramelito, sería irresistible. Esta idea atormentó a Clara durante semanas.

21

Pasaron los meses y por fin llegó el verano. Nos quitamos las capas de ropa que nos envolvían y nos dispusimos a lucir tipito. Por suerte, desde que conocí a Cristian, mi apetito había menguado por lo que no tuve que seguir la estricta dieta de mis amigos. Seguir la dieta no era opcional, Juan se encargaba de controlar todo lo que consumíamos cuando salíamos. Después de varios años con este método, Juan empezó a pensar que teníamos un metabolismo lento, no adelgazábamos ni un gramo. Lo que él no sabía es que salíamos a sus espaldas.

Seguía viéndome con Cristian. Aunque no me había pedido oficialmente ser su novia, la relación seguía adelante. Ya conocía a su grupo de amigos y hasta lo había invitado a mi casa.

Las cenas en casa de Matías se convirtieron en un hábito semanal. Cada vez teníamos mejor relación. Desgraciadamente se torció un poco cuando Matías se enteró de que había algo entre Cristian y yo. Me percaté cuando sorprendentemente Matías dejó de hablar con Cris. Su relación se redujo a un *hola* cuando se veían.

Juan dejó su empleo en Damasco, *es el inconveniente de ser tan guapo, todo el mundo te acosa y claro, así no hay quien trabaje*, nos había explicado.

Nosotras teníamos otra teoría: seguramente el encargado le habría dicho algo que le habría molestado y Juan se habría defendido amenazándolo con contar lo sucedido. Eso, o directamente se lo contó a sus compañeros por el puro placer de cotillear.

Elena había roto con Guille porque no era lo suficientemente bueno para ella, según ella nos había explicado. Desgraciadamente, ahora la veía a menudo.

Guille había roto con Elena porque (cito palabras textuales) era muy putona. Le había pillado conversaciones en el móvil con otro. Y ni siquiera tuvo la decencia de hacerlo con alguien más guapo. Elena había herido su

hombría.

Clara dejó de verse con Manolo. Al principio, sintió mono de verlo, aunque nosotros sospechamos que tenía un calentón, pero al mes estaba muy contenta. Al parecer le había sobrado medio sueldo. Ahora se veía con Alberto.

Carola ya no estaba secuestrada, Migui fue a hablar con sus padres.

Se portó como un auténtico caballero. Cada día iba a visitar a Carola, en presencia de sus padres claro está. Soportó interminables interrogatorios sobre su familia, su trabajo, sus estudios, su niñez, su juventud... Pero hasta que el padre de Carola no descubrió de qué equipo de fútbol era, no le dio el visto bueno.

Sobra decir que ya eran novios formales.

Tomaron la decisión de irse a vivir juntos.

A su madre casi le da un infarto cuando se lo dijeron, pensaba que estaba embarazada.

Cuando asimiló la noticia, empezó a preocuparse porque vivirían en pecado, no estaban casados. Suerte que los padres también cometen errores y no viene mal de cuando en cuando recordárselos. *¿Dónde estaba yo cuando os casasteis?* Les replicó Carola a sus padres. Dicho esto, su madre no volvió a meter a Dios en este tema.

—¿De qué vais a vivir? —preguntaba su madre llevándose las manos a la cabeza.

—Trabajaré siempre y cuando no prefiera estudiar —contestaba Migui.

Su padre, al contrario que su madre, estaba encantado. Migui era un buen muchacho y sabría cuidar de Carola.

—Quizás no sea mala idea que la niña se vaya —decía su padre a su madre.

—Pero si es una niña. Mi niña —contestaba su madre entre sollozos.

—Pero él es un hombre maduro, quiere lo mejor para ella —Defendía su padre.

—Yo también. —Ya cariño, pero a nosotros no nos obedece —dijo tristemente.

Finalmente accedieron a que vivieran juntos. Hasta su madre les dio su bendición.

Alquilaron un pisito en el centro. Al contrario de lo que todos suponíamos, Carola se supo desenvolver en las tareas del hogar. Cocinar no se le daba demasiado bien, pero por suerte, Migui siempre se ofrecía a hacer de

su conejillo de indias. Cada día se les veía más enamorados. Formaban una pareja digna de envidia.

—Es el gran amor de mi vida —me había dicho Migui durante la fiesta de inauguración del piso.

—¿Le vas a proponer matrimonio? —pregunté emocionada.

—Ahora no. Pero tranquila, que lo haré —dijo justo antes de vomitar en mis zapatos.

Ya sospechaba yo que había bebido en exceso.

22

—¿Luego nos vemos? —preguntó Cristian desde el otro lado del teléfono.

—No sé... —me hice de rogar.

—¿No quieres verme? —dijo con tono infantil.

—Luego iré a verte —cedí.

—Esperaré impaciente.

Y no hablé más, reí como una colegiala.

Después de cenar con mis amigos, fui al encuentro con Cristian.

—Hola pequeña —me saludó y me besó tiernamente.

Me senté en la barra y me sirvió una copa. Más tarde llegaron sus amigos con sus respectivas novias.

Menos mal, no me apetecía estar sola en la barra mientras Cris trabajaba.

Se sentaron a mi lado. Mientras hablaba con Rocío, una de las novias, escuché a los chicos discutir sobre el precio de un hotel. Tuve que pegar la oreja para averiguar de qué estaban hablando. Por lo visto estaban planeando un viaje y no se ponían de acuerdo sobre que hotel iban a contratar.

En cuanto sus amigos se despistaron un poco, me acerqué a Cristian.

—¿Te vas de vacaciones? —Le pregunté como quien no quiere la cosa.

—Sí —contestó sin inmutarse.

—Con tus amigos y sus novias.

—Sí —seguía sin inmutarse.

—Y tú vas solo.

—Claro —contestó sonriente.

—¿Qué somos nosotros? —me atreví a pronunciar la pregunta tabú.

—¿Amigos especiales? —dijo encogiéndose de hombros.

Esas palabras me dolieron como si me estuvieran amputando un brazo.

Tras cuatro meses de relación, creo que merecía otro calificativo.

—Salgo un momento a fumar —dije, necesitaba un minuto para pensar.

—Sabes que no me gusta que fumes —dijo en tono paternal.

—Me voy a mi casa —dije enfadada.

Me encaminé hacia la puerta muy despacio, pensé que Cristian vendría tras de mí. Pero no lo hizo.

Estaba segura de que Cristian sería mi príncipe azul. Si lo era, desde luego no era del tono de azul que yo quería.

El lunes no hicieron más que empeorar las cosas.

Llegué al trabajo un tanto desanimada. Había esperado el domingo entero una llamada de Cristian. Como no lo hizo, incluso pensé en llamarle. Mientras marcaba, recordé que sólo éramos amigos especiales y colgué en el acto.

—Buenos días —saludé a Matías.

—Tenemos que hablar —dijo seriamente.

—Dime, ¿qué ocurre?

Al instante me arrepentí de mi pregunta. Llevaba tiempo sospechando que sentía algo por mí. Ahora me lo estaba confirmado.

—Aquí no. Mejor lo hablamos fuera del trabajo —dijo mirando a su alrededor como si alguien nos estuviera escuchando.

—Como quieras —dije en tono inexpresivo.

—¿Tomamos café y lo hablamos?

—¿Hoy? Lo siento me es imposible —me excusé.

—¿Y mañana? —Insistió.

—Que va, me viene fatal. Mejor te aviso yo cuando pueda.

Le di la espalda y volví al trabajo.

Me sentía culpable por mi comportamiento, pero, ¿qué podía hacer?

Le quedaban los días contados a nuestra amistad. ¿Cómo se atrevía a verme como mujer? ¿No se conformaba con que fuéramos amigos? Por su culpa, me iba a quedar sin mejor amigo actual.

Durante todo el día había conseguido evitar a Matías. Al llegar a casa, mientras intentaba relajarme, ya que Matías había logrado enfadarme, me llegó un mensaje al móvil. Recé para que fuera de Cristian pidiéndome disculpas.

¡Maldita suerte la mía!, exclamé. Era de Matías:

A veces me da la impresión de que no quieres darte cuenta de las cosas.

Jamás tuve que traspasar la línea que divide la relación profesional de la personal. ¿Cómo iba a actuar? Inevitablemente tendría que hablar con él, nos

veíamos a diario.

Quizás si cambiara de empleo... No, debía afrontar la realidad.
Estos y otros pensamientos, me impidieron dormir esa noche.

Pasaron las semanas y llegó agosto.

Matías estaba de vacaciones, por lo que había evitado temporalmente la conversación.

No cogí vacaciones. Aunque las tenía previstas, preferí aplazarlas para más adelante.

No tenía nada planeado y prefería estar ocupada.

Seguía sin noticias de Cristian.

No nos habíamos llamado ni nos habíamos visto. Los primeros días estaba furiosa, furiosa con él, por tratarme así. Después, estuve furiosa conmigo misma por haberle dejado que me tratase así. Ahora, lo echaba tanto de menos que empecé a creer que él no había hecho nada malo, sino que yo había exagerado las cosas. Me sentía un poco ridícula. Él nunca había hablado de amor. ¿Estaba construyendo castillos en el aire? ¿Me había ilusionado sin motivos?

Por suerte, tenía unos amigos maravillosos que me animaban a salir.

Esa noche habían planeado una auténtica salida de chicas. Los chicos no estaban permitidos, a excepción de Juan. Hasta Carola accedió a dejar a Migui atrás.

—Petardilla, ponte tus mejores galas que hoy vamos a liarla —dijo Juan entusiasmado desde el otro lado del teléfono.

—No tengo nada que ponerme —objeté.

—Todo tiene solución, esta tarde vamos de compras.

—Vale —colgué.

Fuimos al centro comercial, entramos a varias tiendas, tomamos café... Pero como ninguno de los dos disfrutábamos del mejor de nuestros humores,

pasamos de la ropa y compramos una botella de whisky.

Fuimos a mi casa, a Juan se le ocurrió que jugásemos al *yo nunca* para bebernos la botella a chupitos.

—Empiezo yo, empiezo yo —decía Juan impaciente.

—Vale —tuve que ceder.

—Yo nunca me he acostado con una tía —dijo. Como si lo había hecho, se tomó un chupito.

—Yo nunca... he hecho un trío —dije y Juan bebió.

—Yo nunca... he robado —dijo Juan y bebió.

—Yo nunca me he acostado con Cristian —dijo Juan y bebí.

—¡Qué fuerte! —Exclamó, asombrado.

—¿Cómo que qué fuerte? —Dije ofendida—. No soy frígida.

—Es increíble que lo digas —Dijo, impresionado.

—¿Qué hacemos hablando de Cristian? —Recordé que no quería recordarlo.

—¿Seguimos jugando? —preguntó Juan llenando de nuevo los vasos de chupito.

—Mejor bebemos y punto. Si seguimos con el juego te la vas a beber tú solito —gruñí.

Con el colocón nos arreglamos para salir.

—¿Te parece bien este vestido? —pregunté, mostrándole a Juan un minúsculo vestido verde.

—Es maravilloso. Nunca te lo he visto —exclamó maravillado mientras lo tocaba.

—Lo guardaba para ocasiones especiales —dije tristemente.

—No, ese vestido está hecho para provocar. Ya era hora de que enseñaras las carnes —dijo y ambos reímos.

Divinos exclamó Juan cuando ya terminados nos miramos en el espejo.

Aunque no todo el mundo opinó lo mismo...

—¿De dónde venís con esas pintas? —preguntó Carola nada más vernos.

Le lanzamos una mirada asesina, al instante no podíamos parar de reír.

—¡Qué envidiosa es la Carola esta! —decía Juan entre carcajada y carcajada.

—Vamos ahora mismo a tu casa —me ordenó Carola.

Carola nos llevó a mi casa y me quitó el maquillaje.

—Pero, ¿por qué? —dije lloriqueando.

—Pareces una poligonera —dijo, enfadada.

Carola nos preparó un café. Mientras nos lo tomábamos llegaron Clara y Elena.

—¿Qué ha pasado? —dijo Elena.

—Que han empezado la fiesta antes de tiempo —explicó Carola malhumorada.

—Que pintas Adriana —dijo Elena con malicia.

—Es que quería parecerme a ti —dije en un fingido tono inocente—. Pero tu cara de guerra no me la pone ningún maquillaje.

—¿Qué dices loca? —Gritó Elena.

—¿Loca? —Grité—. Fuera de mi casa ahora mismo —ordené señalando la puerta.

Elena se marchó de mi casa y nos esperó en la calle.

—¿Cuándo demonios os vais a arreglar? —me preguntó Carola hecha una fiera.

—Yo no he hecho nada —me defendí.

—Claro, pero tampoco has hecho nada por arreglarlo —objetó Carola.

—Sí que fui a hablar con ella, pero no me hizo ni caso —expliqué.

—Pues insiste —me ordenó.

—Lo siento, pero no. Que venga ella a hablar conmigo —contesté.

—¿Otro chupito? —Me ofreció Juan.

—Por supuesto —accedí.

—Oye, ¡que yo también quiero! —dijo Clara.

Juan sirvió los chupitos y los tres brindamos por nosotros.

—Estáis fatal —dijo Carola y se fue a buscar a Elena.

Seguimos bebiendo los tres hasta que se acabó la botella.

Repasamos por última vez nuestro atuendo, me había maquillado Carola y he de reconocer que sus rabillos estaban más derechos que los míos, y salimos.

Cogimos el autobús para ir a la Feria. Carola y Elena se fueron por su cuenta. Supusimos que se habrían molestado, debido a nuestro exceso de alcohol no nos preocupó ni lo más mínimo.

Llegamos al Real y buscamos una caseta para cenar. Todas estaban abarrotadas, no nos quedó más opción que esperar a que quedara alguna mesa libre. Mientras esperábamos, pedimos un *cubalitra* de calimocho.

A lo lejos divisamos una pareja que se estaba levantando. Salí corriendo para que no la ocupara nadie. Afortunadamente la chica se dio cuenta y esperó a que llegara.

Cenamos una cantidad desmesurada de comida. Preveníamos ante la gran ingesta de alcohol que se avecinaba.

Terminamos de cenar y fuimos a buscar unas copas. No nos decidíamos a que caseta entrar.

—Esta —decía Clara señalando una llena de jovencitos.

—No, por el amor de Dios. Quiero ver hombres —gritaba Juan.

—Esta —dije señalando una en la que se veían hombres atractivos.

—No, hay muy poca gente en la cola. Por algo será —rechazaba Juan.

—Elige tú —gritamos Clara y yo al unísono.

—Está bien. Si insistís... —dijo entre risas—. Esa —señaló la caseta con más cola en el recinto.

Nos pusimos a la cola, pero antes nos equipamos para la larga espera: cigarrillos y otro cubalitra.

Al fin entramos. Debimos estar en la cola como un mes, Clara llevaba el tinte recién puesto cuando salimos, ahora se le veía hasta la raíz.

Nos abrimos paso entre la multitud para llegar a la barra. Yo llegué con los pies destrozados, me habían pisado una docena de veces. Juan llegó intacto, arrasó a la marabunta. Pasó a toda velocidad sin mirar a quien pisaba o empujaba, sólo decía *perdón, perdón*. Clara fue la última en llegar. Era

incapaz de pasar en medio de un grupo de gente, los rodeaba con tal de no molestarlos.

Echamos un vistazo a los asistentes. Desde lejos divisé la escultórica silueta de Cristian.

—Hola —me saludó con la mano.

Yo lo saludé de igual forma.

Con las bebidas en la mano, buscamos un hueco donde colocarnos.

—Ese sitio es perfecto —dijo Juan.

Eche un vistazo y mostré mi desacuerdo, era junto a Cristian y su grupo de amigos.

—Adriana, tienes que superarlo —me aconsejó Juan—. Además piensa un poco en mí, tiene unos amigos que están de muerte —dijo mordiéndose el labio con gesto provocador.

—Adri, tiene razón en parte. No puedes evitarlo de por vida. Además da la casualidad de que allí hay menos gente. Nos ponemos allí y no le hagas ni caso —me aconsejó Clara y estuve de acuerdo.

—Adriana, ¿qué tal? —Se acercaron los amigos de Cristian a saludarme en cuanto ocupamos el lugar.

—Hola chicos —dije mientras los besaba en las mejillas.

Cristian se acercó y me dio dos besos. El contacto con su piel, me erizó el vello.

Tras la charla de cortesía con sus amigos y los gestos indicando a mis amigos que desaparecieran, nos quedamos a solas.

—¿Qué tal todo? —me preguntó Cristian.

—Bien, a decir verdad, muy bien —dije con soberbia.

—Me alegro. ¿Cómo han ido las vacaciones?

—De lujo. He estado en Mallorca unos días —mentí—. ¿Y las tuyas?

—No han estado mal —dijo en tono inexpresivo.

—¿Ya estáis juntos de nuevo? —Nos interrumpió bruscamente su amiga Rocío.

—No —me apresuré a decir.

—Somos amigos, ¿verdad? —me preguntó Cristian.

—Claro —asentí.

—¿Ves? —preguntó Cristian dirigiéndose a su amiga Rocío mientras me acercaba su mejilla para que la besara.

Me incliné a besarlo en la mejilla. Cuando lo hice, se giró y me besó en los labios.

No rechacé el beso, se lo devolví.

Estuvimos toda la noche besándonos sin parar. Era evidente que nos habíamos echado de menos. Sólo parábamos de vez en cuando a coger aire.

Mis amigos me llamaron para decirme que se marchaban. A pesar de la insistencia de Cristian, no me quedé con él. Me marché con mis amigos.

Me lo había pasado muy bien esa noche, pero no había olvidado lo ocurrido.

De camino a casa...

—¿Estás con él? —preguntó Clara.

—No, sino se habría ido a follar con él —explicó Juan.

—Es verdad —añadió Clara.

—No sé qué me ha pasado —dije desconcertada.

—Que estás enamorada —me desveló Clara.

El lunes no me apetecía ir a trabajar, Matías volvía de sus vacaciones.

La conversación pendiente no había tenido lugar y deseaba que así siguiera.

El camino a la clínica se me hizo eterno, con ese calor temía derretirme.

—Buenos días, Doña Carmen —saludé educadamente.

—Niña, buenos días. ¿Cómo está tu hermana, bonita? —Preguntó tan cariñosa como siempre.

—Muy bien —contesté, aunque no tenía ni idea—. Y a usted, ¿qué le trae por aquí?

—Pues me duele aquí —dijo señalando el lado izquierdo de su abdomen—. Es apendicitis —diagnosticó ella misma—. Tengo toditos los síntomas.

—Vaya... —no sabía que decirle—. En cuanto la pueda atender el doctor Matías, le avisaré.

—Vale chiquita —Y se sentó en la sala de espera.

—¿Qué tal con Doña Carmen? —pregunté a Matías una vez hubo terminado la visita.

—Tiene gases —contestó encogiéndose de hombros.

—Pobre —lo compadecí.

—El miércoles podíamos hacer algo... —dijo pensativo.

—¿Por qué precisamente el miércoles? —pregunté intrigada.

—Porque es mi cumple y me apetece llevarte a cenar —dijo con la mejor de sus sonrisas.

—Pero... —No me dio ocasión a replicar, me interrumpió.

—Es mi cumple y yo mando —dijo y se fue.

No estaba muy convencida de la cena del miércoles, temía que tuviéramos la *conversación*, pero no me quedaba otra opción.

De todas formas, una cena gratis era una cena gratis.

El miércoles cuando salimos de trabajar, fuimos a tomar algo mientras llegaba la hora de la cena.

—Dos cañas —pidió Matías sin ni siquiera preguntarme.

Era lo que iba a pedir, pero me hubiese gustado que me preguntara.

—¿A dónde vamos a ir a cenar? —pregunté.

—A un mejicano.

—Muy bien. Nunca he comido en uno.

—¿Qué tal con Cristian? —dijo, mientras me miraba fijamente.

—No hay nada que contar —dije en tono cortante.

—¿Le ha molestado que te invite a cenar? —preguntó intrigado.

—Si lo supiera, quizás —dije entre risas.

—¿No se lo has dicho? —preguntó sorprendido y sonriente.

—No somos novios. No tengo que darle explicaciones. ¿Otra cerveza?

—Mejor nos vamos ya, he reservado para las nueve y media.

Íbamos en el coche de camino al restaurante cuando nos cruzamos con Cristian, que también iba en su coche. Lo miré fijamente, no lo saludé. Supongo que no pude hacerlo porque me sentía como si le estuviese siendo infiel. En cambio, Cristian se quedó mirando fijamente a Matías con el ceño fruncido.

Matías no dijo nada, se limitó a lanzar una mirada desafiante a Cris.

Llegamos al restaurante. La robusta recepcionista nos guio a nuestra mesa.

Había reservado una mesa apartada. Sobre ella había un centro de flores y unas velas. Todo inadecuadamente romántico.

—¿Dos cervezas? —Esta vez tuvo la consideración de preguntarme.

—Prefiero vino.

—De acuerdo —accedió.

Durante la cena hablamos del tiempo, de la decoración del restaurante, de los camareros...

Me sentía un tanto incómoda en aquella situación con Matías. Además, ¿qué estaría pensando Cristian?

Tras la cena lo invité a tomar una copa. Él no tenía la culpa de la situación de Cristian y mía. Sin querer lo había pagado con él, había estado distraída y antipática durante la cena. Tenía que arreglarlo.

—¿A dónde vamos? —preguntó cuándo salimos del restaurante.

—¿Te apetece ir a una terraza? —dije, deseando que así fuera.

—Vale.

Fuimos a una terraza cerca del restaurante. Nos tomamos una cerveza e intenté ser todo lo divertida que no había sido en la cena.

—No tienes que fingir —me interrumpió Matías—. Sé que algo ha pasado entre Cristian y tú. Se nota que no estás bien.

Lo miré sorprendida.

—Lo siento, no me siento cómoda hablando de Cristian y de mí, contigo —dije sin mirarlo a la cara.

A partir de ahí permanecemos en silencio hasta que terminamos nuestras bebidas.

Estaba deseando de ir al Arca. Quería averiguar lo que Cristian pensaba. ¿Creería que tenía algo con Matías?

Los celos nunca viene mal me había dicho Clara. Aunque yo no estaba tan segura.

El jueves quedé con ella. De camino al Arca, cambié varias veces de opinión sobre si debía o no hablar con él. Como no me aclaraba, Clara decidió que hablara con él.

Empujé la puerta con la mano temblorosa.

—Respira —decía Clara a mis espaldas.

Cristian no estaba. Había olvidado que él sólo trabajaba los fines de semana.

Ya que estábamos allí, nos tomamos una caña.

—¿Cómo no te has acordado? —preguntó Clara.

—No sé, estoy algo despistada —dije sin darle importancia.

—Quizás sea una señal del destino para que no estéis juntos.

Hice caso omiso de su sugerencia.

—¿Sigues viéndote con Alberto? —pregunté cambiando de tema.

—Sí. —dijo felizmente.

—¿Qué tal?

—Es un encanto. No es tan guapo como Manolo, salta a la vista. Manolo tiene un culo y unos pectorales... —dijo entusiasmada mientras agitaba los brazos.

—Alberto... —le recordé.

—Alberto tiene una forma de ser que enamora —dijo volviendo al tema.

—Alberto es mono —observé.

—Sí y tiene muy buen cuerpo. Lo que quiero decir es que no es un tío por el que giras la cabeza cuando pasa por tu lado.

—Pero te compensa su interior.

—Por supuesto. Es cariñoso, gracioso, divertido... y lo más importante,

no es un mantenido —dijo satisfecha.

El viernes convencí a Juan y a Clara para que me acompañaran al Arca. Clara vino con Alberto. Esta vez Cristian sí estaba.

—Hola —prácticamente corrí a saludarlo.

—Hola —dijo sonriente, aunque no añadió un *pequeña*.

—¿Qué tal? —dije tomando asiento en la barra.

—Pues bien. ¿Y tú qué tal? ¿Hoy no te acompaña Matías? —dijo demasiado sonriente.

Quería explicárselo todo pero si no éramos novios, no lo merecía.

—No —dije encogiéndome de hombros.

—Ya... ¿te pongo lo de siempre? —preguntó sin sonreír.

—Claro —asentí.

—Ahora te lo llevo a vuestra mesa —y así me despachó.

Volví a mi mesa, la conversación no fue como yo esperaba.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Clara.

—Mal —contesté tristemente.

Les conté la conversación con Cris.

—Está súper celoso —exclamó Clara.

—Puede... O quizás me ha dado por perdida y ya no le intereso —dije tristemente.

—También podría ser —añadió Juan.

—Gracias —contesté sarcásticamente.

Alberto que sabía toda la historia por culpa de Clara, no paraba de reír.

Cuando fui a pagar, nunca había pagado con Cristian en la barra, Cristian me sujeto de la mano.

—¿Vienes a pagar? —preguntó, extrañado.

—Claro —dije malhumorada. ¿Qué pensaba? ¿Qué me iría sin pagar?

—Vaya. Eso quiere decir que no hay nada entre nosotros... —dijo bajando la mirada.

—Sólo somos amigos, ¿recuerdas? —dije con malicia.

—No. Somos algo más —dijo mirándome fijamente a los ojos.

—Amigos especiales, ¿no? —dije con una amarga sonrisa.

—Te lo digo en serio. No eres sólo una amiga para mí. Eres mucho más que eso —dijo y sus palabras sonaron sinceras—. ¿Estás saliendo con Matías? —Por primera vez noté celos en sus palabras.

—No tengo por qué darte explicaciones —y me fui rápidamente.

Cinco minutos más tarde volví al Arca.

—¿Me lo vas a decir? —preguntó impaciente.

—No. Me he ido sin pagar.

—Déjalo, te invito —dijo, decepcionado.

Deseaba explicarle que no había nada entre Matías y yo, que estaba enamorada de él, que no me lo quitaba de la cabeza y que me dolía verlo y no poder besarlo. Esa era la versión de mi corazón pero mi cabeza no opinaba lo mismo.

Me di la vuelta dispuesta a marcharme, pero me quedé inmóvil. No quería irme, al menos no así. Me dirigí a Cristian y sin mediar palabra lo besé.

Al hacerlo me sentí plena y tranquila. Necesitaba a Cristian en mi vida más de lo que me gustaría reconocer.

Al apartarme nos miramos fijamente, fue una de esas miradas que duran una eternidad.

Mi orgullo me impidió decirle lo que sentía, aunque él tampoco dijo nada.

A veces los actos dicen más que las palabras.

El sábado me despertó Carola. Desde que vivía con Migui, hasta madrugadora se había vuelto.

—¿Tenéis plan para esta noche? —preguntó Carola.

—No.

—¿Estaréis sobrios?

—Depende de la hora —le contesté.

—Esta noche organizamos una cena. ¿Venís?

—¿No pensabas invitarnos? —pregunté ofendida.

—¿Para qué te he llamado? —preguntó también ofendida.

—Vale.

—Avisa a Juan y a Clara.

A las diez llegamos al piso de Migui y Carola. Elena ya estaba dentro.

Como el salón era algo pequeño, pusieron una mesa en el centro y nos servimos la comida como si se tratara de un buffet. Había muchos amigos de Migui, Alberto entre ellos. Me quedé con Juan y con Elena.

La tensión era palpable: Juan estaba entre las dos.

—No detecto ningún gay... —murmuraba Juan mientras observaba su alrededor.

—Son todos heteros. Yo, como buena guarra, doy fe de ello. ¿Verdad Adriana? —preguntó Elena con malicia.

—No lo sé. Como estoy loca... —dije con fingido tono inocente.

Sé que no estuvo bien llamarla guarra, aunque lo sea, pero ella me había llamado loca. Estábamos empatadas. ¿Por qué seguía haciéndose la ofendida?

Por suerte, después de la cena llegó Cristian. Me alegré muchísimo de verle. No sé si por él, o por la ocasión que me brindaba de alejarme de Elena.

Vino a saludarme. Lo besé en la mejilla.

—¿Ya no te gusto? —me dijo en tono infantil al oído.

—¿Cómo no me ibas a gustar? —contesté.

Nos miramos fijamente y nos abrazamos como si llevásemos mucho tiempo sin vernos.

—Te echaba de menos, pequeña —me susurró al oído.

—Yo también —contesté.

—Prométeme que no nos volveremos a separar —dijo mirándome a los ojos.

Nos acercamos a hablar con los anfitriones. Me sentí muy feliz, por un momento parecíamos una pareja normal.

—Carola, ¿estás buscando trabajo o volverás a estudiar? —pregunté.

—Pues hay poco trabajo... —dijo encogiéndose de hombros.

—Yo le he dicho que se venga a trabajar al bar los fines de semana —explicó Migui.

—¿Entonces? —pregunté a Carola.

—No sé, no me veo de camarera —dijo pensativa.

—Aprovecha, ahora que Migui te mantiene, tómate un descanso —susurró Cristian a Carola.

Carola le guiñó un ojo y fue a buscar champán.

Cuando volvió y repartió una copa a cada uno de los invitados, propuso un brindis.

—Brindemos por nosotros —dijo Carola, sonriente.

Chocamos las copas y bebimos. Cristian cogió la botella de champán y rellenó nuestras copas.

—Brindemos por ti y por mí —dijo, sujetando con una mano la copa y con la otra mi cintura.

Tras el brindis nos besamos. No nos despegamos en toda la noche. Incluso si mis amigos me llamaban, fingía no oírlos.

Fue una noche maravillosa.

Di por zanjada nuestra discusión. ¿Qué diferencia había entre decir que era mi novio o no? Aunque cambiara el nombre, no cambiaría nuestra relación.

Nos veíamos a menudo, nos guardamos fidelidad, conocíamos a nuestros amigos, nos respetábamos, mostrábamos nuestra relación en público... ¿Habría diferencia?

Estaba enamorada. Era tan divertido, gracioso, agradable y atractivo que no me podía resistir a él.

Esa noche dormí muy bien, me había quitado un peso de encima. Estaba satisfecha con mi decisión. Desperté temprano y a diferencia de otros días, no me tumbé en el sofá. Puse una lavadora, barrí el suelo y hasta planché. Mi ropa estaba muy agradecida.

—Pequeña ¿me haces un hueco esta tarde en tu apretada agenda? —me escribió Cristian.

—Lo veo difícil. Estoy muy ocupada. —mentí, me encantaba que insistiera.

—No me digas eso. Me muero por verte.

Suspiré profundamente al leer el mensaje. Todo volvía a ser como antes. Sentí que no había nada ni nadie capaz de estropear mi felicidad.

Me llevó a una cafetería a merendar. Pedimos una porción de tarta de chocolate para compartir. ¿Se podía ser más romántico?

Bueno, probablemente sí. Si bajara la tapa del váter después de usarlo, marcaría un antes y un después en mi umbral del romanticismo.

Tras tomar café dimos un paseo cogidos de la mano y besándonos tiernamente de vez en cuando.

A la hora de cenar me acompañó a casa. Nos despedimos con un romántico beso en la entrada. Se portó como un caballero. Me besó y no dijo nada de pasar a mi casa.

Aunque a veces me sentía muy sola, hoy no era uno de esos días.

Me puse mi pijama, me preparé un té y me senté a leer una novela. Disfruté del silencio que mi soledad me proporcionaba.

La semana en la clínica fue incómoda. Matías me miraba de reojo cada vez que pasaba por mi mesa, cosa que ocurría muy a menudo. Cuando nuestras miradas se encontraban, me sonreía con compasión. Traté de no levantar la vista de mis tareas cuando escuchaba que alguien se acercaba a mi mesa, el problema es que me estaba empezando a doler el cuello.

—Adri, te invito a desayunar —dijo Matías.

—Vale —contesté, no podía excusarme de ninguna manera—. Cojo mis cosas.

De camino a la cafetería no nos dirigimos la palabra. O había olvidado su *conversación* pendiente o lo peor estaba por venir.

—Dos cafés y dos tostadas —pidió Matías cuando llegamos a la cafetería sin consultarme.

—¿Qué tal la semana? —pregunté.

—Pues mal. Estoy preocupado por ti —dijo seriamente.

—¿Por mí? —pregunté sorprendida.

—No te veo bien. ¡Hoy ni siquiera llevas pintalabios! —Exclamó señalando mis labios.

—Se me ha olvidado —me excusé. La verdad es que no me había hecho la cera y no veía conveniente resaltar esa zona.

—¿Y la semana pasada? Llevabas la ropa arrugada —dijo en tono acusador.

Me ruboricé. ¿Cómo me había descuidado de esa manera?

Traté de explicarle que ya estaba mejor, omití la razón, pero él se negaba a creerme.

Insistió mucho, demasiado. Estuve a punto de decirle que estaba muy feliz ahora que volvía a estar con Cristian. Pero me contuve.

La parte positiva era que no había mostrado interés alguno en tener la conversación. ¡Bien!

A la vuelta del desayuno encontré un gran ramo de flores en mi mesa.

—Chicas, recoged vuestras flores —me quejé a dos enfermeras que pasaban por allí.

—Son para ti —dijo una de ellas.

Palidecí. ¿Cómo iba a ocultar mi relación si me enviaba flores? Un segundo después olvidé los sentimientos de Matías y sonreí al pensar lo tierno que era mi Cris.

Me dispuse a leer la nota mientras Matías me miraba atentamente.

—Un precioso ramo —dijo Matías.

—Sí —dije algo incómoda e intenté contener la alegría que sentía.

—Te dejo que lo disfrutes —y se marchó a su despacho.

Me senté para abrir la nota. Me temblaban las manos de emoción. Miré a mí alrededor para estar segura de que nadie me observaba. Y entonces, muy lentamente la leí:

Queridísima Adriana.

Me preguntaba si me harías el honor de acompañarme el viernes a cenar. No se trata de una cena común, sino de una CITA. Ruego confirmación. Atentamente.

Miré una vez más a mí alrededor para comprobar que nadie me observaba. Como no vi a nadie, me levanté de un brinco y di un salto de alegría. Me sentía como la protagonista de una película. Todo estaba saliendo bien. Después de nuestra pelea, Cristian se había dado cuenta de que no quería perderme, pensé ilusionada.

El jueves decidí confirmar mi asistencia a la cena. No lo había hecho antes para que no creyera que estaba ardiendo en deseo. Aunque admito que así era.

—Hola —me saludó Matías—. ¿Qué tal con tu ramo?

—Muy bien, era de una amiga —mentí.

Evidentemente su intención era saber quién me lo había enviado. No iba a decírselo. Así que me puse a trabajar rápidamente, no estaba dispuesta a alargar la conversación.

Durante el desayuno, aproveché para contestar a Cristian:

Acepto su invitación. Le ruego me comuniqué el lugar y hora de la CITA.

Pasé el resto del día pensando en el atuendo que iba a llevar a la cita. ¿Vestido o pantalón? ¿Zapato plano o tacones? No me decidía.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por un mensaje de Cristian:

Adri, te has equivocado.

Leí y releí el mensaje. ¿En qué me había equivocado?

Llamé a Cristian para aclararlo.

—Cris, ¿qué me he equivocado? —pregunté extrañada.

—Sí.

—¿En qué? —pregunté, nerviosa.

—Tú sabrás. Me has mandado un mensaje confirmando una cita, supongo que en el dentista... —dijo entre risas.

—Para el dentista... —dije mientras asimilaba la situación.

—Sí o algo así. El médico, el oculista...

Me quedé helada. Claramente él no me había invitado a ninguna cita.

—Sí, tienes razón —mentí—. ¡Qué despiste! Gracias por decírmelo.

—De nada —colgué.

Qué vergüenza, Cristian pensaría que era idiota. ¿Cómo se me ocurrió pensar que me enviaría flores? Él no era así. Era un hombre del siglo XXI. Si me hubiera querido invitar, me habría llamado por teléfono.

¿De quién eran las flores entonces? En el momento en el que terminé de formular la pregunta, ya sabía la respuesta. Ahora encajaba todo. Por eso tanto interés por el ramo. Lo que él quería en realidad era la confirmación de mi asistencia a la cita. Y yo le había dicho que me lo había enviado una amiga...

¡Qué horror! Ya me decía el psicólogo que las mentiras tienen las patitas muy cortas.

Seguramente Matías pensaría que me lo estaba pensando. ¿Qué iba a hacer ahora?

Estaba tan nerviosa que no podía pensar con claridad. Me puse a facturar con la esperanza de matar de aburrimiento a mis nervios.

En cuanto llegué a casa llamé a Carola. Necesitaba hablar con alguien. No es que deje de lado al resto de mis amigos pero Carola era la mejor opción, ya que sabía que Clara me diría que era otra señal del destino, Juan me emborracharía y con Elena no me hablaba.

—Hola, corazón —saludé.

—¿Adriana?

—Sí. ¿Podrías venir a cenar? Te preparo lo que quieras —dije para que no pudiera rechazar mi invitación.

—Es que ceno con Migui...

—Preparé comida para los dos —insistí.

—No sé... —dijo vacilante—. Tengo que consultarlo con él.

—Anda porfí, esta noche no me apetece estar sola —supliqué.

—Vale. Convenceré a Migui.

Media hora más tarde llegaron a mi casa. Carola estaba guapísima, había cambiado de look.

—¿Qué te has hecho? —pregunté mientras admiraba su pelo nuevo.

—¿Tan mal estoy? —dijo preocupada.

—Para nada, estas guapísima —dije sinceramente—. Pasad.

—Ayer fui a la peluquería y le dije *hazme unas mechas y me cortas las puntas* —empezó a contar—. Mi peluquera está embarazada y no sé si es por el cambio hormonal, pero está muy despistada. Me puso las mechas muy anchas, parecía un paso de cebra —rio—. No podía salir así a la calle y me echó un tinte. No está tan mal, ¿verdad?

—De verdad, estás preciosa —contesté. Carola era castaña clara y ahora era rubia. Le quedaba muy bien con su piel y ojos claros.

—Y ya que estábamos, me corté flequillo —dijo mostrando su atrevimiento.

—Buen cambio de imagen.

—¿Te ha pasado algo? Me ha extrañado tu llamada —dijo cambiando de

tema.

—Os traigo unas cervezas y os cuento —contesté.

Serví las cervezas y encargué una pizza. Sé que dije que iba a cocinar, pero como no me pidieron nada en concreto, conseguí librarme.

—Migui, ¿hasta qué punto sabes de mi relación con Cristian? —pregunté con la esperanza de que dijera que poca cosa.

—Toda —contestó Carola.

—Pero, ¿porque tú se lo has contado o lo ha hecho Cris? —pregunté a Carola.

—He sido yo —admitió.

—¿Se pone de parte de él? —pregunté a Carola como si Migui no estuviese presente.

—No está ni de tu parte ni de la de él. Está de la mía —me explicó—. Sino ya sabes que duermes en el sofá —le dije a Migui en tono burlón.

Les conté todo lo ocurrido con el ramo de flores.

—Afronta tu decisión, díselo a Matías. No te va a morder —me aconsejó Migui.

—Invita tú a Cristian a una cita —opinó Carola.

—¿Yo? —pregunté incrédula.

—Tú eres la que siempre dice: *la negativa ya la tienes, inténtalo*. Ya que te había hecho tanta ilusión la cita, vale la pena intentarlo —añadió Carola.

—¿Tú eres la culpable de que sea su novio? —Me acusó Migui.

—¿Cómo? —pregunté. No sabía de qué estaba hablando.

—Carola me pidió ser su novio formal. Seguro que por culpa de tu consejo —dijo Migui en tono burlón.

—Pues sí, cariño —dijo Carola mientras lo besaba románticamente.

—¿Nunca habéis tenido una cita? —preguntó Migui.

—Bueno, suelo verlo en su trabajo, tomamos café o viene aquí a mi casa —expliqué.

—Pues proponle una cena —me aconsejó—. Cosita bonita, ¿dónde quieres que te lleve a ti a cenar? —preguntó a Carola mientras le hacía carantoñas.

—Sorpréndeme cariñito —contestó Carola entre risas.

—Déjame que lo piense... Cosita, ¿te apetecería que fuéramos...

Ahí desconecté. Lo dulce en exceso me sienta mal. Mientras se comían a besos en mi sofá, le escribí a Cristian proponiéndole una cena a solas. Los

minutos previos a su respuesta fueron interminables.

Mañana noche trabajo. El sábado, ¿podría ser?

Sí, podría.

Perfecto. El sábado te recojo en tu casa sobre las nueve.

Me levanté de un salto y traje el whisky.

—Chicos me ha dicho que sí —grité animada.

—Me alegro —dijo Carola.

—Sólo te falta hablar con Matías —Migui tuvo que recordármelo y amargarme el momento.

El viernes me armé de valor y fui a decírselo a Matías. Cuando me acercaba a su despacho, sonó mi teléfono. No podía eludir mis obligaciones laborales, en otro momento me acercaré, me dije.

A la hora del desayuno me levanté de mi asiento dispuesta a hablar con él. Cuando llegué a la puerta de su despacho escuché la voz de una mujer, estaba pasando consulta. No era el momento adecuado para interrumpirlo.

Llegó la hora del almuerzo. Tenía cita en la peluquería, no podía quedarme a esperarlo.

Por la tarde no vino a trabajar, no tenía citas y se tomó la tarde libre.

Me alegré de no tener que verlo esa tarde, pero a la vez me sentí mal porque lo estaba posponiendo.

¿Tenía que hablar el lunes con él? ¿O ya no era necesario?

Pospuse esos pensamientos, tenía que preocuparme por la cita del día siguiente.

¿Qué iba a ponerme? ¿Le gustaría? ¿Me propondría ser su novia? Cosas importantes por las que preocuparse.

Me probé la mayor parte de mi armario. Nada me pareció adecuado.

Llamé a Clara, presa de los nervios, para que me prestara algo sexy y provocativo a la vez que elegante y sofisticado. Me tranquilicé cuando Clara me dijo que disponía de su armario.

Me acosté y disfruté de un placentero sueño.

El sábado, me pasé por casa de Clara a la hora acordada. Abrió la puerta con tan sólo una camiseta de hombre a modo de vestido.

—Buenos días —grité alegremente—. Chica, que se te ven las bragas — dije en tono burlón.

—Hola —dijo en tono somnoliento.

—¿Noche dura? —pregunté a la vez que le daba un codazo.

—No te imaginas cuanto... —dijo bostezando.

—¿Café? —dije mientras le ofrecía uno de los que había comprado por

el camino.

Se acercó y prácticamente me lo arrancó de la mano.

—Pasa a mi cuarto y vas viendo algo —dijo señalando su dormitorio.

Pasé a su dormitorio dispuesta a probarme todo lo que encontrara. Al entrar tropecé, había al menos tres pares de zapatos en la entrada y ropa por todas partes. Intenté soltar mi bolso en una silla que al menos antes había, pero que ahora no encontraba. Estaría debajo de algún montón de ropa, supuse. Lo dejé sobre su cama, todavía sin hacer.

Abrí su armario y sólo colgaban perchas vacías. ¿Desde cuándo era tan desordenada?

—Perdona el desorden. En ese montón —dijo señalando la ropa que había en su mesilla—, está toda la ropa limpia. Llévate lo que quieras —dijo aun mostrando las bragas.

—Vale, perfecto.

Se dio la vuelta y se marchó. Que mal despertar tiene esta chica, me dije.

Me probé un provocativo vestido negro cortísimo. De trasero me estaba estupendo, pero de pecho me quedaba enorme.

Me probé otro vestido de tejido elástico. Este sí que me quedaba entallado aunque el escote era demasiado grande.

Descarté todos sus vestidos. Desde que Clara se aumentó los pechos, sus escotes eran muy pronunciados y no me sentaban bien.

Me centré en sus faldas. Encontré una falda corta, no mini, muy entallada de color negro. Me la puse y me miré en el espejo. Estaba fantástica. Sólo me faltaba con que combinarla.

Salí de su habitación y busqué a Clara para despedirme. La encontré en la cocina, ahora sólo llevaba las bragas.

—Me marcho —anuncié mirándola a la cara. Sin querer desvié la vista hacia sus tetas. Que bien la habían operado, pensé.

—Eh, sí —dijo sin prestarme atención.

La miré desconcertada pero no le dije nada. Me acompañó hasta la puerta deseosa de que me marchara.

No está bien, lo sé, pero permanecí detrás de la puerta unos minutos. Clara estaba muy rara, me preocupó, y me picó la curiosidad. Escuché como anunciaba que por fin me había ido e invitaba a alguien a seguir por donde iban.

Pobre Alberto, seguro que los había pillado in fraganti y estaría desnudo,

escondido en cualquier habitación.

Me enfundé la estrecha falda, acompañada por una blusa y tacones rojos.

Me apliqué el maquillaje con esmero. Estaba muy nerviosa por la cita. Quería estar perfecta.

Me puse un pintalabios rojo fijo. Podía estar toda la noche besando que no se quitaba. Deberían de rendirle homenaje a su creador, pensé.

Lápiz negro de ojos, un poco de perfume... y lista.

Me miré en el espejo. El recogido bajo junto con mi ropa y maquillaje me daban un aspecto sexy a la par que sofisticado. Admito que estaba muy guapa. Al salir de casa, lo encontré en su coche, esperándome. Estaba guapísimo.

Subí al coche y me acerqué a besarlo. Olía muy bien, un olor dulce y empalagoso. Me encantó, me entraron ganas de comérmelo a besos. Me llevó a cenar al restaurante italiano de los guapísimos camareros.

—¿Qué te apetece? —preguntó mientras leíamos a carta.

—Lo estoy pensando. Todo parece delicioso —dije sonriente.

—Creo que pediré pasta a la boloñesa —dijo vacilante.

—Pediré lo mismo. ¿Vino? —pregunté.

—Por supuesto, es el acompañante perfecto —dijo con una encantadora sonrisa.

El guapísimo camarero nos tomó nota y se puso a hablar con Cris. Lo observé detenidamente. Debía tener la edad de Cristian y me atrevería a decir que era gay. ¡Seguro que habían estudiado juntos! Yo tenía razón respecto a que Migui nos diera su orla, éste era perfecto para Juan.

—Te parece guapo, ¿no? —preguntó Cris un tanto celoso, una vez se hubo marchado el camarero—. Es gay, así que no tienes posibilidades —dijo con una sonrisa triunfal.

—No lo estaba mirando para mí, y gracias por confirmar mis sospechas —dije sonriente.

Al instante caí en la cuenta de lo que me había dicho.

—¿Cómo que no tengo posibilidades? —pregunté fingiendo enfado—. Con mi aspecto, seguro que sería capaz de traerlo del lado oscuro —dije en tono burlón.

—Podría ser... —dijo observándome—. Pero mejor no lo intentes —dijo, en mi opinión, un poco celoso.

Tras la cena me acompañó a casa.

—¿Te apetece subir? —ofrecí.

—Pensé que no me invitarías —contestó.

—No te acostumbres; quizás la próxima vez no tengas tanta suerte —Dije guiñándole un ojo.

—No importa. Al menos me aseguras que habrá una próxima —dijo y me besó en la frente con dulzura.

Estaba locamente enamorada de este hombre, tengo que admitirlo.

Buscamos aparcamiento lo más cerca posible de mi casa. Aunque después de varias vueltas por la zona, nos conformamos con un descampado que había a diez minutos andando.

—Voy al baño —dije al entrar a casa.

Me fumé un cigarro con medio cuerpo saliendo por la ventana para que no entrara el humo. Ahora entendía mejor que nunca que fumar mata. Me lavé los dientes y eché colonia por la habitación. Salí tranquilamente hacia el salón, el crimen ya estaba encubierto.

—¿Vino? —Le ofrecí.

—No. ¿Sólo tienes whisky? —preguntó un poco decepcionado.

—Sí. No suelo tener visita —le expliqué.

—Pues te regalaré una botella de ginebra —dijo con una gran sonrisa.

—¿Para que tenga más visitas? —dije entre risas.

—No. Ni se te ocurra invitar a nadie —dijo fingiendo enfado—. Para que me invites a mí —esta vez lo dijo en serio.

—Vale —dije como si eso me supusiera un gran esfuerzo.

Sirvió dos copas de vino y propuso un brindis.

—Por nosotros —exclamó y brindamos.

Nos besamos cariñosamente.

Me quité los tacones, que me estaban matando y nos acomodamos en el sofá.

Le conté la situación con Matías.

—Sois buenos amigos, quizás te estás equivocando —me dijo para

tranquilizarme, ya que yo le mostré mi preocupación.

—No te lo he contado todo —dije mirando al suelo—. Me ha enviado un ramo de flores.

—¿Para qué? —preguntó, parecía molesto.

—Había una nota en la que me proponía una cena —como no se inmutó, añadí—. Una cita.

Durante unos segundos permaneció callado, pensativo.

—Tendrás que dejar tu empleo —dijo en broma.

—No sé qué hacer —confesé.

—Déjale claro que no te interesa, o si no, no le dirijas la palabra —dijo sonriente, pero hablaba muy en serio.

Dejamos atrás la conversación sobre Matías y nos centramos en nuestra anatomía.

Me rodeó por la cintura mientras nos besábamos. Cuando se volvieron más intensos, sujetándome por la cintura, me giró y me sentó encima de él. A medida que nos besábamos la temperatura fue aumentando. Me desabrochó la blusa y el sujetador con asombrosa rapidez, deduzco que tendría mucha práctica. Me besó el cuello y poco a poco fue bajando hasta mi escote y mis pechos. Era tal mi estado de excitación que me puse en pie y me quité la falda. Sólo cubría mi cuerpo un minúsculo tanga de encaje que había comprado para la ocasión. Su mirada lasciva me invitó a quitármelo. Totalmente desnuda le pedí que me acompañara al dormitorio. Él me siguió y cumplió la única norma que había establecida en mi casa: nada de ropa en el dormitorio.

Como la señorita que soy no voy a dar detalles de lo que sucedió en ese cuarto, es algo que queda entre Cristian y yo. Sólo puedo decir que fue maravilloso, como él.

Era tal la compenetración existente entre ambos que sentí que éramos una única persona.

El domingo invité a Carola a comer. Migui estaba trabajando y yo necesitaba contarle a alguien mi cita.

—Soy muy feliz —anuncié tras contárselo todo.

—¿Sois ya novios? —preguntó con recelo.

—¿Qué más da como lo llames? Me encanta y somos felices —contesté con el propósito de convencernos a ambas.

—Ya lleváis cierto tiempo... ¿Cinco meses? —preguntó.

—Seis, si incluimos las idas y venidas —dije a desgana.

—Ajam.

Carola no añadió nada más, pero su silencio decía más que sus palabras.

Pusimos una película que habíamos alquilado e hicimos palomitas, todo ello sin dirigirnos la palabra.

Me esforcé por olvidar sus palabras, por concentrarme en la película, pero en el fondo sabía que sólo estaba posponiendo el problema.

¿Por qué Cristian no podía ser como Migui? O mejor. ¿Por qué me había tenido que enamorar de Cristian? Matías era un buen partido, mejor que Cris.

Carola terminó de ver la película y yo de simular que la veía. Se marchó, pero antes de irse me dijo que pensara con la cabeza y no con el corazón.

Llamé a Clara. Quizás ella tuviera otra opinión, recé porque así fuera.

—Clara estoy depre, ¿vienes a cenar? —ofrecí.

—¿Crees que eres la única con problemas? No eres el ombligo del mundo —gruñó.

No dije nada. Me limité a llorar y colgué el teléfono. Con lo feliz que estaba hasta que Carola abrió la boca...

Me encendí un cigarro y como no tenía whisky, me hice un té.

Media hora más tarde llamaron a la puerta. Era Clara, me trajo una botella de whisky para disculparse.

—¿Qué te pasa gorda? —preguntó.

—¿Qué te pasa a ti? —pregunté dando por hecho que estaba peor que yo.

Sus ojos se empañaron. La abracé y lloró en mi hombro.

Después de un whisky y de sonarse los mocos, me contó lo sucedido. Estaba saliendo con Alberto y era muy feliz, pero... Tenía un amante.

—Es como tú con el tabaco —me explicó—. Le has dicho a Cristian que lo has dejado y sigues fumando a escondidas.

—No compares —dije enojada.

—Soy adicta a él —reconoció Clara.

—¿Qué piensas hacer?

—Es que necesito verlo, tocarlo, sentirlo, besarlo... —dijo cada vez más entusiasmada y ardiente.

—Deja a Alberto —aconsejé.

—Veo a Alberto como el padre de mis hijos —dijo a la defensiva—. El otro no significa nada para mí. Sólo quiero follármelo.

Estaba exhausta.

Ella siempre se ha quejado de que sus novios eran celosos y posesivos. Alberto le dejaba su espacio, no le pedía explicaciones... Era lo que ella siempre quiso. Ahora que lo tenía, ¿no lo quería?

—Alberto ni siquiera se ha dado cuenta. Llevo un mes tirándome a otro y no ha notado nada. Creo que no le gusto, no se interesa por mí —se quejó.

—¿Lo estás culpando de que tú te tires a otro? —le recriminé.

—No del todo. Tía, reconoce que si no se ha dado cuenta, es que no le intereso mucho —dijo intentando convencerme de sus razones.

—Clara, él confía en ti. ¿Necesitas que te controle para saber que le importas?

—Eso no es confianza. ¡Pasa de mi culo! —gritó.

—¿Por qué no se lo dijiste antes de meterte en la cama con otro? —reclamé.

—No he venido a que me juzgues —gruñó.

—Sólo intento ayudarte. ¿Vas a dejar a tu amante o vas a seguir con los dos?

—Dicho así, suena muy mal... —dijo pensativa.

—No maquilles la realidad. Afronta el problema —dije. Me di cuenta de que yo recomendaba a los demás lo que yo no era capaz de llevar a cabo.

—Elijo a Alberto —dijo en voz alta, poniéndose en pie.

Me eché a llorar. Era una cobarde. No era capaz de dejarle las cosas claras a Cristian por miedo a perderlo.

Cambiamos los papeles. Ahora Clara me abrazaba y yo lloraba en su

hombro.

No necesité la opinión de Clara. Tenía la mía propia.

Iba a aclarar las cosas con Cristian. Seguramente estaba sufriendo más por lo que me imaginaba que iba a suceder, que por lo que realmente sucedería. Como temía echarme atrás, puse fecha para la conversación. Sería el viernes siguiente.

El lunes llegué al trabajo pensativa. Ni siquiera me acordé de la explicación que le debía a Matías. Trabajé a destajo para no darme ocasión de pensar. No debía seguir así durante mucho tiempo, mis jefes se preguntarían por que antes no producía tanto.

El martes estaba más tranquila. La noche anterior me había llamado Cris y habíamos hablado como dos tortolitos. No llegamos al punto de discutir quien colgaría primero pero si que me deseó dulces sueños y añadió, *los tendrás si sueñas conmigo*. Después de todo, quizás me convertiría en su novia el viernes. Me encontraba de mucho mejor humor. Hasta dejé de pensar en mí, sólo un ratito y me preocupé por Matías.

—Matías —dije mientras llamaba a la puerta de su despacho.

—¿Si? —preguntó desde el interior.

—Te debo una explicación —empecé a decir mientras abría la puerta.

—No es necesario. Corramos un tupido velo y aquí nada ha pasado — dijo sin mirarme a los ojos.

—Pero... —insistí, necesitaba aclarar las cosas.

—Adiós —y así me invitó a que me marchara.

Volví a mi mesa un tanto frustrada. Sólo quería salvar nuestra amistad, pero al parecer a Matías no le interesaba.

El miércoles, después de trabajar, invité a Clara a cenar. El domingo había estado tan pendiente de mí misma, que se me había olvidado preguntarle quien era su amante.

—Hola —dijo Clara cuando llegó a mi casa agitando una botella de

vino.

—¿Cómo estás corazón? —pregunté.

—Tirando —dijo en un tono poco convincente—. ¿Y tú?

—Tirando —la imité y echamos a reír.

Una vez hube servido la cena y puesto su serie favorita, le pregunté por su amante.

—Gorda, ¿tú quién crees? —me preguntó como si la respuesta fuera evidente.

—Yo que sé —dije encogiéndome de hombros—. Espera... no puede ser —dije presa de la emoción—. ¡Si dijiste que te estaba arruinando! —grité.

—Si no salimos de casa, no —dijo con chulería.

—Tía, que fuerte. No me lo puedo creer —dije incrédula.

—Pues créetelo. Tiene muy buen polvo —dijo muy animada.

—¿Tan mal lo hace Alberto? —Me atreví a preguntar.

—Cuando lo hagamos, te diré —dijo avergonzada, mientras bebía de un trago todo el contenido de su copa.

—¿Por qué no lo habéis hecho? —pregunté muerta de curiosidad.

—Porque le dije que necesitaba tiempo —dijo mirando al suelo—. Es que llevamos muy poco y no tenemos suficiente confianza —se excusó.

—Y con Manolo, sí —increpé.

—Después de pagarle todas las copas en la primera cita, me debía un polvo. Me lo tiré pensando en mí y mi disfrute. No pensé en lo que opinaría de mi cuerpo —dijo ruborizándose.

—Te cobraste en carnes —reprendí.

—No digas eso. Suena fatal —me riñó—. Con Alberto es diferente. Sí me importa su opinión acerca de mi culo, mis piernas... ¿Y si no le gusto en la cama? —dijo insegura.

—Clara, esas dudas las tenemos todas —dije en tono comprensivo—. ¿Acostarte con otro te las ha resuelto?

Clara lloraba a lágrima viva. No había sido mi intención, pero debía abrirle los ojos. Hay que decir la verdad aunque duela. Le tendí pañuelos, la abracé y vimos la serie.

El jueves empecé a ponerme nerviosa en previsión de la charla del viernes. ¿Cómo iba a empezar? ¿Por qué no daba él el primer paso? Me hubiese gustado estar en los tiempos en los que el caballero hablaba con tus padres y les pedía permiso para verte.

Me encontré con Matías en la cafetería, desayunando.

—¿Te importa que te acompañe? —pregunté riendo, una vez me hube sentado.

—No piensas dejarlo pasar, ¿no? —dijo secamente.

—Lo siento. Eres una gran persona y no quiero perder nuestra amistad — dije sujetándolo de la mano.

Sonrió tristemente.

—El domingo te invito a tomar café. Ya llevamos mucho sin quedar —le propuse.

—Lo pensaré —dijo mientras dejaba el dinero de nuestros desayunos sobre la mesa y se marchaba.

Por la noche no lograba conciliar el sueño. Lo normal habría sido que estuviera pensando en Cris, pero no, pensaba en Clara. Había sido muy dura juzgándola. Ella no había sido infiel por lujuria sino por inseguridad. Manolo era muy guapo y que él la deseara alimentaba su pobre ego anoréxico. Se había equivocado. ¿Pero qué culpa tenía ella de no quererse ni valorarse lo suficiente?

Llegó el viernes.

Estaba histérica, no había preparado mi discurso. ¿Y si lo dejo para la semana próxima? Pensé. Aunque una voz me recordó que no debía posponer durante más tiempo la situación.

Cristian desgraciadamente trabajaba esa noche. Tendría que hablar con él después de su turno. ¿Qué iba a hacer mientras tanto? Llamé a Juan. Llevaba tiempo sin verlo, era muy buena opción para pasar la noche.

—Juan, ¿qué haces esta noche? —pregunté.

—Chica, cuanto tiempo sin saber de ti —contestó al oír mi voz.

—Tienes razón. Hoy es buena ocasión para que nos pongamos al día — dije usando mi poder de convicción.

Me puse un pantalón vaquero, tacones y una camisa de encaje. Bajo la camisa llevaba un precioso sujetador que me había comprado para la ocasión. El encaje dejaba verlo sutilmente por lo que me sentí un poco incómoda. No era mi estilo, quería cambiarme, pero recordé lo que iba a pasar esa noche y decidí usar todas mis armas de seducción.

Quedé con Juan a las nueve y media. A las diez pasé a recogerlo.

—Petarda, estás espléndida —exclamó al verme.

—Tú sí que estás guapo, corazón —dije sinceramente. Llevaba un pantalón de pitillo que resaltaba su figura.

—Lo sé. ¿Y las niñas estas? —preguntó sonriente.

—Con sus parejas.

—¿Y la tuya? —preguntó desconfiado.

—Trabajando —expliqué—. He conocido a tu hombre perfecto.

—¿Es guapo? —preguntó rápidamente.

—Muy guapo —aseguré.

—¿Trabaja?

—Sí, camarero —Dije temiendo su respuesta.

—Hija, no sales del gremio. No me lo digas, amigo de Cris y han estudiado juntos.

—Sí —dije entusiasmada—. ¿Cómo lo sabes?

—Veo el futuro —dijo mordazmente—. Ya tienes la orla de Migui, ¿no?

—No, lo conocí mientras cenaba en el italiano. Trabaja allí —respondí.

—En ese restaurante no hacen entrevistas de trabajo, hacen casting —dijo risueño.

—Seguramente —contesté y también reí—. ¿Vamos al *Tapeo*?

—¿Por qué no al italiano? —dijo disimuladamente.

—Bueno, me tendré que comer una pizza. ¿Qué voy a hacer contigo? —pregunté mirando al cielo, como si eso me supusiera un esfuerzo.

Nos sentamos en una mesa junto a los baños prácticamente. No fue elección nuestra. No quedaba otra libre y Juan se negaba a ir a otro sitio. Por suerte esa zona era atendida por el futuro ex novio de Juan.

—¿Vino? —preguntó Juan.

—Últimamente bebo mucho, debería de dejarlo —dije vacilante.

—Una copita no mata a nadie —me animó—. Una botella de rosado, por favor —dijo al apuesto camarero.

—¿Una pizza para compartir? —Sugerí.

—No —exclamó como si yo estuviera loca—. Una ensalada.

—Muy bien, pero así no te los vas a ligar.

—¿Cómo qué no? —preguntó extrañado.

—Das la impresión de que vives preso de la talla 36 —observé.

—¿Y qué tiene de malo? —dijo ofendido.

—Si usaras la 38, no te pasaría nada malo.

—Pero yo no quiero engordar —dijo lloriqueando. Puso tal expresión que me entraron ganas de darle un chupete.

—Pues haz ejercicio. Pero permítete comer lo que te apetezca de vez en cuando —le aconsejé.

—Mejor una pizza para cada uno —dijo decidido.

Comimos una deliciosa pizza carbonara, de esas con la masa muy fina y mucha salsa. Juan no estaba acostumbrado a este tipo de comida, temí que tuviera un orgasmo culinario al probarla.

—¿Qué te parece? —pregunté señalando con la cabeza al camarero.

—¿Qué te voy a decir? Conoces muy bien mis gustos petarda —contestó

sonriente.

El guapísimo camarero trajo la cuenta y Juan le pidió un bolígrafo con timidez.

Lo miré perpleja. ¿Desde cuándo se dejaba intimidar por un hombre?

En una servilleta escribió:

No he podido evitar fijarme en ti.

Juan

Añadió su número de teléfono y dejó la nota bajo la propina.

Cuando el camarero vino a recoger la cuenta Juan le susurró algo al oído.

—¿Qué le has dicho? —pregunté nada más salir.

—Que la propina era sólo y exclusivamente para él. —contestó en tono insinuante mientras se mordía el labio inferior.

Este Juan ya me era más familiar, el que había visto dentro del restaurante no era más que una copia barata.

Nos encaminamos al centro a tomar una copa. Estaba un poco lejos, pero Juan se empeñó en que fuéramos caminando para quemar las pizzas.

Propuse ir al Arca. Se opuso en un principio, cambio de opinión en cuanto le dije que lo invitaría a todo. Lo que él no sabía es que yo nunca pagaba.

—¿Estás buscando trabajo? —pregunté mientras nos sentábamos.

—Está la cosa muy mala —contestó.

—Pero, ¿estás buscando? —pregunté con desconfianza.

—Algún día he ido con Carola a buscar...

—¿Con Carola? Para ella ningún trabajo merece la pena —critiqué.

—Hay que ser selectivo —dijo con altanería—. Además, después de buscar nos vamos a tomar unas cervezas —Dijo sonriente.

Después de tres copas y dos chupitos, me despedí de Juan y me quedé en la barra con Cristian.

Había llegado el momento.

—¿Qué tal la noche? —pregunté al sentarme.

—Mucha gente, perdona por no haberte prestado atención —contestó.

Yo tampoco le había prestado atención, no tenía por qué disculparse.

Me tomé mi cuarta copa mientras esperaba a que acabara su turno.

Cerrado el pub, me acompañó a casa y lo invité a tomar una copa. Abrí una botella de vino que me habían regalado en la cesta de Navidad de la empresa el año anterior.

—Disfruta del vino. Con lo que me ha costado... —mentí.

—Delicioso —dijo tras paladearlo lentamente—. Siéntate conmigo.

No me inmuté, estaba pensando como abarcar el tema.

—¿No quieres estar a mi ladito? —dijo en tono infantil.

Quizás debería posponer la charla, me dije. Me senté a su lado, brindamos. Yo brindé por nosotros y él por lo que según decía, iba a pasar entre nosotros. Se me pasó por la cabeza la proposición de noviazgo oficial, pero enseguida la descarté cuando vi su mirada lasciva.

Me rodeó la cintura con sus brazos y me sentó sobre él. Nos besamos apasionadamente. Me acarició los muslos hasta que llegó a mi trasero y me lo estrujó con fuerza. Dejé de besarlo unos segundos y reí tontamente. Me levanté de su regazo y me tumbé en el sofá. Con el dedo índice le indiqué que se acercara. Él me miraba embelesado, deseoso de tocarme. Se tumbó sobre mí y nos besamos. Esta postura duró muy poco ya que no podía respirar con su musculoso cuerpo encima de mí. Rodamos hasta el suelo y nos quedamos ahí, yo tumbada sobre él y él besándome con una delicadeza excepcional. Sus manos recorrían mi cuerpo lentamente hasta que noté que su *bulto* crecía. Me agarró fuertemente el trasero contra él y nos besamos lujuriosamente.

Mi cuerpo ardía en deseos de desnudarse, pero mi mente sólo pensaba en que debía aclarar las cosas.

Me quitó la camisa, pero mi mente ganó el siguiente asalto y mi boca

empezó a hablar.

—¿Piensas en nosotros en un futuro? —dije, nerviosa.

—¿Cómo? —preguntó desconcertado.

—¿O siempre estaremos así? —Noté como su bulto menguaba.

—Estamos muy bien, ¿no? —dijo con impaciencia.

—Pero yo quiero saber a dónde nos lleva esto —dije mientras me incorporaba y quedaba sentada a horcajadas sobre él.

—Eso no se sabe. Porque yo te diga que eres la mujer de mi vida, no significa que siempre estaremos juntos —dijo en tono cortante.

—Lo sé, muchas cosas pueden cambiar. Pero me gusta saber a qué atenerme.

Me miró y supe que él no tenía intención de formalizar la relación.

—Lo siento —dije llorando—. No puedo seguir así.

—Yo también lo siento. Pero no estoy preparado para una relación seria.

—¿Por qué? —dije mirándolo fijamente a los ojos.

—Hay gente que está hecha para el matrimonio y otra que como yo, no lo está.

—¿Quién ha hablado de matrimonio? ¿Cuál es el problema? ¿No te gusta? ¿O es que no quieres besar a una única persona el resto de tu vida? —grité cada vez más dolida.

—No es nada de eso y me da igual besar a la misma el resto de mi vida —dijo enfadado.

Quería seguir hablando del tema, tenía dudas que aclarar, pero mi amor propio me aconsejó que no me arrastrara más. Como él no mostró interés alguno en seguir hablando, me levanté y me puse mi blusa. Mientras me la abrochaba de espaldas a él, se levantó y se fue. Ni siquiera se despidió.

Eran las cinco de la madrugada. Lo lógico hubiese sido acostarse, pero no, cogí la botella de whisky y me bebí un trago. No quería pensar, sólo bebía y lloraba.

Cuando se me acabó el whisky no me quedó más remedio que irme a dormir.

El sábado me levanté a medio día. Me preparé un delicioso arroz precocinado y me eché en el sofá. Me dolía la cabeza y el estómago, maldita resaca. Debería dejar de beber, recordé.

Diez minutos más tarde sonó el teléfono.

—¿Te apetece un café? —me preguntó Matías.

—No estoy de humor —dije bruscamente. Ni siquiera tenía ganas de ser educada.

—¿Qué te pasa señorita Adriana? —preguntó aparentemente preocupado.

—Lo he dejado definitivamente con Cristian.

—No hay más que decir, a las cinco te recojo y tomamos un café —dijo, en mi opinión muy contento.

Puntual como siempre, Matías vino a recogerme. Me llevó a tomar café a un hotel de cinco estrellas. No estaba acostumbrada a este tipo de sitios, me impresionó.

Y yo con estas pintas, pensé. No había tenido ganas siquiera de arreglarme. Llevaba puesta la misma ropa del día anterior, pero arrugada.

—¿Cómo estás? —preguntó preocupado.

—Bien —dije aguantando las ganas de llorar.

—¿Fue ayer?

—Sí —dije con los ojos empañados en lágrimas.

—Si no quieres, no hablamos del tema —dijo en tono comprensivo.

—Es que yo le di un ultimátum. Esperaba que me dijera que me quería o algo así. En lugar de eso, me dijo que no quería una relación seria —dije furiosa.

Matías me abrazó, supongo que no se le ocurrió nada mejor para consolarme.

Después del café me llevó de tiendas. *Eso siempre anima a una mujer*

me había dicho.

Entramos en mi tienda favorita. Siempre suelo comprar algo, aunque sea un pañuelo. Ese día no me apetecía comprar nada. Lo ojeé todo pero realmente no presté atención a lo que veía. Matías me seguía por toda la tienda y me animaba a que me probara alguna prenda. Tras varias declinaciones accedí a probarme un vestido.

Mientras me lo probaba, como por inspiración divina, me di cuenta de que la vida seguía y que aunque me doliera, era algo inevitable y sólo lo estaba alargando.

Salí del probador con un precioso vestido azul petróleo y la mejor de mis sonrisas.

—Estás espectacular —exclamó Matías al verme.

—Gracias —contesté e hice una reverencia.

Volví al probador a ponerme mi ropa.

—Adri, ¿qué hay en el probador que has salido tan contenta? —dijo en un susurro a través de las cortinas del probador.

—¡No abras! —grité—. Sólo yo y mi imagen —rei.

—Yo también quiero estar contento.

Hice una de las cosas que mejor se me daba: hacerme la sorda.

¡Maldito Cristian! Pensé. Si fueras mi novio nada de esto estaría pasando. La inspiración divina se marchó por culpa de Matías.

Me llevó a casa porque le dije que no me encontraba bien.

Craso error: decirle eso a un médico es como decirle a tu peluquera que no vas a verla por los pelos que tienes. Me acompañó hasta el sofá. Sí, entró a mi casa como si me fuera a desmayar. Y eso que yo había fingido que la comida no me había sentado bien. ¿Estaba siendo atento y hospitalario o se estaba aprovechando para acercarse a mí?

Lo miré con desconfianza.

—¿Qué es lo último que has comido? —preguntó en modo médico.

—Ajoblanco —mentí.

—Ajam. El ajo se repite mucho. Miraré a ver que tienes —se puso de pie dispuesto a buscar.

—En el mueble de al lado de la nevera —le indiqué.

—Tómate esto, te aliviará —dijo tendiéndome una pastilla—. ¿Ajoblanco? Pensaba que nunca cocinabas —dijo en modo

amigo/prendiente.

—Y está claro que no lo volveré a hacer —reí para disimular.

—Será mejor que me marche —dijo sin levantarse de mi sofá.

—Sí... Te invitaría a tomar algo pero ya sabes... me encuentro fatal —
dije con voz lastimera.

—No te preocupes —dijo besándome levemente en la frente—.
Mejorate.

—Lo intentaré.

Una vez se hubo marchado, me serví un vino, me encendí un cigarro y vi
la película más triste que encontré.

El silencio de la noche se vio interrumpido por una canción. Era mi móvil.
¿Quién demonios llamaba a estas horas? Pensé, enojada.

—Diga —dije en tono somnoliento.

—Adriana —dijo Clara llorando.

—¿Te ha pasado algo? —pregunté alarmada.

—Sí.

—¿El qué? —pregunté impaciente.

—Alberto me ha dejado —dijo y siguió llorando.

—¿Quieres venirte a dormir? —La invité.

—Voy para allá.

Veinte minutos después abrí la puerta y apareció una imitación barata de Clara: zapato plano, maquillaje corrido debido a las lágrimas y sin escote.

La imitación se abalanzó sobre mí a abrazarme y lloró sobre mi hombro. Preparé té, pues temía que se deshidratara y nos acomodamos en el sofá.

—Yo lo quiero —se lamentó.

—¿Qué ha pasado? —pregunté temiéndome lo peor.

—Se lo he confesado —dijo angustiada.

—¿Todo? —pregunté intentando confirmar mis sospechas.

—Todo —confirmó.

—Pero... ¿todo, todo? —volví a preguntar, no podía creerlo.

—Todo, todo —repitió.

Estaba exhausta. Esperaba que hiciera lo correcto, pero no creo que fuera necesario contarle todo.

—Ni me ha mirado a la cara —dijo dolida—. Cuando le he dicho que he dejado a Manolo por él, me ha dicho hecho una furia: *¿Qué quieres que te aplauda?* —dijo imitando a Alberto.

—Ponte en su lugar. Está sufriendo.

—Yo también —dijo ofendida—. Me ha echado de su casa —dijo, volviendo a llorar.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Qué te preparara tu plato favorito? —dije sarcásticamente.

—No tenía que habérselo contado —dijo entre sollozos—. ¿Soy una puta? —preguntó preocupada.

—Has hecho lo correcto —la consolé—. No eres una puta. Has cometido un error y lo has reconocido. Si hay algo más importante que la fidelidad en la pareja, es la sinceridad.

—Y por su culpa me he quedado sin novio y sin amante —se lamentó.

—A ver, no toda la culpa es de la sinceridad —dije, intentando que entrara en razón—. Un poco de culpa es de tu entrepierna —dije en tono burlón.

Clara cogió un cojín del sofá y me golpeó con él en la cara. Yo agarré otro, he hice lo mismo. Entramos en guerra de cojines.

—Ha sido estupendo gorda —dijo Clara jadeando—. Mañana te vuelvo a declarar la guerra —Dijo entre risas.

—Mañana te ganaré —dije en fingido tono amenazador.

Permanecimos sentadas en el sofá hasta que nos acabamos el té. Mientras nos dirigíamos al dormitorio, de nuevo empezó a llorar.

—Que desgraciada soy —creo que dijo, mientras lloraba no se la entendía.

—Consuélate. Cristian no quiere una relación seria —dije compartiendo mi dolor.

Nos abrazamos y nos fuimos a dormir. Dormimos juntas, pues sólo tenía una cama. Claro que a ella no le pedí que cumpliera mi norma.

A la mañana siguiente nos despertamos y salimos a desayunar. Un chocolate con churros ayuda a sobrellevar cualquier problema.

—¿Crees que encontraré al amor de mi vida? —preguntó mientras se metía un churro en la boca.

—A lo mejor lo has encontrado ya, sólo que tú no eres el amor de su vida —dije entre risas—. Sólo era una broma —me apresuré a decir, pero Clara ya estaba llorando.

Clara no levantaba cabeza, se instaló en mi casa durante unos días, no quería que sus padres la vieran así. Me esforcé por animarla y ayudarla a superarlo. Durante los días que estuvo en casa no me preocupé por mí. Sólo pensaba en ella.

Cuando se encontró mejor, volvió a su casa. Yo no me encontraba bien, prefería que se quedara, pero fui incapaz de decírselo. No me gustaba que los demás me compadecieran. La echaba mucho de menos; encontrar a alguien cuando vuelves a casa tras un mal día de trabajo y que te pregunte como ha ido, compensa con creces el hecho de encontrar algún pelo en la ducha.

Las semanas siguientes se me hicieron eternas. Estaba realmente deprimida. Aunque suene muy cursi decirlo, desde que Cristian no estaba conmigo mi vida no era lo mismo. Me faltaba ilusión, ganas de vivir. Quizás sea muy melodramática pero así lo sentía. Por primera vez prefería estar acompañada por desconocidos en la clínica, a estar sola en casa.

No podía dormir. Por suerte Matías me recetó unos relajantes. Claro que él pensaba que eran para mi abuela, pero el caso es que los conseguí. Cuando salía de trabajar iba al gimnasio, increíble pero cierto. No me gustaba demasiado, pero al menos ocupaba mi tiempo.

Dejé de verme con Matías fuera del trabajo. Después del comentario del probador, no estaba tan segura de que él comprendiese mi estado emocional. Dejé de cenar. Había perdido el apetito. Quería perder las ganas de fumar, pero siempre las encontraba. Los fines de semana no salía. Prefería no enfrentarme a las preguntas de mis amigos. Me pasaba las noches tumbada en el sofá viendo la televisión.

Esta situación se alargó durante tres largos meses.

Con motivo de la cena de Navidad de la empresa, tuve que olvidarme de mi dolor y hacer el esfuerzo de acudir a una cena de lujo. Me puse mi vestido azul petróleo, hacía meses que lo había comprado y todavía estaba sin estrenar. Para acompañarlo me compré unos carísimos tacones púrpura. Ya que sufría tanto, que menos que un auto regalo.

Fuimos a cenar a un elegantísimo restaurante. No me impresionaba porque íbamos allí cada año. Aunque recuerdo que el primer año sí me llamó mucho la atención, sobre todo por el elegantísimo salón con chimenea.

Después de la cena fuimos a tomar una copa. Los pub del centro estaban llenísimos de gente que venía de otras cenas de empresa. Me encontré a Clara que también estaba de cena.

—Adriana, Adriana —gritaba. Era evidente que había bebido mucho.

—Hola corazón —saludé.

—Estamos aquí —dijo señalando el pub *el Castillo*—. Vente cuando acabes, nosotros estaremos hasta el amanecer—dijo señalando a sus compañeros de trabajo que asintieron muy animados.

—Vale.

Volví con mis compañeros que se dirigían al Arca. No quería entrar, pero no podía explicárselo a todos.

Pasé tras mi grupo y evité mirar a la barra. Cuando por fin lo hice, descubrí que Cristian no estaba. Me relajé, pues estaba en tensión y disfruté de la charla.

Mis compañeros eran en su mayoría casados o divorciados con hijos. Tras la primera copa, todos anunciaron que se marchaban. Dijeron algo de la niñera, la abuela o que ya llevaban mucho tiempo solos. Los únicos que no nos queríamos ir éramos Matías y yo.

Como no estaba dispuesta a quedarme a solas con él, fui muy espabilada y antes de que todos terminaran de despedirse, me marché.

Fui a buscar a Clara. Me abrí paso en el pub a base de codazos. Cuando al fin la encontré, me presentó a sus compañeros de trabajo. Fueron muy simpáticos y me ofrecieron invitarme a todo lo que quisiera ya que lo pagaba su empresa.

Bailamos hasta las tantas de la madrugada. Clara y yo estábamos muy borrachas. Si sonaba una canción que conocíamos, la cantábamos y bailábamos como si nos hubiésemos escapado del videoclip. Aparentemente, no quedaba rastro del sufrimiento anterior.

—Otra ronda de chupitos para los más guapos del bar —gritaba uno de sus compañeros al camarero.

—¿Y los feos no bebemos? —reclamó otro compañero al primero.

Clara y yo no parábamos de reír.

—Propongo un juego —anunció Clara, al parecer debía de ser muy popular en su trabajo, todos se quedaron en silencio y le prestaron atención.

—Yo nunca me he escaqueado del trabajo —dijo uno de sus compañeros que se adelantó a la explicación de Clara y acto seguido todos bebieron.

—Yo nunca le he echado la culpa de un error mío a un compañero —dijo el portavoz de los feos. Todos bebimos.

—Yo nunca he robado folios —dijo Clara y nadie bebió. Di por hecho que sí lo habían hecho, pero era algo tan miserable que ninguno reconoceríamos.

—Yo nunca he coqueteado con un compañero —dije. Todos los hombres

y yo, bebimos.

Clara me miró asombrada. Estaba demasiado borracha para disimular así que gritó: *Gorda que fuerte, no me lo habías contado.*

Fui a la barra a pedir otra copa gratis, ¿y quién estaba en la barra apoyado? Sí, el inoportuno de Cristian.

No tuve más remedio que saludarlo porque estaba justo a mi lado. Estaba con su grupo de amigos a los que saludé con un gesto con la cabeza.

—Hola —dije a desgana.

—Hola, estás guapísima —dijo mirándome de arriba abajo.

—Lo sé —dije con soberbia y me di la vuelta para pedir mi copa.

—Tengo algo que decirte... —dijo en un susurro.

—Tú dirás —dije con impaciencia.

—Tu amiga... la que va siempre en zapatillas de deporte. Es que no sé cómo se llama...

—Elena —contesté desconcertada. ¿Qué tenía que ver Elena?

—Sí, ésa. Ha venido, me ha saludado y ha intentado invitarme a una cerveza.

—Y tú, ¿qué has hecho? —pregunté en tono acusador.

—He seguido con mis amigos.

Pero que guarra es, pensé muy enfadada. Me giré hacia la barra, no podía permitir que Cris me viera celosa.

Un minuto más tarde seguía en la misma posición, el camarero no me hacía ni caso.

—¿Te ha dicho algo más? —No pude resistirme a preguntar.

—Pues verás —empezó a decir algo incómodo—. Me ha preguntado si podíamos quedar algún día.

Me quedé literalmente con la boca abierta. El camarero por fin me hizo caso y me trajo mi whisky. Me lo tomé de un trago.

No quería el tipo de relación que él quería, pero tampoco estaba dispuesta a que Elena se saliese con la suya.

Apoyé mis brazos sobre su cuello y lo besé. Cuando nos separamos, él me miró sorprendido. Yo seguía abrazada a él, mirándolo a los ojos. Él me apartó con delicadeza el pelo de la cara y sujetándome de la barbilla, me besó.

—No vuelvas a dejarme. —me susurró al oído.

Sus palabras no hicieron más que enfadarme. ¿Cómo podía ser tan contradictorio? A veces tenía la impresión de que le importaba de verdad, otras sin embargo me demostraba lo contrario.

Me despedí de Clara y sus compañeros y me marché a casa. Estaba demasiado enfadada y borracha como para andar suelta por la calle. Era

peligrosa.

¿De qué va esta chica? Estaba furiosa. Cristian era mío, era intocable. ¿Cómo se atrevía? Hasta se me pasó por la cabeza orinarme encima de él para marcar mi territorio.

No dormí bien; constantemente me desvelaba por culpa de una imagen de Elena con Cristian que aparecía en mis sueños. Vale, pesadillas.

Al día siguiente salí a correr. Necesitaba despejarme. Aunque más que correr, anduve.

De vuelta a casa me crucé con Juan y sí, con la maldita Elena.

—Hola —me saludó Juan sonriente.

—Hola corazón —contesté a Juan y le dediqué a Elena una mirada desafiante.

—¿A dónde vas? —preguntó Juan.

—A casa. He quedado con Cris y me tengo que arreglar —mentí.

Elena me miró sorprendida.

—¿Estás con Cris? —preguntó Juan.

—Sí, desde anoche. Vino a hablar conmigo. Estaba asustado —dije fingiendo no saber por qué—. Me dijo que había mucha zorra suelta. Pero yo lo tranquilicé. Le dije que yo con las zorras me hago un abrigo —dije con soberbia.

—Entonces, ¿todo arreglado?

—Claro. Me marchó, que no quiero hacerle esperar —dije y me fui corriendo.

Llegué a casa y lloré a moco tendido. ¡Qué difícil era todo! Tenía que dar mi brazo a torcer por culpa de Elena. ¿Qué alternativa me quedaba?

Llamé a Cristian y lo invité a cenar a casa. Llegó a mi casa diez minutos después. Parecía que hubiese estado esperando mi invitación.

—Hola peque —dijo sonriente al verme.

—Hola.

—Me ha sorprendido mucho tu llamada. No esperaba... —empezó a decir mientras entraba.

Como no se callaba, tuve que besarlo.

Preparamos la cena y pusimos una película. La preparación consistió en sacar el envase del congelador y meterlo en el microondas. Nada que ver con

las cenas en casa de Matías.

—¿Tú sabes cocinar? —pregunté.

—Lo básico para sobrevivir —dijo sonriente. Si algún día viviéramos juntos, que poco utilizaríamos la cocina, pensé.

Descorchamos la botella de vino que había traído y nos acomodamos en el sofá.

Cristian estaba más guapo que de costumbre, llevaba tanto tiempo sin que estuviera en mi sofá, que deseé momificarlo para que siempre estuviera allí. Estábamos sentados muy juntos, agarrados de la mano. De vez en cuando notaba que él me miraba y al devolverle la mirada, sonreíamos como quinceañeros.

Durante unas horas olvidé mi frustración y disfruté de su compañía.

Mi teléfono echó humo los días siguientes: *¿Cómo se te ha ocurrido volver con él?* Me recriminaba Carola. *Eres adicta a él. Busca ayuda profesional,* me aconsejaba Clara. *Caliéntalo a muerte y lo dejas con las ganas,* me recomendaba Juan. *Esos no tienen futuro,* me dijo Juan que le había dicho Elena.

La relación siguió donde la dejamos. No hubo cambios: Venía a casa los domingos, durante la semana nos mandábamos algunos mensajes y los fines de semana iba a verlo a su trabajo. Era como si nada hubiese pasado. Incluso sus amigos me trataban como si nada.

Matías me preguntaba constantemente como me encontraba, se preocupaba por mí. No podía decirle que había vuelto con Cristian. No por Matías, sino porque... ¿en qué lugar me dejaría a mí? Había accedido a un tipo de relación que no quería con tal de no perderlo. No decía mucho a mi favor.

Evité a Matías durante toda la semana, prefería ahorrarme las mentiras.

El viernes por la noche fui a ver a Cristian a su trabajo. Sentados alrededor de la barra estaban sus amigos. Tras besarme y servirme una copa, siguió trabajando.

—Adri, ¿qué te vas a poner para la boda? —me preguntó Rocío.

—¿Quién se casa? —pregunté.

—Nosotros —contestó Rocío y me miró como si hubiera hecho una pregunta absurda.

—Enhorabuena —la felicité—. Lo siento pero no sabía nada.

—Cristian se habrá olvidado de contártelo —dijo excusándolo.

—Un poco raro, ¿no te parece? Teniendo en cuenta que es el testigo —dijo otra de sus amigas.

Cristian estaba escuchando la conversación y no me pidió ser su acompañante en la boda ni se preocupó por el bochorno que estaba pasando.

¿Esto es lo que me esperaba?

No me supo a nada mi whisky. Pedí otro y me lo bebí de un trago.

—Salgo a fumar —anuncié.

—¿No lo habías dejado? —preguntó Cristian molesto.

Le lancé una mirada asesina y salí. Cuando acabé de fumar, no quería entrar. Así que me elegía como compañera de alcoba pero no de boda. ¿Este sería mi futuro? ¿Mi vida amorosa se reduciría a un amigo especial? Tenía un amigo y un amante, pero no un compañero. Esa noche me iría a casa sola. Dormiría sola. Mañana comería sola y así el resto de mi vida. ¿Esto era lo que él me ofrecía?

Pensé en marcharme, pero por alguna estúpida razón no fui capaz de hacerlo. Entré y ocupé mi asiento. Intenté seguir la conversación pero mi enfado me lo impidió.

—Me marcho —anuncié.

—Quédate un poco más —dijo Cristian agarrándome de la mano.

—Esta semana ha sido dura. Quiero descansar. —contesté soltándome.

—Sólo un poquito —dijo en tono suplicante.

—Adiós.

Me besó levemente y salí del pub.

Lo peor era que no podía quejarme. Yo sabía la relación que él quería y al volver con él se sobreentiende que la acepto.

Que gran dilema... ¿Me conformaba con el sucedáneo de novio que tenía? O... ¿no me conformaba, aunque eso implicara perderlo?

Quería ser objetiva, pero en cuestiones del corazón la razón no tiene cabida.

Había tomado la decisión definitiva: rompería con Cristian. Estaba enamorada, no desesperada. ¿Por qué conformarme con las migajas que me daba? Estos pensamientos me animaban a dejarlo.

¿Y si con el tiempo cambiaba? Estaba locamente enamorada. Estos pensamientos me animaban a seguir con él.

¿Por qué yo daba mi brazo a torcer y él no estaba dispuesto? Estaba dispuesta a seguir con él a pesar de no querer nada serio y él, sin embargo, no estaba dispuesto a ser mi novio con tal de no perderme.

El martes después de ir al gimnasio, invité a Carola a cenar. Era mi única amiga con una relación de verdad.

—¿Y Migui? —pregunté al abrir la puerta.

—Se ha quedado en casa.

—¿Os ha pasado algo? —pregunté, asustada.

—No —gritó Carola—. Hoy necesitas una amiga, no a una amiga con su novio —explicó sonriente.

—¿No le habrá molestado? —pregunté preocupada.

—No. Tía, todos necesitamos nuestro espacio. ¿Qué malo tiene que venga a visitar a una amiga sin mi pareja? —dijo mientras se sentaba.

—Nada... —contesté. Carola estaba en lo cierto, quizás por esa razón les iba tan bien.

—Bueno, ¿qué te ha hecho ahora el elemento ese? —dijo despectivamente.

—No lo llames así...

—¿Lo defiendes? La culpa de todo tu sufrimiento es tanto suya como tuya —gruñó, señalándome con el dedo.

—¿Yo que culpa tengo? —pregunté desconcertada.

—Tú sabes lo que él quiere y sigues con él. Eres su cómplice —me acusó.

—Es que estoy enamorada...

—Y estás enganchada al tabaco. No por eso es sano —replicó.

—Tú también estás enganchada —le recriminé.

—Estamos hablando de ti.

—Además yo no estoy sufriendo —mentí.

—Que no nos lo digas, no significa que no lo sepamos. No sales, vas a trabajar con cualquier trapo, no paras de comprarte cosas, ¡incluso vas al gimnasio!

Vaya, y yo que creía que no mostraba mis sentimientos.

—Si lo sabíais, ¿cómo es que no me preguntáis? —pregunté a la ofensiva.

—Clara y Juan querían hacerlo pero yo les aconsejé que no lo hicieran. No porque no nos importe, sino porque tú cuentas lo que quieres cuando quieres y sé que te molesta que te pregunten.

Me quedé en silencio, Carola tenía razón.

Pedimos una pizza y le pedí a Carola que cambiásemos de tema.

—¿Qué tal la búsqueda de trabajo? —Me interesé.

—Pues hice una entrevista para una tienda —explicó—, pero había que trabajar hasta los sábados por la tarde —dijo indignada.

—¿No lo has aceptado?

—No —gruñó.

—¿Qué opina Migui? —pregunté con curiosidad.

—No se lo he dicho, sino se enfadaría —dijo riendo.

Después de la cena, Carola volvió a su casa.

—Intenta descansar —me aconsejó durante la despedida

—Lo intentaré.

—Por cierto, lo de la entrevista queda entre tú y yo —dijo desconfiada.

—No te preocupes, no le diré nada a nadie —le aseguré.

—¿Lo prometes? —Insistió.

—Te lo prometo.

—Pero ni a Clara ni a Juan —volvió a insistir. Al parecer, en la palabra *nadie* no iban incluidos Clara y Juan.

—Vete ya, pesada —dije entre risas—. No se lo contaré a nadie, ni a Clara ni a Juan —dije comprensiva, al ver que realmente la posibilidad de que Migui se enterara le causaba angustia.

Se quedó en el vano de la puerta, inmóvil, estudiando mi cara. Cuando se convenció de que yo no diría nada, dio media vuelta y se fue.

Me tumbé en la cama, sabía que no iba a dormir. Me preparé

mentalmente para una noche en vela.

—¿Sí? —dije al descolgar el teléfono.

—Adriana, ¿hoy no trabajas? —preguntó Matías extrañado.

—Claro que sí.

—Pues ya llegas media hora tarde —me anunció.

—Mierda —grité y colgué.

Me lavé la cara, me puse lo primero que encontré y salí de casa. Miré la alarma de mi móvil y no estaba puesta. El descontrol de mi vida personal se estaba extendiendo a la laboral. No podía seguir así, tenía que recuperar las riendas de mi vida.

El viernes quedé con Cristian.

Me miré en el espejo y me dije *tú puedes*. Salí de casa dispuesta a acabar con esta situación. Mi felicidad era más importante que Elena. Ya no me importaba lo que pasase entre ellos.

Me subí en su coche que estaba parado frente a mi casa.

—Hola —me saludó y se acercó a besarme.

No fue ensayado, lo juro, pero le hice la *cobra*. Fue un acto reflejo, no estaba dispuesta a regalarle más mis besos. No le di tiempo a que arrancara el coche, empecé a hablar.

—He tomado la decisión de que lo dejemos. Y tú te preguntarás: ¿qué vamos a dejar sino tenemos nada? Pues por eso mismo —dije y sonreí tristemente.

Cristian me miraba ojiplático, estaba asimilando mis palabras.

—¿Por qué le das tanta importancia al compromiso? —dijo al fin.

—Adiós Cristian —me bajé de su coche y caminé a casa.

Mientras abría la puerta de casa lo miré por el rabillo del ojo. Seguía sentado en su coche, en la misma postura en que lo había dejado. Sino lo conociera habría pensado que estaba afectado, en estado de shock. Pero lo conocía y sabía que no le importaba.

Subí a casa y para mi sorpresa no lloré. Quizás ya había llorado lo suficiente estos meses atrás. Me sentía ligera como una pluma.

Ya que estaba arreglada y muy guapa a decir verdad, llamé a mis amigos.

—¿Os apetece una salida de chicas?

Epílogo

Cinco meses después...

Tras el almuerzo, Guille me acompañó de vuelta al trabajo.

—Búscame una novia decente —dijo suplicante.

—No tengo ninguna disponible en estos momentos —contesté riendo.

—Bueno, seguiré buscando por mi cuenta... —dijo en tono lastimero.

—Pobre —lo compadecí—, seguro que lo pasas fatal conociendo a nuevas mujeres cada fin de semana —dije irónicamente.

—No lo sabes tú bien —añadió—. Sobre todo cuando se empeñan en acompañarme a dormir.

—Seguro que hasta te piden que les quites la ropa —dije en tono burlón.

Guille asintió con entusiasmo, se notaba lo que le desagradaba su soltería.

—No seas descarado —le dije a Guille al oído—. Ese que viene por ahí, el de la camisa verde, es Cristian.

Guille hizo caso omiso de mi petición y se volvió bruscamente para mirarlo. No es que sea descarado, es la reacción habitual cuando alguien te pide que seas discreto.

—Lo esperaba... más alto —dijo frotándose la barbilla.

Miré a Guille algo sorprendida. ¿Eso era todo lo que pensaba decir? Esperaba un *menudo capullo* o que alabara mi belleza en comparación con la suya. Pero no, una vez más comprobé la simpleza del sexo masculino.

—Tengo que entrar ya. Nos vemos pronto —me despedí.

—Te recuerdo que la última vez dijiste lo mismo y han pasado seis meses —me recordó.

—Lo siento. Te prometo que nos veremos más a menudo —dije con medio cuerpo dentro de la clínica.

—Eso espero —me lanzó un beso y se marchó.

No había saludado a Cristian, hice como si no lo hubiera visto. Habría

funcionado si no fuera por Guille.

Se me hacía rara la situación. Me entristecía sólo de pensar que alguien que había significado tanto en mi vida, ya no iba a formar parte de ella.

Los primeros días post—ruptura, disfrute de una alegría inmensa. Sentía que me había quitado una gran carga de encima. Hice cosas para las que nunca había tenido tiempo: fui al cine, disfrute de mis amigos y hasta probé a estar un día sin fumar. Me sentía llena de vida.

Nada me atormentaba, mi mayor problema era qué iba a comer o qué me iba a poner. Respiraba tranquila por primera vez desde hacía mucho tiempo. Mi humor mejoró e incluso fui capaz de estar en la misma habitación que Elena sin ni siquiera prestarle atención o insultarla.

Con las semanas el estado de euforia se disipó. Si al principio quería ver a Cristian para que viera lo feliz que estaba sin él, ahora me ocurría todo lo contrario. No sabía cómo iba a reaccionar al verlo. Me asustaba no tener el control de la situación.

Lo echaba mucho de menos: cuando cocinaba algo en el microondas, cuando fumaba y nadie me regañaba, cuando hablaba con algún hombre y nadie se ponía celoso...

Ya no me divertía tener tanto tiempo libre y vacío, me aburrí de ver películas y de hacer todo aquello para lo que nunca había tenido tiempo.

Al estar separados tanto tiempo me di cuenta de que no estaba enamorada, lo amaba. Era consciente de que no era para mí, mas no podía hacer nada para que eso cambiara.

Hasta dejé de pensar que nuestra relación había sido una pérdida de tiempo; el tiempo que estuvimos juntos fui feliz y quise estar con él. Eso era lo que realmente me importaba.

No me hacía a la idea de que no era para mí, me era imposible imaginarme con otro. Mis ojos no veían más allá de estar con él. No tuve otra opción, me resigné y seguí con mi vida cotidiana.

Cuando salía de fiesta rezaba para no encontrármelo. Dios estuvo de mi parte, no me lo encontré ni una sola vez. Desde aquel día tengo serias dudas sobre mis creencias. Sobretudo temía verlo con otra, sentía que algo dentro de mí se rompía sólo de pensarlo.

Cris no era como un ex cualquiera al que quieras darle celos, era mucho más que eso. No quería que me viese con algún chico no fuera a ser que pensase que tenía novio. No quería mostrarme interesada en él, ni darle la

impresión de que pasaba de él.

La mejor opción, sin lugar a dudas, era quedarme en casa hasta la vejez. Un buen día unos vecinos llamarían a la policía quejándose de un extraño olor. Y sí, me encontrarían en casa en avanzado estado de descomposición.

Volviendo a la cordura...

No podía hacer nada. Sólo podía esperar a que pasara el tiempo y se llevara consigo mis recuerdos. El problema era que mi mente era muy selectiva, nunca me mostraba los momentos en los que no contaba conmigo y no era más que un cero a la izquierda, no.

La muy graciosa solo proyectaba los buenos momentos juntos: las sonrisas, los besos, las caricias...

Aún con todo el dolor, esos recuerdos siempre me sacaban una sonrisa.

Tuve que aprender a dejar a un lado mis sentimientos. Él no iba a cambiar y mi amor propio me impedía volver a tener ese tipo de relación tóxica. Debía sacarlo completamente de mi vida, lo que implicaba no mantener ningún tipo de relación con él. Aunque me doliera, no volvería a hablarle.

—Buenas tardes Matías —saludé mientras me sentaba en mi silla.

—Hola, ¿qué tal el almuerzo? —preguntó.

—Entretenido. Ya sabes, poniéndonos al día —expliqué.

—Yo no he comido... —dijo enfurruñado.

—¿Y eso? —Me preocupé.

—Lucia se ha empeñado en ir a ver Iglesias —dijo poniendo los ojos en blanco.

Matías se había prometido con Lucia, su amiga desde la infancia.

Una noche mientras se lamentaban por no haber encontrado su pareja ideal, se miraron a los ojos y se percataron de que hacía tiempo que ya la habían encontrado.

Conocían sus virtudes y defectos, sus fracasos amorosos y, a pesar de todo, se querían. Tan pronto como empezaron a salir, Lucía se instaló en el piso de Matías. Este se declaró una semana después, bueno, en realidad no llegó a hacerlo. Mientras se preparaba para formular la pregunta, Lucía encontró el anillo y gritó *sí, quiero*.

—Ajam. ¿Habéis elegido ya alguna? —pregunté.

—Sí, pero tenemos que confirmar la fecha.

—Me alegro un montón. Ahora sólo falta el restaurante, los trajes, las invitaciones, los regalitos, la luna de miel, los testigos... —dije en tono burlón.

—No sigas —dijo agobiado.
—Lo siento —dije entre risas.
—Mi testigo ya lo he elegido, sólo falta que acepte —dijo sonriente.
—¿Por qué no iba a hacerlo? —pregunté extrañada.
—¿Me harías el honor de ser mi testigo? —Me propuso solemnemente.
—No sé... —dije fingiendo indecisión. Matías me miraba decepcionado
—. ¡Pues claro que acepto! —exclamé emocionada.

Matías me abrazó, emocionado. La llegada de un paciente rompió la encantadora situación. Matías volvió a su despacho.

—Buenas tardes—dije sin mirar al paciente a la cara.
—Adriana —dijo una voz masculina.
—Me giré algo nerviosa ya que me sonaba la voz. Era Cristian.
—Cristian... —dije mientras lo asimilaba.
—Necesito hablar contigo —dijo seriamente.
—No tengo nada de qué hablar contigo—dije con todo el dolor de mi corazón.

—Adriana, no sabes cuánto lo siento. Nunca debí permitir que me dejaras. Te echo mucho de menos —dijo en apariencia, desesperado.

—Ya... —y precisamente se había dado cuenta hoy, que me había visto con Guille.

—Perdóname. Dame otra oportunidad —dijo suplicando.
—¿Otra? —pregunté malhumorada.
—Sí, por favor. Eres la mujer de mi vida.
—Pero si tú no quieres una relación seria, ni estás hecho para el matrimonio —le recordé.

—Nunca he tenido una relación seria. ¿Cómo sé que no la quiero o que no estoy hecho para el matrimonio? —dijo mostrando su cambio de actitud.

—Sólo he repetido tus palabras —dije a desgana.
—Lo sé y me he equivocado —dijo con sinceridad—. No quería una relación estable por miedo a que fracasara. Pero contigo soy feliz. ¿Qué más da lo que el futuro nos depare? Vivamos el presente —dijo a modo de discurso.

—Y hoy precisamente te has dado cuenta —dije con sarcasmo.
—No —gritó—. Llevo meses intentando llamarte, pero siempre me echaba atrás. Sé que me vas a rechazar.
—Si lo sabes, ¿para qué vienes? —dije con soberbia.

—No tengo nada que perder —dijo apenado—. Quería que fueras feliz y encontraras a alguien que te diera lo que buscabas —explicó—, pero hoy te he visto con ese alguien y me he preguntado por qué no podía ser yo.

—Ya... —dije sin mucho entusiasmo.

—¡Me comían los celos cuando te he visto con el tío ese! —dijo indignado.

—No te refieras a él de esa manera —le reñí. Cuando me enfado con mis amigos hablo de ellos de manera despectiva, pero lo que no iba a permitir que alguien ajeno lo hiciera.

—Lo siento, no quería ofenderte —dijo con un tono no muy convincente—. ¡Es muy bajito, con él ni siquiera podrás llevar tacones! —dijo enfadado.

—¿A ti que te importa? —dije molesta—. Te vas y vuelves cuando te place, ahora no pretendas que esté todo como tú lo dejaste.

—Perdóname... —escuche que decía mientras se sorbía los mocos... Un momento, ¿estaba llorando?

—Y no es mi novio —aclaré. Confirmado: estaba llorando.

—Me alegro, me alegro mucho. Te quiero Adriana. Te prometo que si me das una oportunidad cambiaré, aunque tendrás que ayudarme porque no tengo experiencia. Te compraré un anillo, iremos a cenar a sitios románticos, tendremos un perro, te compraré flores, bombones... Lo que quieras —dijo ansioso—. Y perdona de nuevo, tu amigo no es bajito, tiene estatura media.

Ante tal alboroto Matías salió a ver que ocurría. Cristian le lanzó una mirada desafiante, Matías se la devolvió.

Me quedé muda, fui incapaz de decir nada. Las palabras de Cristian se agolpaban en mi cabeza.

Cristian suspiro fuertemente y salió de la clínica.

Aunque me había mostrado dura, me había ablandado en cuanto me dijo que me echaba de menos. No estaba dispuesta a volver con él en las condiciones anteriores, pero por lo visto estaba dispuesto a cambiar. Esa posibilidad me ilusionaba.

Aunque en un primer momento estuve a punto de lanzar la bata e ir a buscarlo, me contuve. No podía tomar una decisión basándome en una conversación de unos minutos, tenía que comprobar que ese cambio era real y lo más importante, pensar si yo era capaz de correr un tupido velo y olvidar lo ocurrido.

Siempre había estado disponible para cualquiera de sus planes, aunque

algunos me aburrieran, por temor a que si no lo acompañaba buscara a otra para hacerlo.

En estos momentos ese era mi menor problema. Era el momento de ser egoísta. De plantearme la situación buscando mi bienestar y no preocuparme de los demás.

—Me estoy planteando volver con Cristian —le confesé una tarde a Carola mientras tomábamos café. Carola me miró atónita y no movió ni un músculo—. Ha venido a verme a la clínica.

Le conté toda la conversación, las pausas, los suspiros...

—No sé si seré capaz de perdonarlo —dije amargamente.

—No dramatices —por primera vez abrió la boca Carola—. No ha hecho nada imperdonable. No te ha pegado, ni te ha puesto los cuernos, sólo no supo valorarte.

—¿Así de fácil? —pregunté enfadada—. ¿Lo olvido y listo?

—Eso es cosa tuya. Solo te digo que no le des tanta importancia a las cosas, sobre todo a las que no las merecen —añadió—. A lo mejor ha cambiado, ha pasado mucho tiempo.

—Tengo que pensarlo. Hablaré con los demás.

—Piénsalo pero no pidas opinión a nadie. Piensa y opina tú sola. No hagas lo que la mayoría cree que te conviene.

Dicho esto me marché. Estaba asombrada. ¿Desde cuándo Carola hablaba como una psicóloga?

Pasé semanas replanteándome si volver con él o no. Por muy cambiado que estuviera, me había hecho mucho daño. ¿Sería capaz de pasar página? ¿Podría empezar una relación con él desde cero, sin rencores?

Hice una lista con los pros y contras de volver con él. Evidentemente ganaban los contras. Decidí ser objetiva y no darle otra oportunidad.

Con la decisión tomada y luchando contra mis sentimientos, volví a mi vida cotidiana. Mi estado de ánimo no cambió, se mantenía en una apatía constante.

En la batalla sentimental iba en desventaja. Ya no se trataba de que no quisiera una relación seria conmigo, si no de que no estaba segura de poder olvidar el daño que me había ocasionado.

A pesar de haber tomado una decisión, no me quitaba de la cabeza la idea. Evidentemente mi corazón no estaba de acuerdo con la decisión tomada.

¿Y si le daba otra oportunidad? ¿Y si me volvía a fallar? ¿Y si salía bien?

Una tarde Carola me llamó para ir a su casa a cenar. Me avisó con poco tiempo de antelación, apenas pude arreglarme.

Migui y Carola me estaban esperando sentados en su salón. Estaban muy tensos lo cual me provocó desconfianza.

—¿Qué pasa chicos? —pregunté mientras tomaba asiento.

—Cristian ha hablado con Migui —intervino Carola—, haciendo honor a la verdad ha hablado muchas veces.

Seguía sin entender nada, Migui y Cristian eran amigos no era de extrañar que hablaran.

—¿Y qué? —gruñí impaciente.

—Hemos hablado de vosotros. —aclaró Migui.

Los miré atónita, ¿por qué no me lo habían dicho antes?

—Lleva meses interesándote por ti —añadió Migui.

—¿Por qué no me preguntó a mí? ¿Y por qué vosotros no me lo habéis dicho? —Empecé a temblar, los nervios se apoderaron de mí.

—Adri te veíamos mejor, no vi conveniente decirte nada. ¿Y si se comportaba como siempre? ¿Y si volvía a hacerte daño? ¿Me culparías a mí por haberte arrojado a sus brazos? —dijo Carola

—Eso debía decidirlo yo. —grité

—No es tan fácil, guapa. Me he visto en una situación que no le deseo a nadie. —gruñó Carola muy ofendida.

Al parecer Cristian se había interesado por cómo estaba, cómo llevaba la separación. Había insistido en ser informado si empezaba a verme con alguien, aunque lo que realmente le quitaba el sueño era Matías, sospechaba que había algo entre nosotros.

—Sigo sin entender porqué él no habló conmigo. —interrumpí.

—Le aconsejé que no lo hiciera —reconoció Carola—, no podía permitir que volviera a hacerte sufrir. Ahora creo que me he equivocado, Cristian ha cambiado.

Entiendo perfectamente las razones de Carola, más en esos momentos sólo pensaba en arrancarle las extensiones.

Olvidé todas las razones por las que mi relación con Cristian no funcionaría y creí en la única razón por la que si lo haría: lo quería.

Me armé de valor y quedé con Cristian. Lo cité en el Seven, por una vez

Llegué puntual.

Nada más verlo, noté que estaba sufriendo. Su aspecto había desmejorado: mal color de piel, aspecto descuidado, delgadez preocupante... Me percaté de que yo no era la única que lo estaba pasando mal.

¿Qué sentido tenía estar separados si ambos sufríamos?

—Nunca había estado aquí. —dijo Cristian al verme.

—Es un sitio muy tranquilo e íntimo. —contesté.

Abrió la puerta del bar y me la sujetó mientras entraba.

—Es bonito. —dijo al entrar.

Supuse que sería una conversación fruto de los nervios, como cuando yo hablo del tiempo.

Tomamos asiento en una mesa apartada, lejos de oídos indiscretos.

—Cristian, he estado pensando sobre lo que me dijiste —empecé a decir.

—Adri, si me dices que eres feliz sin mí te prometo que no volveré a molestarte más —dijo mirando al suelo—. Pero si ves una posibilidad, por pequeña que sea, de que estemos juntos te prometo que no volveré a fallarte.

Ahora me miraba directamente a los ojos, fue como si pudiera ver a través de ellos su alma. Vi un alma vulnerable y dolida la cual sólo podía ser sanada por la misma persona que la hirió.

Con lágrimas en los ojos me acerqué a besarle. No fue un beso pasional, todo lo contrario, fue tierno y romántico. Él me sujetó del cuello con fuerza, como si no quisiera que nos separásemos.

Decidí darle una nueva oportunidad a nuestra relación, eso sí, como novios súper formales.

Clara volvió con Alberto. Él la quería demasiado y no quería perderla. La perdonó e intentaron empezar de nuevo, pero de momento no confiaba en ella. *Cuestión de tiempo* se consolaba Clara.

Carola seguía viviendo felizmente con Migui. Como no encontraba un trabajo a su gusto y Migui la presionaba para que hiciese algo, no le quedó más opción que volver a estudiar. Se matriculó en enfermería y esta vez sí que estudiaba.

Elena empezó a verse con Manolo. Aunque Clara no estaba celosa, le aconsejó que fuera a cenar al Trois Choccolats con Manolo, *es su restaurante favorito* le había dicho. Supongo que después de la cena dejaría de verse con Manolo, no tendría dinero para volver a salir.

Juan empezó a trabajar como camarero en el restaurante italiano. No lo

hizo por el dinero. *Cobro una miseria y echo horas extras que no me pagan* se quejaba. Lo había hecho por sus monumentales compañeros. *Seguro que a alguno me lo follo*, decía entusiasmado.

Cristian y yo éramos más felices que nunca. Agradecí enormemente la intervención divina de Migui, bueno, San Migui debería decir. Aunque mis amigos se molestaron, decían que cómo podía agradecérselo a él si eran ellos los que habían aguantado mis llantos y mi mal humor.

Sea como fuere, nuestra relación iba sobre ruedas. El cambio de Cristian fue notable, contaba conmigo para todos sus planes, no me volví a sentir excluida de su vida.

Volví a sentir que éramos una única persona.



Red Apple Ediciones
Cristina Bermúdez ©2017